JOSÉ NOGALES Y NOGALES

# EL ÚLTIMO PATRIOTA

NOVELA ORIGINAL



BARCELONA
Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 226 y 228
BUENOS AYRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1070
MÉXICO
Maucci Hermanos
1.ª del Relox, 1
1901

mi dueño es.

José Antonio Fernández López

Arrebola

Aracena

Huelva

TA

Es propiedad de la Casa Editorial Maucci

# EL ÚLTIMO PATRIOTA

## I

### « Magna et prudens »

Por la parte de tierra rodean á Oblita unas colinas formadas en semicírculo, y lo bastante altas para que los vientos fríos no sequen la flor de los almendros ni los brotes nuevos de los naranjos.

Sólo al mediodía ábrese el horizonte, descubriendo una marisma plana, uniforme, llena de hierbajos grises, que se pierde allá en el

confuso punto de unión con el cielo y con el mar.

Estos inconvenientes topográficos impidieron la dilatación urbana intentada algunas veces y así se está Oblita siglos y siglos, recostada en las colinas de arcilla, tomando el sol y sin ver más que la crestería de los pinos, por un lado, y la línea gris, inalterable, de la marisma por el otro.

La geografía oficial es causa de un perpétuo equivoco con relación á Oblita. Cuando algún viajante de comercio llega por primera vez á la noble ciudad, suele preguntar por el mar y también suele no ver más que gestos avinagrados y rostros ceñudos, si es que por acaso y de añadidura, no oye alguna que otra palabra mal sonante por toda respuesta.

Pues què, ¿Oblita no es puerto de mar? Para el gobierno sí, porque así consta de la manera más oficial del mundo; sosteniendo una oficina de Sanidad con todas sus consecuencias. Pero la verdad es que en Oblita no hay más agua corriente y moliente que la de un río de octava magnitud, el Ridoro, que baja lamiendo la arcilla por Levante, y pasa ante la ciudad, tranquilo, modesto, sin ruído, sin al-

borotos, y sigue marisma abajo hasta dar en el mar si tiene fuerzas para eso.

De quince á veinte veces al año las grandes mareas empujan hacia dentro al tímido riachuelo y en esas contadas ocasiones los de Oblita tienen agua casi salada á su disposición. El comercio marítimo despierta, y salen á la mar tres ó cuatro hermosos faluchos que ya no regresan hasta el siguiente «aguaje».

Todos aquellos vecinos sienten por el Ridoro un cariño paternal, tan paternal como que se sostiene á prueba de ingratitudes. Aquel menguado río va socavando año tras año la base de las colinas y arrastrando arcilla empedrada de mariscos fósiles, ciega su propio cauce con detrimento de los intereses morales y materiales de la noble ciudad y del distrito.

No menos ingrato fué un hijo de Oblita que en el pasado siglo compuso un epigrama en latín, que mal traducido á nuestra propia lengua por otro ingenio, es como sigue:

«*¿En dónde está el mar... en dónde, en dónde? Oblita* (1) *como el río,*

---

(1) Olvidada.

*De los dioses ya sientes el desvio,*
*Y hasta el sagrado mar de ti se esconde.»*

El inocente epígrama dió que hacer, y este es el día en que á los descendientes del poeta les siguen mirando de reojo, no siendo pocos los disgustos é inconvenientes que se suscitan en las uniones matrimoniales con algunos de ellos.

De ahí el ceño, de ahí el áspero lenguaje con que responden á la acostumbrada interrogación del viajero *in albis* de estas cosas. La frase «¿en dónde está el mar, en dónde?» como perteneciente al susodicho epígrama, es injuriosa en Oblita y, según la autorizada opinión del digno y pundonoroso señor Ripalda, capitán retirado del cuerpo de Carabineros del Reino, quien la tolere y consienta, «demuestra ser mal padre, mal hijo, mal esposo y mal ciudadano».

¡Papaos el pecadillo!

«De lo dicho se infiere» que Oblita no es puerto de mar, porque el mar está lejos y no se llega á él tan fácilmente.

Tampoco es de «tierra adentro», porque de-

masiado fuera queda en la línea del litoral y en plena marisma.

No es pueblo de agricultores porque ya no tienen qué labrar. No es pueblo de pescadores por algunas de las razones dichas. No es la España antigua tumbada al sol y mascullando tradiciones entre harapos gloriosos, porque allí el *mosto de las nuevas ideas* se ha subido á la cabeza y hay de todo, desde ferrocarril hasta espiritismo... No es la España ideal moderna, porque no existen industrias, negocios, hervidero mercantil, ansiedades de fortuna ni luchas implacables de la osadía con el éxito, y porque además aún se le concede bastante importancia á las raíces históricas de la gloria local.

Pues si no son agricultores, ni industriales, ni comerciantes, ni pescadores... ¿de qué viven?

¡Demonio! ¿De qué han de vivir? De ser cabezas de partido y cabezas de distrito electoral; de las cien ó doscientas cabezas de ganado vacuno y cabrío que nutren en todo tiempo los húmedos y salados hierbajos de la marisma; de los suministros al puesto de carabineros y al de la benemérita guardia civil; de los enredijos litigiosos de los aldeanos; de las

pagas de los empleados con casa abierta; y cuando estas y otras cosas no bastan, de sabrosas memorias, como el «Ingenioso Hidalgo», de dulces esperanzas, como el común de poetas... ó de milagro, como el común de españoles.

Los de Oblita tienen dos condiciones características que les ayudan á vivir: una facilidad maravillosa para entusiasmarse con cualquier pretexto, por descabellado que sea, y una dificultad invencible para pasar prácticamente una línea más allá de su entusiasmo. Así nunca faltan grandes proyectos «pendientes».

Con esto viven felices los helicenses... pero esto de los *helicenses* como ellos se llaman, es otra historia digna de ser contada.

Averiguó uno de los más sabios hijos de Oblita, que sobre aquel mismo suelo tuvo asiento nada menos que la Hélice de los griegos. Sirviéronle de hilos conductores en el laberinto arqueológico, ruínas y medallas, inscripciones y fragmentos, notas y análisis, y después de revolver textos de Herodoto, Strabón, Plinio, Florián de Ocampo, Caro y el Padre Flores y de estudiar los «Itinerarios» y examinar el acueducto que antes llegaba á la

ciudad y la surtía de excelentes aguas, así como la puente romana de cinco ojos tendida robre el Ridoro,—que hoy pasa por uno y le sobra la mitad,—dedujo, afirmó y sostuvo sin que nadie osara contrariarle, que la Oblita de hoy es la Hélice de ayer, el puerto griego y después romano, donde tenían un templo Ceres y otro Neptuno.

Desde que se descubrió tal cosa, los de Oblita son helicenses, nombre más alto, sonoro, y que recuerda aun mejor que las ruínas del acueducto y la puente, las glorias del pasado y las grandezas insignes.

En consecuencia con esta noble invención, hubo que acomodar la heráldica de la ciudad adoptando un escudo que representase al vivo el pasado, el presente, y á ser posible, el porvenir de la noble Oblita.

Y después de escrupuloso estudio del clasicismo heráldico, formaron *ad libitum* un escudo en que campean sobre hermoso fondo azul, una espiga (Ceres) un pescado abierto de agallas, (Neptuno) un ancla, (el puerto) y un sol naciente, (el porvenir)!

Dominando todo esto, puesta de pies y «en actitud meditabunda», una osa corpulenta y nutrida con exageración heráldica, la «osa

mayor», toda vez que, según Cicerón, Hélice es la constelación susodicha; la *Ursa major* de los latinos. Por debajo del escudo corren dos bandas graciosamente onduladas, como si las diese el viento y en ellas artísticamente repartido el lema siguiente:

«MAGNA ET PRVDENS.»

Eso es Oblita. *¡Magna et prudens!* Osada y tímida, valiente y prudentísima, heróica, y desalentada, altiva y humilde... recostada siglos y siglos en las colinas arcillosas, sin más horizonte que la marisma gris, eterna y uniforme, sintiendo fermentar el *mosto nuevo* en el lecho de la antigua Hélice, bajo un sol implacablemente amoroso que en Diciembre saca flores á los almendros y en Febrero empuja hacia la sombra á la gente, gente que lleva otro sol metido en la cabeza... y no tiene dos reales para mandar rezar á un ciego.

## II

## La risa de Venusta

Nadie sabe si será efecto del ocio secular, del aislamiento geográfico, del sol que caldea los cráneos en el fondo de aquella endiablada caldera, ó del espíritu aventurero de los navegantes griegos que corre por las venas de generación en generación sin extinguirse nunca, lo cierto es que los de Oblita, ó sea los helicenses, jamás agotan las fuentes del entusiasmo.

¿Entusiasmo porqué, por quien, para qué? Por cualquiera cosa: por el primero que se pone á tiro: para ayudarse á vivir, para sentir la vida en esas expansiones que la elevan

sobre aquella muralla de colinas ardientes y más allá de aquella marisma cenizosa.

Y sin embargo... ¡no son felices!

Saliendo de entre las últimas casas de Oblita, va un ferrocarril de vía estrecha, tan lánguido y perezoso como el Ridoro. Intérnase allá por rudas pendientes que los trenes salvan á paso de carreta, arrastrando seis ó siete wagones del tamaño de una mesa de escritorio, hasta la primera estación, que es la de Venusta.

Para los helicenses, Venusta hace el papel del esclavo Romano que marchaba detrás del triunfador discantando horrores, para que no se envaneciera demasiado.

A cada estruendo, á cada escarceo patriótico ó ceremonia solemne de los de Oblita, respondía una carcajada que venía llenando el campo, rodando por los pinares, resbalando por las colinas ó por la perezosa corriente del Ridoro. Era Venusta que reía, siempre socarrona, encaramada en lo alto de las pendientes, como si no tuviera otra misión histórica que atisbar cuanto pasara en la antigua Hélice.

Aparte de esta condición maleante de Venusta, existe otra circunstancia por la cual

los helicenses tienen que mirarla con malos ojos. Una gran parte de las propiedades de su término ha ido pasando á manos de los de Venusta por obra y gracia de inacabables préstamos con interés é hipoteca, y, la que aún no ha pasado, pasará; porque, dígalo el Registro, apenas quedarán dos yugadas de tierra ni media fanega de pinar, que no estén gravadas, hipotecadas, presas para siempre jamás en las redes de aquellos sutilísimos judios.

Para cobro de réditos se fueron llevando la ganadería, y la marisma se despobló lentamente, con un continuo zugar de serpiente, que primero fascina, luego acaricia y por último engulle.

Son los amos. Desde tiempo inmemorial, cuando Venusta era una aldehuela comida de piojos y barrida por las hambres, aprendieron que allá abajo había algo que comer y que ganar. Finca hipotecada en Oblita, finca en el bolsillo del acreedor, porque aquellos nobles descendientes de los antiguos griegos, son tan señoriles que se estremecen y espeluznan ante la idea del pago, ni más ni menos que don Quijote cuando le presentaban la cuenta los venteros.

La riqueza urbana no es de Venusta, por-

que no la quiere. Hablando en puridad tampoco es de Oblita, porque casi la totalidad de las casas, está, años hace, adjudicada al fisco por débitos de contribuciones. Y gracias á los inimitables primores de nuestra Administración, disfrutan aquellos apreciables ciudadanos del raro y envidiable privilegio de no contribuir si no es con tal ó cual miseria al indispensable sostenimiento de las cargas del Estado.

¡En todo «*Magna et prudens*»!

Y es el caso, que después de haber engordado á su placer con los jugos de Oblita y de haberla encerrado en aquel pozo sin más respiradero que la marisma, los bellacos de Venusta no sólo se rien las tripas con los entusiasmos espontáneos de los helicenses, sino que no dejan que se apolille la consabida pregunta sobre el mar, y lo que es más injurioso, sacrílego y horripilante, afirman que luego que no quede una sola cabeza de ganado en aquel término, han de hacer traba y embargo en la misma Osa municipal, por cuenta de capital, costas é intereses.

¿Comprendéis? ¡La Osa heráldica, como quien dice, el pendón histórico, la Ejecutoria

de todas las grandezas de la «patria chica»,.. la quieren aquellos marranos!

¡Hay que ver el gesto espantoso y el revolver de ojos bajo las bolsas de los párpados flojos, con que el digno señor Ripalda en nombre y representación de todos los helicenses, protesta de esas fanfarronadas!

Otro fenómeno digno de estudio se presenta casi invariablemente en la apasionada ciudad meridional. Todos los empleados que van á Oblita, á pocos días de residencia allí, piensan, sienten, se entusirsman y se enfrían lo mismo que los naturales del terreno.

¿Es el clima? ¿Es el suelo? ¿Es la tradición helena que hierve en las charcas salobres y se detiene siglos y siglos en la fronda de los pinares?

Ya habían apurado todo el caudal disponible de ceremonias patrióticas en los largos meses que duraba la guerra en Cuba y Filipinas. La muerte de Maceo fué motivo de un verdadero derroche de entusiasmo y de fluído vital. ¡Noche inolvidable! Los campanarios de la antigua Hélice parecían tener lenguas para cantar el *sursum corda* de las razas inmortales: los disparos inofensivos de las escopetas de

caza, las alegres luminarias, que parecían risas de luz reflejándose en el apasible Ridoro; los gritos de la muchedumbre, los abrazos con que unos á los otros se saludaban, en plena luz y haciendo pucheros de alegría; los sones alarmantes de la charanga municipal, el rugido forminable de venganza heróica que henchía la marisma y corría hacia el atlántico, como el trueno de la justicia eterna, que rueda en el universo!...

En los balcones de la Casa Capitular vociferaban los oradores; abajo la multitud aplaudía, y allá en lo más alto, desplegada á los vientos, flotaba la bandera blanca del municipio, con su escudo azul, en que la venerada Osa parecía vestirse de llamas y la espiga de oro convertirse en rayo para exterminar á los traidores de entrambos hemisferios.

Era ya muy tarde y aun se oían desde la calle la voz robusta y sonora del abogado Campanón, los gemidos patrióticos de Berruguete, la tos seca y vibrante, como nota de cornetín, del Juez de primera instancia y los repentinos y arrebatadores golpes oratorios del gran Don César Paniagua, honor de la raza y orgullo de Oblita, entre el zumbido de enjambre de aquella colmena oficial y oficio-

sa que comía y bebía en el salón de sesiones, con un apetito enorme, cual si la muerte del mulato, en que al parecer estribaba la salvación nacional, abriera de una vez las válvulas del jugo gástrico, así como rompía todos los escasos frenos de la oratoria.

Cuando mayor era el entusiasmo, ocurrió un incidente... ¡el de siempre! Una rueda de fuego hendió los aires, oblicuando hacia la ciudad y dejando un larguísimo chorro de chispas en el espacio, vino á estallar por encima de los pinares. Tras de aquella girándula subieron otras, y todas con los mismos tronidos y las mismas chispas rasgando la negrura de la noche.

Era Venusta que reía y hacía rodar su carcajada irónica por los aires.

Siempre en acecho desde lo alto de las pendientes, volcaba sobre la ciudad vecina el jarro de agua fría, en el período álgido de su fiebre.

Al estallido de las girándulas y cohetes apagóse en Oblita el fuego de la oratoria, el fuego del entusiasmo y el de las luminarias. Fuése cada mochuelo á su olivo, silenciosamente, dirigiendo miradas de odio hacia allá arriba, al punto negro en que se divertían los de Ve-

nusta como seres metalizados que no entienden de espirituales goces.

¡Buena diferencia había!

¡Cómo habían de sentir la patria, los que no sentían más pue el vil ochavo, roñoso y sucio por la usura!

Y ya, nadie volvió á acordarse de aquel pobre mulato en cuya muerte casual, minutos antes parecían cifrarse las mayores venturas de la madre patria.

## III

## Una nueva Era...

Como les suele acontecer, los helicenses pasaron rápidamente de la fiebre ardorosa al amodorramiento.

La implacable monotonía de los «partes oficiales», comparable sólo á la monotonía de aquel horizonte manchado siempre con la misma nota grisácea de la marisma, mantenía en extraña laxitud aquellos nervios, dispuestos á vibrar con todo lo dramático y extraordinario.

La narración oficial de los sucesos guerreros discurría por la «Gaceta» lánguida y perezosamente como las aguas del Ridoro. «Co-

lumna tal, sostuvo fuego, retiróse enemigo. Bajas nuestras, un contuso tropa.» O bien: «tomado campamento rebelde; cogidos dos monturas y un mulo.» ¡Los helicenses pedían la epopeya!

Además de esto, ningún hijo de Oblita andaba por la «manigua», y esto quitaba interès. Nadie sabe de qué trazas se valen, pero lo cierto es que el que no se redime del servicio malbaratando hasta la camisa, líbrase por inútil, por enfermo, por cualquiera de las excepciones habidas y por haber, y quien humanamente no puede conseguirlo, encuentra coyuntura de acomodarse de asistente, ordenanza, escribiente, topiquero, en guarnición sosegada y alejada de todo peligro. Ni el mismo demonio les iguala.

Sin ninguno de esos estímulos dramáticos y dado lo vulgar de la campaña, júzguese del aburrimiento de los buenos helicenses.

El «Eco del Ridoro» fué el que dió cuenta, del suceso, valiéndose de su galana prosa:

«Una nueva Era de progreso y adelanto »ábrese para nuestra amada Oblita.

»Un sér de esos que beben en las inexhaus»tas fuentes del saber humano, y cuya misión »sobre la tierra es la de llevar el bienestar y

»la prosperidad aun á los pueblos más aparta-
»dos, convirtiendo en espléndida realidad los
»más atrevidos proyectos, acaba de fijar su
»planta entre nosotros.»

¿Quién era este «sér» tan extraordinario? Pues un francés parlero, bullicioso y acicalado á pesar de sus «cincuenta y pico», pulcramente vestido de blanco, perfumado y tieso como un pollo, con una barba cana acabada en punta, frescas mejillas y ojos vivarachos que querían desmentir al tiempo y andaban siempre como escudriñando el mundo, buscando sitios donde «convertir en espléndidas realidades los más atrevidos proyectos».

Porque eso y no más, traía Mr. Cousin á la escondida ciudad de los antiguos griegos. ¡La mar de proyectos!

Decíase deudo de aquel otro Cousin, conde de Palikao, que presidió el último gobierno del último imperio francés, y esto lo revestía de inusitada importancia entre los helicenses. Hasta el título aquel tenía algo de exótico é imponente. ¡Palikao! sonaba á oriente y olía á selvas vírgenes.

Y si se añade que Mr. Cousin usaba un botón colorado en la solapa y había estado en Sedan—¡él, el sobrino de un ministro, toman-

do el chopo como los demás!—no era menester otra cosa para que cayese de pie en aquella excelente Oblita, un tanto ceremoniosa, llena de sol y rebosante de entusiasmo.

Quien tuvo el honor de presentarlo, fué, ¿quién había de ser? el gran don César Paniagua, helicense de los pies á la cabeza, el último mayorazgo de la comarca y acaso del reino.

Se necesita no haber nacido en Oblita ni en Venusta, ni en treinta leguas á la redonda, para no conocer al ínclito Paniagua.

Alto, delgadísimo, derecho como un huso, sin que el peso de sus sesenta le doble una sola línea el espinazo; largo de rostro, que parece más largo por la añadidura de una pera «more militar», que se despeluza al menor soplo de aire ó á la más leve excitación del ánimo: estrecho de nariz y de quijadas; algo sumidas estas y bastante encorvada aquella: lánguido de ojos, excepto cuando las grandes pasiones los hacen bailar en las cuencas y salirse de ellas como proyectiles ávidos de espacio y de libertad: de color enfermiza y pelo gris graciosamente remangado conforme al gusto del 54; sobrado de brazos, que al moverlos en acalorada discusión, prece que quie-

re tirárselos al adversario y aún éste lo teme y se acobarda, porque una de las cosas más fáciles del mundo es que se desgajen y desde lejos abofeteen. Par de los brazos son las piernas, alambre puro, que sesenta años no pudieron torcer, y apenas se concibe cómo sostuvieron aquel mástil vibrante á todos los vientos sin haberse tronchado.

Como hombre de hondo y continuo sentir, Paniagua no es alegre. La risa es patrimonio de los gordos y felices. Sus vestidos son negros generalmente, color que realza la severidad del gesto y la imponente longitud del talle. Y á la vez que severo, es amable, con natural llaneza y señoril cortesía; generoso,—dígalo su mayorazgo—galanteador honesto y pulquérrimo,—compruébenlo más de dos gentiles damas helicenses que suspiran por él desde el año sesenta—y en todo y para todos, es el caballero Paniagua el número uno de los de Oblita, y el espejo de sus compatriotas.

Sirvió como se ha dicho, de patrono al francés, y merced á su prestigio y alta consideración social, pudo organizarse una de esas veladas en la que «estuvieron representadas—según el Eco»—todas las fuerzas vivas de Oblita.»

La reunión fué en el casino, una calurosa noche de verano. Hubo allí miembros de todas las sociedades, desde la Cámara de Comercio á la benéfica asociación de San Vicente; desde el centro de ganaderos y agricultores á la Cruz Roja; empleados, «contribuyentes», clero parroquial, capacidades profesionales, representantes del comercio marítimo y de la prensa... todas las «fuerzas vivas», en fin, convocadas por el común estímulo de esa «nueva Era» que el «Eco del Ridoro» abría desde sus galanas columnas.

El señor Paniagua, como dignísimo presidente, pronunció el discurso de entrada. ¡Qué discurso! La perilla se le despeluznaba heróicamente y los ojos se le salían del casco como empujados por lo interna fuerza del patriotismo. Habló de la antigua Hélice, del solar griego, del esplendor de aquella Oblita romana que tenía un templo á Ceres y otro á Neptuno... trazó luego el cuadro sombrío de la presente decadencia, de todas las injustas desdichas que venía arrastrando, aludió decorosamente al positivismo de Venusta y después de analizar «causas y concausas», comenzó á extenderse á sus anchas por el paisaje fascinador del «inmediato» porvenir de

Oblita, transformada y redimida merced á la suma de todos los esfuerzos; el capital, descendiendo de aquellas pendientes por donde hacía tantos años se iba; el acueducto arqueológico, restaurado, vertiendo á raudales el agua de la vida, nacida allá en manantiales ignorados; la luz eléctrica brillando en todas las calles y en todas las casas; el Ridoro corriendo por el antiguo cáuce, limpio y ahondado, asegurando la navegación en todo tiempo; un puerto de mar entero y verdadero, no esta irrisión que nos denigra: la marisma explotada por la piscicultura, por la ostricultura... la salud, el bienestar, la independencia de los sanos y de los fuertes!

Y, ¿quién iba á traer todo esto, que parecía un sueño de las mil y una noches? Un héroe de Sedan que corría por el mundo con un afán heróico de mejorar la especie... aquel hijo de la opulenta Francia sentado á la diestra del presidente.

Todas las «fuerzas vivas» se conmovieron El entusiasmo desbordóse, y rebosando, llegó á la calle donde la muchedumbre anónima también se estremecía y vociferaba.

La charanga municipal, apostada en lugar estratégico, juzgó llegado el instante en que

debía intervenir, y la emprendió con unos rigodones, con tal furia tocados, que no parecía sino que las trompetas apocalípticas convocaban á los helicenses del porvenir, para ajustar sus cuentas al pasado.

Al fin, Mr. Cousin pudo hablar, aunque nadie puso mucha atención en lo que decía; expuso sus proyectos, para los cuales solicitaba, como es natural, el esfuerzo, la voluntad y el dinero de los helicenses.

Nada de cuanto decía chapurreando un castellano infame, podia tener la fuerza lírica del cuadro «pintado» por el presidente. ¿A qué hablar de números? ¿A qué desmenuzar la espléndida síntesis? ¿A qué empequeñecer con datos estadísticos ese gran ideal de un pueblo culto?

Cuanto el francés propuso, fué aceptado por aclamación. Oblita ansiaba vivir, quería mejorar, ver reverdecido y fresco el laurel de sus antiguas glorias.

Así, que por su parte, podía emprender desde luego los estudios técnicos y extenderse á su placer en el «bordado» de los proyectos. Allí estaba Oblita, que todo lo pagaría con gusto. ¿Qué vale el dinero, cuando se trata del porvenir?

Encantado, aunque algo receloso, de tan unánime é irreflexiva aceptación, el deudo de Palikao cayó en los brazos helicenses, que lo estrujaron á su sabor según que el entusiasmo individualmente influía.

Ellos también se abrazaban unos á otros, y en tanto que el gordísimo Berruguete lloraba sin poder contenerse, y el capitán Ripalda revolvía los ojos como buscando un adversario de aquellos proyectos, para que se las entendiera con él, oíase la voz percutiente del abogado Campanón, que sin cesar decía: «¡Ahora verán si hay dinero en Oblita!»

Lo que hubo fué serenata y desfile con antorchas y hasta su migaja de *lunch* en las Casas Consistoriales.

¿Quién iba á recordar la guerra en medio de tantos alborozos?

Pero.... ¿de verdad creían los helicenses en la realización de aquellos proyectos?

¡Oh, Dios! ¡Quién había de creer! ¿Acaso, aquel francés era el primero que venía con aquellas embajadas? Pero ¡qué importa! Una hora que se sueña es un sueño que se vive.

Y gracias al real ó supuesto deudo de Palikao, los helicenses pudieron soñar aquella noche que el acueducto griego vertía monedas

de á cinco duros, la marisma criaba ostras con pesetas dentro y en el Ridoro se pescaban hermosos billetes del banco inglés, así como que disponían de un diamante en cada luz, y con toda esta riqueza apedreaban á Venusta, hundiendola bajo el montón, en tanto que sobre las ondas del futuro puerto se mecían naves enormes, en que flotaban banderas de todos los paises...!

*La transformation complite de la population...* según decía Mr. Cousin, amparado en «*l' etude du terre*».

Después de esto, nada quedaba por hacer. Se había soñado, es decir, ¡se había vivido!

## IV

# La modorra y los partes

Pasó aquel Otoño sin que Oblita despertase del soporífero aburrimiento en que tornó á caer después de la reunión magna en que quedaron asentadas las bases de su futuro engrandecimiento.

Mr. Cousin llenó de banderolas la marisma y subió formando croquis hacia Venusta, en demanda de aquellos manantiales misteriosos que los griegos supieron descubrir y aprovechar, según atestiguan las ruínas del acueducto. Trazó también el plan para utilizar el escape de aguas de cierto molino harinero existente sobre el Ridoro, en la producción de

fluído eléctrico merced á la impulsión de novísimas máquinas, para que la ciudad brillase de noche como ascua de oro.

Y era un dolor que, mientras los estudios técnicos adelantaban tan rápidamente, «los resultados económicos» no parecían por parte alguna.

En vano el ilustre pariente del ministro imperialista había reclamado una y otra vez de aquel pueblo «serioso» la formalización legal de la sociedad anónima, y hasta había trazado el artístico modelo de las acciones, en el cual documento el escudo de la ciudad, formando orla, se repetía hasta el infinito... Con todo estaban conformes, á todo asentían, pero nada se legalizaba, ni parecía un céntimo por el mundo.

Los helicenses estaban admirados de aquel candor de Mr. Cousin. ¡Se lo ha creído! pensaban: porque sin decírselo unos á otros, tenían convenido Dios sabe desde qué siglos, que el entusiasmo es una cosa puramente formal y sin trascendencia, que á nada obliga pero que ayuda á vivir á puras bocanadas de idealismo en medio de esta realidad hedionda y angustiosa; algo, en fin, parecido á los fuegos artificiales y á las imágenes oratorias.

El único que persistia firme era el abogado Campanón, á quien el francés prometía pingües ganancias y sólida posición social y política en la comarca, de salir adelante con los proyectos.

Aquel estudiantazo capigorrón había obtenido el título profesional en fuerza de ahogos y sacrificios de una familia de jornaleros. Rodando por ínfimas casas de hospedaje, trajo con el título un apetito insaciable, una voracidad de goces que le rebosaba por todos los poros.

Tenía Campanón la cabeza grande y seguramente sonora, que se mecía sobre una descomunal anchura de hombros. Todo él parecía tallado á puros hachazos; una escultura basta pero fuerte, obra más bien de carpintero de ribera que de ebanista. Hablaba siempre alto y entonado, á manera de Gerundio, y decía las cosas más triviales con un tono forense que era para desternillarse de risa. Los de Venusta le llamaban «el abogado del si que también» porque en todos sus arranques oratorios solía entremeter ese elegante giro.

Su fuente del saber eran los periódicos, y así, su erudición no pasaba allá de tal cual ar-

tículo de fondo del que cosechaba oraciones enteras, que luego servía de «refrito» á sus conciudadanos. Tal era el hinchado vácuo y flatulento abogado Campanón, uno de los principales ornamentos de la buena sociedad helicense.

Con esta disparatada influencia contaba Mr. Cousin para «convertir en espléndidas realidades sus más atrevidos proyectos». De Paniagua no podía decirse otro tanto. El mayorazgo, el héroe arruinado y más pobre que las ratas, pero prestigioso é indispensable en toda grave ceremonia, habíase «distanciado» de aquel cúmulo de planes tan briosamente defendidos en la reunión magna.

Un velo de tristeza romántica volvió á cubrir aquel semblante algo parecido al del gran duque de Alba. Don César padecía por la patria... y también padecía del estómago. Estaba doliente de cuerpo y de alma. ¿Quién iba á pensar en zarandajas, cuando agonizaba la nación? Buenos eran los proyectos; pero para después, para el día del triunfo, en que la patria no exigiera el concurso guerrero de todos sus hijos.

Mr. Cousin debía marcharse... y regresar más adelante, cuando estuviese el horno para

bollos y el pueblo para mejoras. El patriotismo de Oblita tenía otras cosas en qué pensar, y el deudo del gran Palikao iba ya haciéndose insoportable con esa *paradoxa* é *hypothese* de las acciones y el dinero y la sociedad anónima.

El francés desesperábase viendo que no encontraban eco sus disparates ni aun en el «Eco del Ridoro» que tanto le «bombeó» á su llegada. En vano clamaba en el casino, «verité, personalité, voilá donc les deux termes...» Nadie le hacía caso.

La vos desinteresada de Campanón perdíase en aquella indiferencia general que mataba con los del francés sus propios proyectos. Despuntaba de político y hacía castillos en el aire, viéndose á veces hecho todo un cacique temido en Oblita y paseando su cabezota hueca y sonora al par que su oratoria indigesta por todas las ceremonias oficiales, allá en la capital de la provincia.

Como toda la turba de campanones, creíase asistido de un derecho innegable á la gobernación y administración de los intereses publicos y los negocios de España. ¿Quién había de negarle ese derecho?

Y como para el que no tiene dinero ni otro

caudal que un poco de oratoria fiambre y empachosa, la influencia políticano asciende del pueblo sino que tiene que descender del poder, Campanón contaba con representar algo entre los suyos para afianzar luego los garfios en cualquiera de esos ilustres pelagatos que el gobierno central suele enviar de irresponsables «procónsules» á las provincias.

¿Por qué no había de ser «procónsul» algún día? En tanto, veíase condenado á rumiar su propia ambición entre la honda indiferencia de los helicenses, contemplando la marisma llena de gallardetes que asustaban á los patos.

Y aquel aire salobre que parecía haber secado lágrimas allá abajo, aquel rumor triste y confuso de los pinares, la nota quejumbrosa del Ridoro, conque parecía protestar de toda profanación industrial y civilizadora, el vuelo de las últimas golondrinas y el de las últimas hojas que arrancaba el viento, todo aquel cuadro otoñal teñido de infinita melancolía, llenaba el ánimo de los helicenses de una apacible tristeza, de una indiferencia mística hacia los intereses, absoluta y brutalmente materiales.

Los cambios y trastornos políticos recién

ocurridos, llegaron á Oblita como ecos confusos de un ruído desagradable.

Supieron que un gobierno de notabilidades presidido por un contemporáneo de Martinez de la Rosa había encontrado la fórmula de la felicidad nacional y acudía prestamente con la medicina para el enfermo, habiéndole recetado según arte la primera toma de Autonomía, y los de Oblita se quedaron tan frescos.

Supieron que la provincia había mudado de amo y que en las antillas habíamos dado á luz toda una generación de ministros, cosas entrambas que ni los enfriaron ni los calentaron.

No entusiasmaban á los helicenses esos emplastos y remedios caseros para extirpar el cáncer de la rebeldía, y seguían pidiendo la epopeya, el arranque histórico, y en último término la caída griega de las razas que mueren en postura clásica, sirviendo de admiración al mundo.

Vieron cómo después el enfermo tragó la píldora no sin hacer ciertos gestos de positiva repugnancia, y volviéndose del otro lado, siguió doliente, tanto ó más que antes de haberla tragado.

¿Es que la enfermedad no tenía remedio?

¿Es que la medicina no servía, y habíamos de concluir tirando el dinero, la medicina y el enfermo por la ventana? ¿Aquello iba á durar siempre?

La misma monotonía de los partes oficiales, el mismo zumbido de la colmena política haciendo elecciones y elaborando el panal de rica miel parlamentaria... y la antigua Hélice seguía durmiendo, mejor dicho, soñando con fantasticos Lepantos y nuevas ediciones de Saguntos y Zaragozas!

## V

## Patriotismo coreográfico

Con la aparición de la primavera comenzó á revivir la sociedad helicense.

Las brisas del mar mecían blandamente á los árboles cargados de flores; las resinas nuevas del pinar derramaban acres perfumes que se juntaban á los salados olores de la marisma: la tierra se hinchaba á los besos del sol y reventaban las yemas de los arbustos echando renuevos y vistiéndose de hojas.

Llegaron las golondrinas y las codornices; las tórtolas se hacían el amor en los huecos húmedos de la espesura, en tanto que las cabras brincaban por los repechos ó corrían

marisma adelante, espoleadas por el ardiente aguijón de temprano celo.

En la arcilla de las colinas, que escarbaban retozando los conejos, las matas del romero se cubrían de gasas celestes cuyo olor embriagaba: el tomillo mecía sus moradas flores y las retamas amargas llenábanse de alegres cuernecillos de oro. Era la vida que volvía hinchando todos los cauces.

Los buenos hijos de la antigua Helice adoraban los cielos límpidos y las noches primaverales. En esa estación la impasible y blanca luna veíalos bailar en lo alto de las colinas, llenando de amorosas canciones el pinar y el lecho tranquilo del Ridoro. Risas juveniles y frescas volaban también por el azul espacio, engarzadas en las notas de las guitarras y acordeones.

Era la sangre helena latiendo ante las aras del gran Pan y agitando con el clamor de los eternos himnos las ramas olorosas del pino mitológico.

Como salón de actos era para los helicenses el casino. Y durante aquella primavera menudearon como nunca las ceremonias patrióticas.

Abrió la serie un gran baile, dedicado por

iniciativa de la «Cruz Roja», á los enfermos y heridos en Cuba y en Filipinas. Esta última colonia, pacificada oficialmente, ó sea por medio de «La Gaceta».

En Oblita unos nacen para presidentes, otros para secretarios y otros para vocales de todo cuanto toma nombre de comité, junta, corporación, sociedad y centro.

De la benéfica asociación internacional no podía ser presidente mas que el inclito mayorazgo don César Paniagua, que lo presidía casi todo.

A las diez en punto estaba la comisión en su puesto. Para dejar el salón libre y expedito, habían amontonado á los jugadores de tute y malilla, unos encima de los otros, en un reducido cuarto lindante con la cocina. Paniagua pulcramente vestido y ostentando como los demás las honrosas insignias de la asociación, lo vigilaba todo y para todo tenía una orden ó un consejo.

Dábanse gran prisa en terminar los preparativos y hasta los músicos, recluídos en un patiecillo trasero no más grande que un medio celemín, templaban sus instrumentos, cual si el baile fuese á romper de un minuto á otro.

Y, sin embargo, todos sabían que la cosa iba para largo.

¿Por qué principian tan tarde los bailes en Oblita? Pues por una causa que todo el mundo sabe. Las bellas helicenses, de madres á hijas vienen considerando como un acto deshonroso el de llegar las primeras á cualquier espectáculo.

Vestidas y peripuestas hacen largos aguardos en los portales, acechándose unas á otras á través de las persianas y rabiando todas porque las *primeras* rompan la preocupación y se echen de cabeza en el salón vacío. Cuando hay forasteras disponibles, éstas hacen el servicio de avanzadas: cuando no, el acecho se prolonga hasta las primeras horas de la madrugada, en las que nunca falta alguna desesperada á quien los tacones le hieren el calcañar y el corsé la oprime con angustias agónicas, empujándola fieramente á bailar ó á morir.

Apenas las ansiadas *primeras* asoman por el salón, prodúcese un movimiento inusitado. Son muchos los padres, esposos y hermanos que atropellándose corren á buscar sus familias.

—¿Ya?—preguntan ellas desde los obscuros portales.

—¡Ya!—responden ellos faltos de respiración por la carrera.

Y las calles se pueblan entonces de esbeltos bustos bien olientes y el menudo taconeo de los zapatitos de baile simulan un alegre redoble para comenzar la fiesta.

Así entran siempre de un tirón, atropelladamente, algo ajadas por la larga espera y conservando en el ceño la última sombra de su impaciencia.

Aquella noche la comisión con su digno presidente á la cabeza, esperaba, lamentando la tardanza consuetudinaria. El rostro larguirucho de Paniagua y su noble apéndice, habían adoptado ese tinte de afable tristeza que tan bien se acomodaba á la índole sentimental del baile.

Todo espíritu delicado, tenía que oir entre las notas de la polka y los rigodones, los ayes de los heridos y el lamento de los enfermos que sudaban la fiebre en la mortífera manigua.

Y á Berruguete, el monstruosamente gordo Berruguete, le salían dos lágrimas comos avellanas, al escuchar aquellas melancólicas observaciones del presidente.

Porque es sabido que ni á vientre ni á sensibilidad ha ganado nadie á Berruguete en cien leguas á la redonda. Tampoco le ha ganado nadie en destreza é inventiva para introducir de contrabando toda clase de géneros de consumo. Y eso que para gozar fama de gentil matutero en Oblita, ya se necesita ser un genio: porque los helicenses, expertísimos burladores de todo impuesto, dedícanse al *matute* por *sport*, y hasta el Juez de primera instancia trae docenas de huevos del «extrarradio»; mientras que los escribanos meten chacina envuelta en papel de oficio como si fuesen procesos.

No menos entristecido y grave paseaba por el salón con su andar de gotoso y su carga de reuma cogida por esas playas, en los nocturnos acechos del servicio activo, el digno y pundonoroso capitán Ripalda. Con su bigotazo blanco y caído, tostado por los medios con el fuego de las colillas, parecía que el buen señor llevaba un toisón de oro colgado de las narices.

Era la autoridad militar con quien consultaban todos los negocios de la guerra. No había estado en Cuba, pero tuvo á sus órdenes á

cierto teniente que estuvo allá y por esto conocía la manigua como su propia casa.

El abogado Campanon andaba con el francés que comenzaba á mosquearse, endilgándole su famoso golpe de «si que también» para ver de detenerlo en espera de cualquier milagro. En el cuarto de juego oíase la voz agria y vibrante del recaudador de contribuciones, (cargo el más sedentario é inútil de la ciudad), discutiendo jugadas con el ahinco de una actividad reconcentrada por el ocio.

Los músicos se dormían sin que bastase á despertarles la charla filarmónica del médico *Flautilla*, un apasionado del pentágrama, que todo lo reducía á sonidos. Las luces chisporroteaban cansadas de alumbrar aquel salón vacío, con sus cortinas rojas y sus hiladas de sillas que parecían señoras espetadas y silenciosas, contemplando á la digna comisión que también se aburría con las insignias puestas.

Cuando menos lo esperaban, se presentaron las suspiradas y bienhechoras *primeras*. Tocóles aquella vez romper el hielo á las dos hijas de Berruguete, largas y delgadas como dos asadores y emberrenchinadas por una forzosa soltería que se prolongaba más de la cuenta. Venían acompañadas de su elegante tía Pepi-

ta Jiménez, delicia de los salones helicenses en tiempos de O'Donell, y con la que hubo ciertas honestísimas y apasionadas relaciones el prototipo de la galantería local, el inclito Paniagua cuando era estudiante.

En la manera de ofrecerla el brazo y en el modo de apoyarse en él la sensible dama, conocíase que en aquellos corazones célibes y debajo de los cabellos grises, ardía dulce y tranquila una llamita de amor que los años no habían podido apagar enteramente.

Produjose el movimiento de siempre: los hombres corrieron en busca de sus familias, los jugadores dejaron las cartas, los sirvientes cumplieron presurosos las órdenes de la comisión y Flautilla sacudió á los músicos que, despertando, emprendieron con verdadero furor lírico una marcha heróica, que en el silencio de la madrugada llenó de vibrantes sones la ciudad y las brumas saladas de la marisma.

En tres minutos se llenó el salón. Las bellezas helicenses, entraron á la vez, de un golpe, como aguas de un canal que rompen la exclusa.

Bailaron el rigodón de honor, Paniagua con la jueza; el juez con la señora del capitán Ri-

palda, una navarra algo hombruna y despótica, que casó con Ripalda cuando éste era sargento: Campanon con la hija del recaudador, y el administrador de correos con la señora del director de Sanidad... «el elemento oficial» en suma, como había dispuesto Paniagua.

«Hasta que asomó la aurora y salió el carro de Febo, la juventud helicense rindió culto á Terpsícore»; decía el *Eco del Ridoro*, en su galante y bien parlada revista de salones.

¡Ay! no todas las bellezas allí reunidas «rindieron culto á Terpsicore». Otras, y entre esas Pepita Jiménez, sacrificaron callados deseos y ahogados suspiros á cierta deidad travesuela, que avivaba con inocentes aleteos la llamita aquella que ardía dulce y tranquila, noche y día, en el desierto santuario.

La patriótica fiesta no dejó nada que desear. Bueno; pues si á su terminación, cualquiera hubiese preguntado qué resultado práctico y beneficioso había producido para aquellos soldados heridos y enfermos, que la «Cruz Roja» cobijaba maternalmente bajo su manto local, indudablemente el interrogado habría manifestado un profundo y sincero asombro.

¡Beneficio práctico! ¡Resultado tangible! Pues que; ¿estamos quizá en el caso de pedir

limosna? La sociedad helicense se juntaba y reunía para aflojar las riendas al entusiasmo, para sentir artísticamente las desdichas patrias... para soltar dos lágrimas como avellanas, cual le pasaba á Berruguete, entre el torrente filarmónico de un vals ó la acompasada grandeza de unos rigodones. ¡Qué todos los españoles hicieran lo propio, y ya se vería de lo qué es capaz una nación que sabe entusiasmarse!

## VI

## ¿La paz ó la guerra?

Por aquellos días llegó á Oblita un matrimonio distinguidísimo que venía á gozar en paz de cierta jubilación recientemente alcanzada. El Ilmo. señor don Damián de la Rua y Bárcena de Justillos, jefe honorario de administración, y su consorte hacía unos treinta y cinco años, la por consiguiente Ilma. señora doña Esperanza Jiménez del Malvar, prima de Pepita Jiménez y helicense por los cuatro costados.

El señor de la Rua, último vástago de una ilustre familia portuguesa, había ejercido al-

tos cargos administrativos y habiendo justificado los años reglamentarios de servicio, retiróse con el máximun de haber pasivo á la tranquila Oblita, que más que nunca en la ocasión aquella necesitaba del concurso y consejo de sus preciaros hijos.

Era don Damián alto y huesudo, con un rostro imponente, como acostumbrado á mandar empleados desde el sillón de jefe. Tenía por encima de la noble boca un bigote cano levantado á la borgoñona; por encima del bigote una nariz larga y carnosa, signo de inapreciables aptitudes administrativas, y por encima de la nariz, dos grandes ojos saltones, de mirada mate, que parecían dos hermosos mariscos entreabiertos. Andaba con dificultad por sedentarios achaques, y se ponía el sombrero de medio lado, como en los tiempos en que era pollo y hacía el amor al salir de la oficina.

A doña Esperancita no le quedaba más despojo de la juventud que sus cabellos ondeados; pero grises ya, aquellos cabellos rubios, encanto de una generación, y que inspiraron una oda apasionada á cierto ingeniero de caminos, canales y puertos...

El *Eco del Ridoro* recibió la abundante sabia de las ideas templadas de don Damián, es-

critor empecatado, que había ido dejando un rastro de luz por todas las revistas y semanarios de las provincias á las que el destino lo llevaba.

Y desde que asentó en Oblita, el *Eco* no dejó de publicar largos estudios y artículos que don Damián firmaba con todos sus apellidos y los titulaba en estos ó parecidos términos: «Sobre el impuesto de cédulas». «Sistema contributivo comparado». «De lo contencioso y lo gubernativo». «Los pósitos en el pasado, en el presente y en el porvenir»... etc., etc.

Alguna vez metía su cucharada en el caldero político, pero juzgándolo todo con un gran criterio gubernamental y sin menoscabar en un ápice el principio de autoridad, base de toda sociedad bien organizada.

Dicen que doña Esperancita despuntó siempre por celosa y arrebatada, y que era asaz tiránica con aquel digno jefe de Administración, sometido enteramente á sus caprichos.

En los asuntos de la guerra, don Damián era optimista.

—Ya sabían, ya, nuestros gobernantes lo que habían hecho,

Y explicaba en el casino cómo de acuerdo con las potencias, (pronunciaba esta palabra,

como los antiguos cuando decían: «los dioses»...) habíase concedido la Autonomía para conservar intactas nuestras colonias y afianzar la paz del mundo.

Porque, eso sí: lo sabía de buena tinta, como quien tanto había rodado por los «altos centros». En el momento en que alguien atentase contra nuestra soberanía, *allende* ó *aquende*, sobrevendría una conflagración espantosa...

Y al pronunciar la palabra *conflagración*, por virtud de la enérgica onomatopeya que el orador sabía darle, los helicenses veían estallar miles y miles de bombas, y montones de explosivos, que cubrían el cielo de gases y llenaban de temblores la tierra. Los ojos se revolvían airados, los puños se crispaban al par que el ceño adquiría una dureza imponente.

Decididamente todos aquellos demonios estaban por la conflagración.

Paniagua era el único que osaba rebatir las pacíficas disertaciones de don Damián.

—¡No, no, no!—gritaba con la perilla militar despeluzada y altiva, como subrayando aquella triple negación de su alma heróica.—No debemos aceptar ni tanto así de las poten-

cias. ¡Guerra, y guerra! La raza necesita un baño de sangre para fortalecerse... ¿no la cría por dentro? Pues hay que dársela de fuera. Somos los mismos; los de Sagunto y Lepanto, y Trafalgar y Zaragoza...

Y el casino se venía abajo con los aplausos, y un violento escalofrío corría por las espaldas y enrojecía todos los ojos.

En tanto, los rumores de próximo rompimiento con los Estados Unidos, crecían difundiéndose por todo el mundo. El telégrafo llevaba de minuto en minuto á todas partes la «última impresión»: los periódicos amontonaban noticias contradictorias que dentro de un mismo ejemplar reñían, se desmentían destrozándose como beligerantes partidas.

Los yanquis piden esto, quieren lo otro, imponen estotro...

E invariablemente don Damián de la Rua, entreabriendo los mariscos é irguiéndose como en el sillón de jefe, exclamaba:

—Ya sabe el gobierno lo que hace, ya. Todo eso es de acuerdo con las potencias.

Paniagua sostenía que, caso de existir ese acuerdo, sería una desgracia para nosotros, y que el gobierno no daba muestras de estar muy avisado.

—¡Cómo,—decía don Damián,—equivocarse el gobierno!... ¡la superioridad! Un gobierno que tiene centenares de centros consultivos, que lo asesoran en toda suerte de materias... Estaba por decir, aunque por respeto no lo digo, que no saben ustedes lo que es un expediente, ni entienden una sola palabra de tramitación. Los que hemos consagrado la vida á estos negocios interesantes al país...

Y sobre si es ó no es, la tuya sobre la mía, hubo una incruenta disputa de la que nacieron dos partidos.

El eco doloroso de aquella contienda y del subsiguiente antagonismo, llenó de amargura dos corazones en que la misma sangre latía.

Doña Esperanza temió ver agitada aquella existencia de pacífica jubilación y representábase al vivo la valentía inacabable de Paniagua, su energía caballeresca, la altivez indómita de su ánimo que lo empujaba á osados excesos... y allá en su dolorida imaginación pintábase la escena; ambos batiéndose en singular combate, Paniagua pinchando á su Damián, que caía en brazos de dos padrinos, acaso Berruguete y el rematante de consumos, como si dijéramos el austro y el septentrión del susodicho impuesto!

Por su parte Pepita Jiménez veíase acometida de los mismos terrores y pesadillas. También contemplaba la terrible escena, pero con muy diferente resultado. Era Paniagua el que caía con un tiro en la frente; aquel Paniagua tan querido, con amores no confesados durante más de un cuarto de siglo.

¡Cuántas inquietudes produjo aquella condenada disputa en el casino!

Como es sabido, Paniagua quedó erigido en jefe del partido de la guerra. Con él estaba toda Oblita, la ardiente y heróica raza helena vencedora de Jerjes. El partido de la paz contaba con don Damián, con el arrendatario de consumos y con el maestro de escuela. Hasta el reverendo párroco andaba ya inflamado en bélicos ardores y, nuevo Gedeón, sentíase capaz de derrotar á los yanquis á cantarazo limpio y con el solo estruendo de las trompetas.

—¡No faltaba más,—decía don Damián,—sino que esos mequetrefes nos metan en guerras exteriores, para que baje el papel, suba la deuda y se acaben las jubilaciones!

—¡Estaría bonito,—pensaba el rematante,—que se armase *la gorda* y estos puñaleros contrabandistas me quemen el fielato y me echen á pedir limosna!

En cuanto al maestro de escuela, juzgaba una incongruencia cualquiera asomo guerrero, siquiera fuese de lo más platónico, con los hermosos principios que por medio de las muestras de escritura pacientemente copiadas según el método de Yturzaeta, iba inculcando en los tiernos corazones de sus discípulos:

«Causan siempre las pasiones
la guerra entre las naciones.»

O bien:

«Con la guerra y el infierno
todo el mal hácese eterno.»

Después de esto, ¿cómo había de ser partidario de la guerra?

Como barquichuelo entre dos corrientes giraba *El Eco*, mostrándose ora pacífico, ora belicoso, según hácia què lado del remolino lo empujaban.

El un partido aplaudía todos los preparativos y pertrechos que se hacían: el contrario trataba de suavizar asperezas internacionales, inspirando al gobierno sabias y templadas disposiciones por medio de emolientes artículos en *El Eco*.

Y lo cierto es que Oblita moralmente ardía por los cuatro costados y la paz había huído de las familias.

Los síntomas belicosos iban en aumento. Acompañándose del acordeón, muchos helicenses entonaban canciones guerreras que ponían los pelos de punta: líricamente insultaban á los yanquis y al gran fanfarrón que los gobernaba, dirigiendo allá al «país de los cerdos» la mar de pullas y donaires. Otros daban rienda suelta al sentimiento artístico, y la ira nacional se desahogaba pintando enormes cerdos abiertos en canal ó ajusticiados con asadores.

Hablaban sin pizca de perifrasis de la pezuña del *Tío Sam* y de otros atributos, y á cada periquete saltaban con el ¡viva España! grito que llegó á ser subversivo en aquellos días, y en Madrid lo castigaban á estacazos.

Al partido de la paz no le llegaba la camisa al cuerpo y su respetable jefe don Damián de la Rua, temía, recelaba y preveía alguna seria complicación internacional por virtud de aquellos excesos. A no ser por la confianza que tenía puesta en la prudencia y tino del gobierno, habría creído inminente la «conflagración» que aquellos demagogos deseaban.

Ninguno de los partidos beligerantes pudo atraerse al francés, que cansado de gestionar sin fruto el pago de los estudios, estaba ya con el pie en el estribo y la maleta arreglada para alzar el vuelo y anochecer y no amanecer.

Algo de tenebroso se cernía en los aires: los momentos eran graves y solemnes: algunos helicenses partidarios de la guerra, asustados de su propia obra, pactaban secretamente con el bando adversario... pero ninguno osaba preferir una paz hedionda a una lucha gloriosísima, delante de Paniagua y de aquella su condenada perilla gris que se despeluzaba nerviosamente como altivo pabellón de combate.

## VII

## El dinero de la suscripción

Afortunadamente llegó pronto la ocasión de que entrambos partidos se refundieran en uno ó mejor dicho, que el de la guerra atrajese al de la paz.

Por un telegrama del gobernador supieron los helicenses que la guerra con los Estados Unidos era cosa declarada y resuelta, y como los gobiernos españoles, bendito sea Dios, lo mismo sirven para un barrido que para un fregado, el que había venido para hacer la paz se quedó para dirigir la guerra, cosa que

dada nuestra manera de ser, auguraba un excelente resultado en la campaña.

Lo mismo fué llegar la noticia que alborotarse toda la ciudad.Otra vez las asendereadas «fuerzas vivas» pusiéronse en movimiento y ahora para adoptar recuerdos de índole práctica y eficasísima. Otro telegrama y muy apremiante, exigía de los helicenses un sacrificio pecuniario para aumentar el producto de la suscripción nacional.

Con acentos apropiados á tan solemnes circunstancias, el gran Paniagua desde la silla presidencial conmovía los ánimos de todos aquellos ilustres miembros de sociedades, corporaciones y centros.

Alzábase el orador detrás de la mesilla con tapete rojo, rígido como el deber, invencible como la raza, y, con su enérgica acción durante el apóstrofe, parecía querer tirar sus brazos allá lejos, para abofetear á través del atlántico á la impura manada de mercachifles.

A mitad del discurso ocurrió un suceso... las puertas del casino abiertas de par en par dieron entrada franca á una gran turba que venía vociferando: la banda de música entró en el salón tocando con furor guerrero la

«Marcha de Cádiz»; detrás de los músicos, rodeado de pueblo que lo aclamaba, venía el alcalde con la bandera de la ciudad, la bandera blanca con el escudo azul en que la osa heráldica parecía un león aquella noche. Junto al alcalde venían algunos concejales y mayores contribuyentes, y lo que es más inaudito y extraordinario, el Iltmo. Sr. D.ª Damián de la Rua y Bárcena de Justillos de gran uniforme, con el sombrero de tres picos y el virginal espadín de jefe de Administración honorario.

Ante la bandera municipal los helicenses se pusieron pálidos: de pie y con la cabeza descubierta, saludaron al símbolo de sus antiguas grandezas, y cuando don Damián, dentro de su solemnísima casaca, con el sombrero apuntado debajo del brazo, su bigote á la borgoñona y los ojos turbios como dos hermosos mariscos llenos de agua salada, se dirigió á la presidencia para abrazar á Paniagua que lo esperaba erizado y radiante, no hay delirio en el mundo como el que sacudió, estremeció y zamarreó aquel concurso de patriotas.

Ya no existía más que un partido el de don César, el de la guerra á muerte, la guerra hasta clavar los castillos y leones y la Osa herál-

dica en las puertas del Capitolio de Washington...

De un salto encaramóse el abogado Campanón en la mesilla presidencial, y no encontrando formas oratorias lo bastante calientes para aquel momento, rompió con la añeja jaculatoria en que el vozarrón y el gesto son los elementos más esenciales:—¡Viva España! !Viva el Ejército! ¡Viva la integridad del territorio! ¡Viva Oblita! ¡Viva la!...

En aquel instante irguióse Paniagua, afirmóse bien agarrándose de una pantorrilla de Campanón, que sobresaltado, creyó que quisiera echarlo abajo de cabeza, y pálido como la muerte, lanzó su grito de guerra que atronó el casino:

—¡Viva la raza latina!

Un alarido inmenso llenó la casa, rebosó por las ventanas, alborotó la calle y fué á perderse en la desierta marisma. Aquel grito era como el de la loba capitolina que alzaba la garra para defender á sus cachorros. Comprendieron que ya nada quedaba por gritar y así la música la emprendió con «la de Cádiz», en tanto que un triunvirato compuesto de Paniagua, don Damián y el alcalde, extendía la ban-

dera local sobre la silla del presidente como un solio de gloria.

Los helicenses, muy fáciles de conmover con acompañamiento lírico, abrazábanse sollozando. El gordo y sensible Berruguete y el bizarro capitán Ripalda abrazáronse llorando entrambos á lágrima viva, aunque para aquel acto de noble efusión tuvieron que describir un ángulo bastante agudo y formar abrazados una especie de A mayúscula.

Las masas evacuaron el salón y se fueron con la música á otra parte; y algo más tranquilos los ánimos, pudo continuar la sesión.

Comenzaba á enfriarse la discusión por tratarse de dinero. El alcalde quería quedar bien, y pinchaba, pinchaba... No gustaban los inflamables patriotas que les viniesen con el tanto mas cuanto después de una tan hermosa escena de entusiasmo.

A decir verdad ni Paniagua ni don Damián, los dos antiguos jefes de partido, tenían mayor interés por el éxito de la suscripción. El uno no se fijaba en esos detalles; el otro ya entregaba á la trágala su día de haber como jubilado, y lo mismo acontecía á cuantos contribuían según su sueldo, á la suscripción volun-

taria con que el gobierno obligaba á todos, excepto á los ricos.

Iba, pues, á terminarse la reunión sin acuerdo alguno, cuando detuvo á los curiosos un incidente inesperado. Entregaron al alcalde un telegrama y urgente por más señas. Leyólo la primera autoridad, hizo un gesto y lo pasó á manos del señor de la Rua; frunció las cejas, entreabrió las balbas de sus mariscos y entregó el papelillo azul á Paniagua.

Crispóse del todo, relampaguearon sus ojos, erizósele la perilla como si un ciclòn pasara por delante, y puesto de pie, temblándole la voz, leyó el telegrama:

«Al Alcalde de Oblita.

»Con esta fecha decimos Gobernador: pue-
»blo Venusta ofrece suscripción, triple real y
»verdaderamente entregue Oblita.

»*La Comisión.*»

Viérais allí bigotes erizados, ojos revolviéndose en las órbitas, bocas escupiendo amenazas é injurias, pelos encrespados, puños apretados y moviéndose á impulsos del coraje, caras verdinegras, como de piratas que respiran fatigosamente olfateando la presa, lomos en

arco como de gatos rabiosos que acometen al primero que pasa... toda la oleada de bilis y de odio que lanzaba el flujo de la historia y empujaba á dos pueblos á destruirse.

Después de la lectura hubo una pausa trágica. Rompiòla el abogado Campanón con su estribillo de siempre:

—¡Ahora verán si hay ó no hay dinero en Oblita!

—Sí, sí; hay dinero para enterrar á esos cochinos.

—¡A esos yanquis!—aulló Ripalda; y un aplauso confirmó la injuria.

—Cuando el honor lo pide, hay dinero en Oblita.

—Propongo á la reunión, que no se disuelva sin hacer la primera lista y comunicar al gobierno su resultado,—dijo Paniagua.

—¡Venga la lista! Cuanto antes mejor. Hay que enseñar nobleza á esos judíos.

Berruguete, como secretario que era, extendió delante de su barriga un pliego en blanco.

—Primero el presidente.

—César Paniagua,—dictó el héroe,—¡mil pesetas!

Otro aplauso llenó la sala. Muchos fueron los que se levantaron para estrecharle la mano. El noble mayorazgo arruinado ofrecía á la patria una fortuna para como andaba el tiempo.

Berruguete continuó apuntando.

—El capitán Ripalda, un día de haber... y setecientas cincuenta pesetas.

—El infrascripto secretario Berruguete, quinientas.

Y así fueron apuntando sumas enormes. Aquello verdaderamente enternecía.

Cuando cerraron la lista, fué entregada al alcalde, quien aquella misma noche comunicó al gobierno su resultado. También telegrafiaron á Venusta para que rabiasen los usureros.

Tal impresión produjo aquel desprendimiento en las «esferas oficiales», que al siguiente día recibió el alcalde un telegrama del gobernador, que en nombre de la patria agradecida, ponía á Oblita en los cuernos de la luna.

El gobernador era nuevo y no conocía el personal, como decían los de Venusta.

Y allí quedó en definitiva lo de la suscripción. Nadie volvió á nombrarla ni á ninguno le pasó por la cabeza que después de haber

hecho la lista, quedaba que realizar algún otro acto.

Qué, ¿acaso lo que el entusiasmo dicta va á tomarse por donde quema y á ejecutarse en frío? Valiera más no entusiasmarse.

Ello es que los socarrones de Venusta escudándose con sus vecinos, la dieron de tres y traza y no pagaron ni un cuarto. Y encima hicieron copletas y epigramas y pullas sobre la mezquindad, pobreza y fanfarria de los helicenses.

¡Este es el mundo!

VIII

## Firma y rúbrica

Dos grandes acontecimientos siguieron á la declaración de guerra.

Había en Oblita dos apreciables representantes del Cuerpo diplomático, vicecónsul de Honduras el uno y de Guatemala el otro, y entrambos almacenistas de ultramarinos,—artículos en los que era hábil comisionista Berruguete,—que tuvieron el capricho de engalanar sus balcones con las banderas de los susodichos Estados americanos.

Pues contra ellos fué la manifestación.

Hubo jaculatorias patrióticas y «marcha de Cádiz»; y el pueblo se despachó á su gusto;

mas no llegó la sangre al río, porque los cónsules, nacidos y criados en Oblita, salieron á su respectivo balcón y declararon del modo más terminante, que ellos no estaban conformes con la *doctrina* de *Monroe* ni tenían otra cosa que ver con ella si no es los precios del cacao, del café y del azúcar; con lo cual el pueblo soberano se dió por satisfecho, y hasta exigió, en prueba de la buena harmonía internacional, que izaran los dos pabellones hispano americanos.

El segundo acontecimiento fué la despedida de los soldados.

Había unos días que vagaban por la ciudad unos pobres «excedentes de cupo» llamados para cubrir bajas en las guarniciones peninsulares, y no fué necesario más sino que Paniagua cayese en la cuenta de que había que despedir dignamente á los soldados de la patria.

Y allá fueron á la estación, precedidos de la tan indispensable banda de música, los quintos y las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y el pueblo en masa.

Aunque todos sabían que aquella docena de soldados no había de alargarse más allá de cuarenta leguas, complacíanse en imaginar

que se dirigía directamente á la manigua y les enternecía el supuesto de los peligros y trabajos que esperaban á aquellos valientes hijos de la comarca.

Todo el mundo rivalizó en la dulce tarea. Las damas helicenses repartieron escapularios; el Ayuntamiento, siempre espléndido, obsequió á los quintos con una cajilla de pitillos de á real y dos reales en efectivo metálico, por barba; el capitán Ripalda les confortó con una arenga; las mozas les despidieron con aclamaciones y hasta el párroco los bendijo ante el concurso, sorprendido por esta solemnidad inesperada, con una bendición que olía á absolución *sub conditione.*

Al ver marchar el tren hasta perderse en las rudas pendientes de la línea, bajo el sol clarísimo de aquella serena tarde de primavera, los helicenses tuvieron como una visión interna que les aleteó en el alma.

Aquel era el Ejército de la patria, venido de Granada, de Pavía, de San Quintín, de los cuatro puntos cardinales de la historia para volver allá, á «la otra orilla» y conquistar de nuevo desde la Tierra de Fuego á la California...

¿Por qué no habíamos de vencer? ¿Tantas

veces nos vencieron? ¿No se amamantaron los nuestros en heróica ubre? ¿Los soldados, ¿no seguían en el combate banderas que son páginas de gloria, cual no las tuvo nadie? El gobierno, mediocre y todo, ¿no había de aplicarse á ganar batallas con el mismo fervor con que se aplicaba á ganar elecciones? La nación en masa, no había de refrescar con nuevos ejemplos los laureles de la Independencia?...

Paniagua condensaba el común sentir en un entimema enérgico: «España pelea, luego vence». Y de ahí no lo sacaba nadie, teniendo como tenía el concepto de nuestro poder histórico clavado y remachado en las mismas entretelas del corazón.

Aquella tarde la echaron de campo los helicenses; desde la estación salieron desperdigados en pintorescos grupos, esparciéndose por las afueras en son de fiesta, por lo que hubo que doblar las guardias de los fielatos.

Lentamente y haciendo sus paradillas, subían don Damián, Paniagua y el cura por un caminito que va desde el pueblo á lo alto de las colinas. Por un lado lo limita la brusca pendiente en que los pinos se agarran inclinados como empeñándose en una ascensión imposible y angustiosa: por el otro, lo ciñe un

apretado seto vivo de granados y chumberas: detrás de aquel valladar erizado de espinas y de puas, hay varios huertecillos regados con agua de unos pozos, sacada con cigoñales.

Nada comparable á la calma olorosa de aquel camino. El olor balsámico de las resinas que baja del pinar, júntase con el de los alhelíes amarillos y los primeros lirios que crecen en los huertos: enredándose en las puas del seto, sube hasta rozar las flores de los granados, la *asperula odorante*, la pomposa madreselva, con sus largos filamentos de color de hueso, perfumados en los blancos cálices.

Dos tórtolas salieron asustadas al ruído de la controversia, y sabe Dios qué dirían de aquellos tres estrafalarios seres que iban hablando de la guerra en el seno de la augusta paz.

Porque el gran Paniagua, del todo alborotado por la infamia yanqui, no quería ya la guerra lejos, sino allí mismo, en la misma Oblita, anhelante por derramar su sangre griega en defensa de toda la patria.

—¡No vendrán! ¡No se atreverían!

—Ni las potencias los dejarían venir,—añadía don Damián, con cierta mal reprimida sa-

tisfacción, porque en el fondo deseaba muy de veras que no viniesen.

—En eso de las potencias,—respondió el cura,—hay mucho que hablar, amiguito. Como verdaderas potencias, España debe atenerse á las tres del alma... pues si tiene inteligencia para concertar todo lo conveniente á la campaña; memoria para acordarse de todo lo malo que hizo y de todo lo bueno que dejó por hacer, y al par voluntad de no hacer más que lo bueno, padríamos pasar sin el arrumaco de la Francia, el favor de la Alemania y aun sin la limosna de la Rusia, que el diantre se las lleve á todas.

No necesitamos á nadie para vencer. O hay raza ó no la hay. Y aquí tengo metido—gritó Paniagua,—que venceremos ¡porque sí!

—Eso. *Per quan sumus et nominamur filii Dei;* que al fin se trata de una nación de herejes.

—No tanto, padre cura,—saltó don Damián, —que allá también hay católicos. Mire cuánto trabajó el Pontífice...

—¡Me gusta! Para que lo hayan dejado más feo de lo que es es. Su Santidad me perdone, que no lo dije por irreverencia.

—Se comprende. Pero ¿acaso no sería me

jor que los pueblos se entendieran por medio de un expediente? Señores, no habría cosa más fácil. Que tú pides... bueno. Pase á informe del negociado. Allí se pesarían las razones y se medirían los conceptos; ¡faltaba más! Un cuerpo consultivo, previamente instruido por el anterior informe, informaría á su vez, y así por la sapientísima escala de la tramitación irían la verdad y la razón ascendiendo, hasta que la superioridad no tuviera más remedio que declararlas.

—Pero como usted comprende, señor don Damián, en estos líos nunca hubo mejor expediente que un cañón ni más excelente diligencia que una buena carga de caballería... así somos y así seremos hasta que Dios disponga otra cosa.

—Pero, ¿qué ha de disponer?—rugió iracundo Paniagua.—¿Qué ha de disponer, sino que los pueblos se defiendan mientras tengan vergüenza y les sobre la razón por encima de los pelos? Se me antoja que usted, don Damián, vuelve á las andadas y que tomaría mejor una hogaza de paz que un cahiz de guerra, aun cuando fuera gloriosa.

—Dios me libre. Pero hablando en términos generales, ¿no es un dolor que se estropeen

tantos hombres y se produzcan tantos daños? Usted mismo, señor Paniagua, que ya sé cómo le retoza la sangre guerrera en el cuerpo, y usted, señor cura, que de dos brincos subiría al púlpito á predicar la guerra y de otros dos bajaría á buscar la escopeta de dos cañones, ¿no consideran los males que trae consigo un estado tal de violencia? Imagínense ustedes que lo sufriéramos aquí... esas casitas blancas agrupadas bajo la torre; estos huertos que huelen á gloria; ese pinar tan tranquilo; aquella marisma tan solitaria; todas esas gentes que respingan allá arriba, libres de cuidados y de angustias, como las tórtolas que vamos asustandó y los conejos que corren alzando el rabo delante de nosotros, ¿estarían conforme están?

—¡Ojalá que ya no lo estuvieran! ¡Que vengan y verán lo que es bueno!

—¿No quieren nuestra honra? ¡Pues que vengan por ella! Tiene usted razón, amigo Paniagua,—exclamó el cura, echándose el manteo sobre la articulación del brazo izquierdo.

—¡Eh... adónde van ustedes! Aquí hay lechugas y son exquisitas:—gritóles con la boca llena el abogado Campanón, desde uno de aquellos huertos.

Estaban con él el juez, la jueza, las hijas del recaudador, las de Berruguete y Pepita Jiménez, que no había quitado los ojos del camino, contemplando la maniobra de tres bultos negros, que venían subiendo, ora haciendo paradillas, ora accionando con desusada energía...

Para ver de lejos no hay nada como el corazón.

Saludáronse unos y otros, teniendo el vallado por medio, y como para Paniagua—¡ingrato!—y sus acompañantes fuera más sabrosa su plática que las lechugas, siguieron hacia lo alto engolfados en su patriótica conversación.

Al llegar á la cumbre hicieron una larga pausa. Miraron aquel pinar sombrío en que la tarde colgaba sus velos: la ciudad abajo, recostada en las faldas arcillosas, que bordaban los tomillares y perfumaba el romero: el río, que brillaba con el poniente sol como una franja de plata, que iba, rompiendo la marisma, á perderse allá en otra franja cárdena que surgía del horizonte... y oyeron risas y cantares que salían de la espesura, gritos del amor y la primavera, como himnos al gran Pan, cantados por la sangre helena bajo la fronda del pino mitológico.

Todo hablaba de paz allá en lo alto de las colinas. ¿Por qué había de profanarse la augusta y mansa Naturaleza con la salvaje contienda de los hombres?

Y como afirmando esta idea de paz y de concordia, subió hasta la cumbre el dulce son de las campanas parroquiales.

¡*Angelus domini nuntiavit Mariæ*!... y los tres amigos, con la cabeza descubierta, rezaron la oración de la tarde.

. . . . . .

Subía del Ridoro una neblina azul que iban rompiendo los primeros rayos de la luna; los setos parecían trincheras, y los granados soldados de otra edad, que traía la noche. Allá quedaban los pinos agarrándose á la ladera, con su ramaje rumoroso en que se enredaban canciones y risas... y los alhelíes y las madreselvas esparcían olores que se juntaban al perfume de las resinas rodando por los troncos como gotas de ámbar.

Ni el cura ni don Damián hablaban ya de guerras. Sólo en el pensamiento de Paniagua, en aquel cerebro heróico, seguían volteando Dios sabe qué ideas de combates desesperados y de victorias prometidas.

En el último tercio del camino, surgiendo

de una senda que se apartaba hacia el pinar, apareció un cuerpo andante y viviente que se interpuso entre la luna, muy baja á la sazón, y el grupo de los tres amigos.

—¿Eclipse?—dijo el cura, como chuscada.

—No, aunque pudiera. Es Berruguete—respondió Paniagua, algo avezado á estos encuentros misteriosos.

Y en verdad que no se engañó aquella noche: atravesada en el camino é iluminada por la luz de la luna, dibujábase la silueta de un Berruguete inmenso, tres veces más voluminoso de lo que materialmente era.

Saltó con relativa ligereza el vallado de chumberas, hurtando hábilmente el cuerpo á las espinas como hombre práctico en estas pasadas, y perdióse en las sombras movedizas del huerto más cercano.

—¡Anda con Dios, hijo!—dijo el cura, relamiéndose de envidia.—¡Anda con Dios, que tus tres buenas vejigas de manteca te llevas, y á juzgar por el bulto y aforando por encima, no será menos del ciento de huevos y media arrobeta de aceite lo que metes para allá, limpito de polvo y paja!

Y diciendo esto, se remangó la sotana, y arrimándose al vallado dejó el párroco su fir-

ma y rúbrica, no sin que á la una mano Paniagua y á la otra don Damián, dejaran de acompañarle cada uno según sus facultades, en la operación caligráfica. Porque todo es contagioso entre los hombres.

## IX

## ¡Agua va!

¡Ay, cuán cierto es que todas las dichas mundanas son engañosas!

¿Quién iba á temer desdichas en aquella apacible noche de Mayo?

Bajaba de los huertos un olor de azahares que embriagaba: salía de la iglesia, hecha un ascua de oro, otro olor de azucenas, llevándose á lo alto las notas de un cántico infantil que á coro de ángeles se asemejaba.

«¡Dulcísima madre
del divino amor!»

. . . . . .

Y las helicenses regaban sus tiestos de claveles, mientras que ellos paseaban bajo las

acacias floridas aspirando á bocanadas la primavera.

El cielo llenito de estrellas, la tierra cargada de flores, el río dulcemente querelloso, la arboleda apacible, la neblina azulada y ondeante como nube de incienso... todo parecía preguntar por qué los hombres habían de matarse tontamente, en vez de beber la vida en esta inmensa crátera del mundo!

Y entre tantos efluvios de paz y dulcedumbre, la tremenda noticia corría vibrando por los alambres, pasaba por Venusta, descendía por las cuestas de la línea, volaba sobre los sembrados en flor y los majuelos verdes, rozaba los hierbajos de la marisma, saltaba el Ridoro y caía en Oblita.

La primera sensación fué de estupor. ¡Toda la escuadra destruída en Cavite... la bahía y el arsenal en poder del enemigo... Manila acorralada por la linea de fuego de los buques yanquis, el Archipiélago entero amenazado, centenares de muertos y prisioneros, el Almirante y los nuestros en tierra, sin una mala tabla en que hincar la bandera... y todo en poco más de treinta minutos!

¿Acaso ya no somos los mismos? ¿Iban á te-

ner razón los gárrulos burgueses del «país de los cerdos?» ¿Tendríamos que verlos horar el suelo de la patria revolviendo los huesos de nuestros héroes y nuestros mártires? ¿Ya no hay raza?

La sangre helena lanzó en Oblita un alarido doloroso. Era el grito de unas Termópilas imposibles que se iban desvaneciendo en los vapores de la embriaguez patriótica.

Desde la calle oíase la voz resonante, como de caldero en que repican, del abogado Campanón que peroraba en el casino. Grave y ceñudo, más encorvado de espaldas y más torpe de piernas, movíase el capitán Ripalda, cual si llevase á cuestas el peso enorme de todas nuestras desdichas. Lloraba sin consuelo el sensibilísimo Berruguete, pintándose los atroces cuadros de la derrota. Rugía el recaudador, abriendo las válvulas á la actividad comprimida por el ocio, y el pueblo entero se recluía sobrecogido de estupor por la noticia infame.

¿Y Paniagua? ¿Y don Damián? ¿Y el señor cura? ¿Qué hacían esos directores de la opinión, que no acudían á «dar soluciones?»

En cumplimiento de su deber,—así al menos lo creían,—corrieron los dos últimos á

casa del primero... y ¡en qué estado le hallaron! Vieron en aquella casa grande y tristona de mayorazgo célibe, un Paniagua erizado, descompuesto, con dos ojos gatunos que fosforecían en la sombra y una perilla que se retorcía y despeluzaba nerviosamente.

Como fiera enjaulada, paseaba agitadísimo por la última habitación frontera al corral: un velón de Lucena, del siglo pasado, con cuatro leones por piqueras, puesto sobre un trípode de su tiempo, casi alumbraba desde el rincón, la mitad de la anchurosa cuadra. La otra mitad quedábase á obscuras.

Los dos visitantes sentáronse junto al velón y poniendo la cara que regularmente ponemos en entierros y velatorios contemplaron el ir y venir en silencio, de la luz á la sombra y de la sombra á la luz, del inquietísimo Paniagua. Parecía que iba á estallar como un torpedo cargado de indignaciones.

Allá en la cocina oíase un furioso abaniqueo con que el ama de llaves,—único sirviente que quedaba del tiempo del mayorazgo,—avivaba el fogón para algún negocio urgente. En el centro de un madero trabajaba una polilla con un ruído regular, metódico, parecido al de un reloj que le dan cuerda. Venían del corral

aromas de claveles y el vientecillo traía allá de la mar lejana algo salado que se quedaba en los labios como si besasen lágrimas.

En punto de las diez, surgió del fondo del corral un rebuzno estentóreo. Comenzó con notas graves entremezcladas con otras agudas, cortadas con poderosos alientos. Tenía algo de sonoridad guerrera, de trompa que llama al combate... y terminó con sonidos débiles, pausados, acomodados al ritmo de la súplica en todos los lenguajes de la Naturaleza.

—¿Porque se pierdan las escuadras, no vamos á vivir los séres?—parecía decir el garañón que reclamaba el pienso.

Lo menos tres docenas de perros aullaron en los corrales, heridos en el tímpano por la sonoridad del rebuzno, y aquel concierto tristísimo del mundo irracional completaba el cuadro de las nocturnas amarguras.

Paniagua paróse en firme, miró á sus amigos y como siguiendo un largo monólogo mental, dijo:

—Y nosotros á ellos, nada, nada, nada. ¡Ni esto!

Don Damián alzó los ojos mirando al techo con una expresión mate y dolorosa.

El cura dió un puñetazo al brazo del sillón,

que sonó como un tiro en el silencio de la noche, y echándose el bonete al colodrillo, exclamó ardiendo en ira:

—¿Pero en qué estaba pensando aquella gente? ¿Así se dejan venir al enemigo, y así se dejan hacer polvo, sin llevarse ni un mal puñado de herejes por delante? Les digo á ustedes que es para reventar todos de una vez á ver si acabamos.

—Conviene suspender todo juicio hasta conocer la versión oficial.—Insinuó el prudentísimo don Damián.

El cura se echó á reir con una risotada brutalmente irónica.

—¡La versión oficial! ¡Eche guindas á la torasca! ¿Y qué nos va á decir esa señora versión, vamos á ver? ¿Algún embuste? Muchas gracias. ¿Vá quizá á sacar los barcos del fondo y con ellos el redaño protestante de esos hijos de... el diablo que se los lleve? Ah, señor don Damián, que usted debe saber mejor que yo, porque anduvo por esas Cortes, que todo esto no es más que un pastelazo. ¡Sí! Un pastelazo que amasaron en Hong-Kong; y basta, y no me diga que no con la cabeza, porque todos sabemos el dineral que ha costado.

—Esas son voces del vulgo...

—¿Sí, eh? Pues el vulgo acierta. Apuesto el pescuezo á que ahora que no nos queda un barco en aquellas aguas, sale toda la caterva de monicacos á los que se les pagó la gracia. Está todo convenido... han corrido millones, y España va al precipicio ciega, indefensa, maniatada, hasta quedar *sicut acervus lapidum in ruina!*

—¡Eso será, si yo lo consiento!—clamó Paniagua desde aquella parte hundida en sombra. Y súbito, de un salto, plantóse en plena luz con los ojos echando chispas.—Yo,—y se dió dos manotazos en la tabla del pecho, que sonaron á hueco, como si los diese en la tapa de un sepulcro.—¡Usted, usted, cualquiera, todo el mundo, nos opondríamos! ¡España no puede declinar... la raza no perece, y ¡aunque pereciera! ganaría batallas como el Cid. Después de todo ¿qué? ¿Qué hemos perdido barcos? Otros se hacen. Lo que me pone malo es que los nuestros se hayan hundido sin dejar en el mar un reguero de cadáveres.

En aquel punto cortó en seco el diálogo cierto incidente casero, que la verdad histórica obliga á relatar.

Es el caso, que Paniagua asaz duro de vien-

tre, ardiendo en bilis y en humores acres aquella noche, que todos se le habían revuelto con el sobresalto de la noticia, vióse necesitado de cierto remedio que él sabía cuándo y cómo había de aplicarse.

—Ya está esto,—dijo la sirviente saliendo de la cocina y procurando encubrir con el delantal algo que por esto, y por la obscuridad del lugar no se veía.

Más como el grande hombre no respondiese palabra, absorto como estaba en imaginar heróicos desquites y descomunales victorias, la buena mujer dejándose de ceremonias, incompatibles con la salud según su juicio, y necesitada de acudir á llamar á un vecino que en estos precisos lances auxiliaba á su señor, llegóse á éste y le entregó no sin cierta solemnidad ¿qué diréis? una grandiosa, antiquísima y reluciente jeringa de latón, cargada con un Océano de agua de malvas.

Paniagua tomó sin sorpresa alguna y como quien está á mil leguas de la realidad y su remedio, aquel chisme casi heráldico, que formaba parte del mayorazgo y había servido en sus apuros no se sabe á cuantas generaciones de Paniaguas.

Los visitantes tampoco pararon mientes en

la entrega de armas y continuaron como si tal cosa engolfados en su patriótica parlería.

—Pero esa escuadra nuestra que salió al encuentro de la yanqui... ¿cómo no la desbarató antes de que asomose por la bahía de Manila? ¿Y por qué no defendió la entrada, una vez que se aculó en ella, como diciendo ¡vengan bombas! Lo que yo he dicho, señores; el pastel venía amasado de Hong-Kong!

Y esas dos sílabas parecían dos cañonazos en la boca del cura.

—Y ¿qué sabemos?—repuso don Damian.—Nosotros juzgamos desde aquí, desconociendo las condiciones más elementales de lugar y tiempo...

—¡Alto allá!—respondió Paniagua,—que sin necesidad de que lo cuente nadie lo sabemos. Esta es la bahía de Manila. Esa puerta es la entrada. Esta silla que aquí pongo, es la isla del Corregidor. ¡Como si estuviésemos en el limbo! Pues aquí enfilo una batería, aquí asiento otra en un dos por tres... y espero. Llega la escuadra, y como yo estoy enmedio, la dejo pasar; cuento los buques; uno, dos, tres, cuatro, veinte... los que sean. ¿Estamos?

Apunto á mi sabor, aprovecho el instante táctico y ¡zás! descargo y...

Y descargó en efecto la cuantiosa jeringa sobre el cura y don Damián, que en mala hora representaron á la escuadra yanqui en aquel simulacro.

Con tan enérgico roción, los puso perdidos. Aullaba el uno, juraba el otro: el autor del disparo gritaba para que oyesen sus excusas: asustóse el gato, que de un salto derribó el velón dejándolos en tinieblas, no sin que mojase de aceite á los que ya estaban mojados de infusión de malvas: alborotóse el ama que volvió á salir á la calle voceando que en su casa se mataban tres hombres: los unos decian ¡llamen al alcalde! los otros, ¡que venga el sereno! y todo era bulla, confusión y espanto y todos gritaban y no se entendía nadie.

Cuando por fin entraron y la casa se llenó de comadres, chiquillos y vecinos curiosos llevando luces, vieron al Ilustrísimo señor don Damián de la Rua y Barcena de Justillos hecho una sopa, al señor cura sacudiéndose la sotana, con cara de pocos amigos, y al héroe de la fiesta jeringa al brazo, atónito todavía por las consecuencias de aquel desahogo patriótico.

Y es lo cierto que al desocupar la casa, yéndose las viejas santiguando, los vecinos riendo y los chiquillos dando tumbos y zapatetas, como si salieran de unos títeres, surgió allá del fondo del corral otro rebuzno formidablemente sonoro, lanzado á la desesperada por el garañón impaciente que parecía preguntar como antes: «Señores míos, ¿acaso porque se pierdan las escuadras, no vamos á vivir los séres?»

X

## El único camino

¡Bendito sea Dios, que junto á la enfermedad puso el remedio y el consuelo cerca de todos los dolores!

Grande fué el estremecimiento moral que sintió Oblita con la funesta noticia del desastre. Cumplióse para nosotros en aquella guerra memorable, el vulgar dicho de «al primer tapón, zurrapas.» Acaso no habría otra cosa debajo de todos los tapones.

Pero como no hay mal que dure cien años, y en Oblita males y bienes no duran arriba de cien minutos, detrás de la mala impresión vino el apacible análisis de «causas y concausas,» tarea que por lo menos distrae, y á semejanza de muchos específicos, no hará provecho, pero tampoco daño.

—«¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.» Decía el agudísimo ciego á Lazarillo de Tormes.

Lo que enfermó á Oblita, ó sea el telégrafo, trajóle el alivio.

Tenían los helicenses un diputado, cierto hermoso animal emparentado con otro que fué ministro. Y aunque parezca inverosímil, creyóse en el deber de consolar y tranquilizar á sus electores. Tratándose de la antigua Hélice, la palabra «electores» no pasa de ser un colmo de hipérbole, porque allí nadie ha votado nunca, ni se ocupan de semejante función inútil y subalterna.

Llegan unas «elecciones», se hacen con prudente anticipación unas actas al portador, es decir en blanco, y se las remiten al gobernador. Al cabo de algunos días ó de algunos meses, saben por los periódicos que tienen la alta honra de contar con el diputado don Fulano, don Cetano ó don Perencejo. Y estas son todas las relaciones que por lo regular existen entre el «elegido» y sus «electores»

El de entonces tomó algo más por lo serio la investidura ó tenía menos quehaceres que sus antecesores, y como decimos, juzgó nece-

sario explicar el desastre y llevar una gota de consuelo á los hogares helicenses.

Y llegó á Oblita el telegrama que en resumidas cuentas no decía más, sino que el desastre solo significaba una indignidad de los yanquis, porque sabiendo que por la parte de Filipinas no estábamos preparados para ningún lance, allá se fueron, arrasando, hundiendo, destrozando, sin decir agua va. Pero que arrieros somos y el camino andamos y ya se lo diríamos de misas por la parte de Cuba, hacia donde caminaba otra escuadra con inmejorables pertrechos...

A los helicenses les pareció de perlas el telegrama y perfectamente lógica la explicación. ¿De cuando acá, acudía el enemigo al punto ostentiblemente débil para batir al adversario? ¿No era esto signo de follonería y aún señal de pocos recursos?

A bien que, con efecto, por la parte de Cuba se lo íbamos á decir de misas. Teníamos allá tantos generales como días tiene el año.

Un tanto confortados los ánimos por estas esperanzas que no podían faltar, acogiéronse los helicenses al cumplimiento de los más altos y caritativos deberes espirituales. Por iniciativa de algún prohombre, ó de todos, cele-

braron en la iglesia parroquial una solemnísima misa de Requien, con responso procesional, túmulo de tres pisos y plática alusiva, en sufragio por las almas de los helicenses muertos en campaña.

Verdad que en estas condiciones no se conocía ningún difunto helicense, pero las circunstancias obligaban á esta patriótica é inocente mixtificación que podía producir inmensos frutos. Y luego ¿quién sabe los que habrían muerto peleando por la fe en guerras antiguas y á los cuales cogerían desde la cabeza al rabo las indudables excelencias del sufragio!

Allí estaban el Ayuntamiento, las sociedades, corporaciones y centros, todas «las fuerzas vivas,» otra vez: fuerzas vestidas de luto, enguantadas de negro, correctas y graves como la patria entristecida.

El plañido de las campanas, el olor del incienso, el tono lamentoso de las deprecaciones de la Iglesia, los paños negros, la figura solemne de Paniagua revestida de dolor oficial, todas aquellas cosas fúnebres herían vivamente la imaginación é impresionaron de tal modo á los helicenses, que muchas damas lloraban á lágrima viva y muchos caballeros hacían pucheros como si para sus adentros pen-

saran: «¡Si yo fuese uno de los muertos en campaña!...» y sentían su propia muerte y asistían á los funerales y se les derretían los hígados á puro lastimarse de aquella hipotética desgracia.

No es digna de recuerdo la chuscada con que los maleantes de Venusta comentaron la ceremonia funeral. Según se supo, pintaron en el casino una gran osa que en una de las garras tenía un pañuelo y en la otra un signo de interrogación y por debajo el siguiente letrero: «¿quienes son los muertos por los que llora la osa?»

Broma digna de entendimientos groseros á los que no es dable gustar los puros deleites espirituales.

Aunque la confianza renacía en los ánimos y se esperaban los «grandes acontecimientos» que los ministros anunciaban con medias palabras, todo lo misteriosamente que el «patriotismo» —palabra de moda— exigía á los españoles fuesen ó no fuesen ministros, que con aquello de las Autonomías casi todos lo éramos, había más de un helicense que no las tenían todas consigo y la camisa no les llegaba al cuerpo.

Había motivos para recelar que no iban á

ser triunfos toda la baraja. Aconteció que un día de aquellos, unos chiquillos apedreándose, dispararon un peñascazo con tal tino y desgracia, que desbarató el «Magna» del lema municipal, y dejó chafado al «sol naciente» que en el escudo representaba nada menos que el porvenir de la raza, ó si se quiere de la tribu.

Son los helicenses algo más que medianamente supersticiosos y tienen preocupaciones tradicionales que van heredando y transmitiendo sin menoscabo alguno. No tomarán una purga sino es en el menguante de luna así se lo mande Hipócrates. Para precaverse de la erisípela llevan colgados al cuello caballitos de mar, de los que hacen gran consumo. Para desviar el rayo queman sangre de galápago con estoraque y para burlar el «aire» usan tumbagas de cierto metal tan maravilloso, que el «aire» se detiene en ellas y forcejea hasta partirlas, saliendo ileso el que las usa, que de no llevarlas, quedaría torcido y gafo. En una palabra, allá se cree en todo lo que obre por alguna virtud oculta y por vías misteriosas.

La pedrada que decimos, destrozando atributos tan importantes del escudo municipal,

hubo de inquietar á muchos que vieron en aquel hecho un presagio funestísimo.

A Paniagua le importaba tres cominos el presagio. Su poderosa fe en los destinos nacionales, acrecentada después del primer tropiezo, le presentaba el porvenir con todos los resplandores del triunfo.

La felonía de Cavite tenían que pagarla bien cara. No se improvisan ejércitos ni se crían escuadras con leche concentrada como ellos,—los yanquis,—crían á los chiquillos. La nodriza del poder militar es la historia; su alimento la leche de la loba latina... para ser algo en esa materia es menester haber estado siglos y siglos peleando. Y en su magin, enristraba todos los lugares comunes heróicos con que la prensa y los ministros, á porfía, recalentaban los cascos.

El pacífico don Damián reconocía que se habían cerrado ya todos los caminos de la tramitación expedientil, aún cuando hubieran tratado antes de entenderse por este razonable é incruento medio ambas naciones. Ya no había más que un camino: el que señalaba á á los suyos Enrique IV, «el camino del honor y de la gloria.»

Y en el casino, en las tabernas, en el porche de la iglesia, bajo los frescos y resonantes pinos, en todos los sitios había siempre un orador estratégico que explicaba planes infalibles, sorpresas de éxito obligado, operaciones venturosas, secretos de Estado arrancados á la sesuda y silenciosa discreción ministerial...

No era menester ser ningún lince para vislumbrar los propósitos de aquellos grandes hombres que nos mandaban.—Doscientos mil hombres en Cuba, arma al brazo esperando al enemigo. Al desembarcar éste, caen como una avalancha... en tanto que la poderosa escuadra viene á colocarse como un muro de fuego entre el enemigo y el mar. Los invasores aplastados entre nuestros ejércitos de mar y tierra, su escuadra impotente para romper la nuestra, apoyada á su vez por las fortificaciones del litoral... y ¡aquí paz, y después gloria! que de entrambas cosas nos henchirían las manos.

Y al decir Paniagua esas cosas, veíase como el chaleco ombliguero de Berruguete se inflaba, se inflaba como si el soplo de la fe en los destinos patrios y del orgullo histórico, lo empujasen por dentro.

## XI

# El fulminario

Conforme había profetizado el señor Cura, los *monicacos*,—como él decía,—alzáronse en armas de un sólo golpe no dejando en Filipinas títere con cabeza. Al menos si quedó alguno, no fué por falta de intención.

Este nuevo despertar de las razas amarillentas sorprendió dolorosamente á los helicences y al gobierno, porque venía nada menos que á rectificar á la Gaceta y á contradecir de un modo harto sensible al *Te Deum* oficial que á la sazón seguían cantando en los pueblos de corto vecindario.

—Lo que yo dije... ¡éste es el pastelazo de

Hong-Kong!—gritaba el indignadísimo párroco.

Y en verdad que todos los días llegaban noticias de nuevos desastres. Aguinaldo fué el duende de aquella temporada. Los helicences lo ponían como un regalado trapo en todas las tertulias... y á pesar de tan atroces injurias el *monicaco* iba almacenando al por mayor los *castilas* en las covachas hediondas de Cavite.

Por la parte de Cuba estrecharon el bloqueo y todos los días nos cogían ó nos destrozaban un barco, tanto, que los honorables vecinos de Tampa y Cayo-Hueso pusieron de moda aquel inocente juego de prendas, «de la Habana ha venido un barco cargado de...»

Y comenzaron los de Oblita á chunguearse. Dicen que los indios suelen pintarrajear sus caras con figuras horribles para atemorizar al enemigo: enseñados los yanquis en esa escuela, sin duda nos querían asustar rebautizando á sus héroes... el generalísimo Miles, como quien dice, ¡miles de generalísimos en uno sólo! El almirante Sansón,—así lo pronunciaban —¡Jesús qué miedo! Y toda Oblita se reía, confiando en la escuadra fantasma, en el poderoso empuje del ejército y en la solidaridad europea.

También confiaban mucho en la iniciativa de su gobierno, que aunque dirigido por una especie de momia del tiempo de los faraones, quería y debía y podía sacarnos con la cara adelante de aquel conflicto.

Y dejaron ir días y venir días, y no se presentaba nada triunfalmente substancioso. Muchos conatos de bombardeos inofensivos á puertecillos sin importancia, de los que invariablemente, según los partes, salían averiados dos ó tres buques yanquis, ora por la poderosa bala de cañón, ora por la rapidísima del maüser. Las tijeras yanquis fueron cortando los cables, hoy uno, mañana otro, hasta dejarnos como á los presuntos reos; incomunicados y á solas con nuestra conciencia.

Cuentan historias muy antiguas que los hiperbóreos mandaban al templo de Delos ciertasofrendas de primicias cereales, y para esto se servían no más que de una fórmula vigente aún en cárceles y áulas: pasaban los manojos de mies á los escitas, vecinos inmediatos y les decían, «que corra.» Y manojo hubo, según afirma Herodoto, que de pueblo en pueblo y de de tumbo en tumbo, describió el perfil del Mediterráneo y fué á cerrar el inmenso círculo al cabo de algunos años. Muchos partes ofi-

ciales, bien de una ex colonia, bien de otra, tuvieron que hacer recorridos análogos al de los manojos hiperbóreos.

Y el tiempo corría, el dinero se acababa y aquellas medias palabras de los oráculos ministeriales no se cumplían como era debido.

¿Creerán ustedes que los de Oblita permanecían inactivos? ¡Qué disparate! A Dios rogando y con el mozo dando, se decían unos á otros. Y no hay duda, que quien mejor dió con el mazo en aquella ocasión, fué el maestro Carlanza, célebre armero que había inventado cierta modificación en las escopetas de fuego central y se pasaba de listo en el aderezo de básculas y romanas.

Aquel genio inédito tenía ya sus sesenta; era exíguo de cuerpo y un tanto cargado de espaldas: tierno de ojos, como quien sacrifica á Baco mejor que á Júpiter; húmedo de narices, que aun moqueaba como cuando iba á la escuela: largo de barbas que le crecían en madejas y cuando limaba en el torno se le mecían á lo chivo, cosa que al parecer le era gustosa; de lo demás no hay que decir sino que era un Arquimedes.

Pues este tal helicense, trabajaba desde hacía algunos meses en un invento... y como el

secreto pesa, fuelo á comunicar con el señor cura, días después de lo de Cavite. Declaróse el párroco por patrono y puso en autos á Paniagua. No fué posible ocultarlo á la mirada de lince de Berruguete ni al olfato estratégico de Ripalda; total, que de unos en otros vino el secreto á no serlo y toda Oblita ardía en ansiedades.

¿De què se trataba? Pues de un aparato formidable, de efectos inconcebibles y de tal poder destructor, que las más poderosas escuadras del mundo volarían hechas añicos al estallido de la endiablada máquina.

Faltábale entre otras cosas un nombre, y de dárselo cual convenía, se encargaron el Cura y Paniagua, los que después de muchos dares y tomares acordaron ponerle el *Fulminario*, nombre que elegantemente lo expresaba todo. Según el inventor, dicho Fulminario, estaba dispuesto para ser dirigido sobre la haz de las aguas al punto donde se quisiera, y su velocidad habría de ser pasmo del mundo. De los resultados ya queda dicho lo que interesa y toda esa maravilla venía á salir por cuatro ochavos.

Nadie dudaba de que el gobierno acogiera el proyecto y con toda urgencia utilizaría

aquel gran medio de destrucción que se le venía á las manos. ¡Y qué gloria para Oblita!

¡Pobres escuadras yanquis! ¡Cuán ajenos estaban esos Miles y Sansones, de que allá, en un rinconcito meridional perfumado por los tomillos y romeros, en que griegos y romanos tuvieron un templo á Ceres y otro á Neptuno, existía un maestro Carlanza encorvado y enteco, con unas barbas guedejosas que se mecían á compás de la lima en el torno, mientras iba fatal y silenciosamente forjando el rayo que habría de pulverizar el poder odioso de aquella manada de mercaderes!

Y ¡con qué discreta mesura dijo *El eco del Ridoro* cuánto había que decir sobre el invento, sin perjudicar al Estado con la divulgación intempestiva!

«Uno de nuestros primeros mecánicos, co-
»nocido há tiempo por sus invenciones útiles
»aplicados al perfeccionamiento de algunos
»sistemas de armas de fuego, trabaja en la ac-
»tualidad en los últimos detalles de cierto apa-
»rato que, de ser como creemos, podrá cam-
»biar la faz de la guerra y afirmar nuestro
»poderío colonial y marítimo, contra el de to-
»das las naciones y escuadras del mundo.

»Por no haberse verificado aún las pruebas

»decisivas y la natural reserva que se impone »en estos asuntos de aprestos contra el enemi- »go, nos vemos eu la imposibilidad de dar »más detalles sobre tan útil y maravilloso in- »vento.

»Felicitamos al sabio y modesto inventor, »que aumentará, no lo dudamos, la lista no »muy corta de los hijos ilustres de nuestra »querida Oblita.»

Y el sabio y modesto inventor con los ojos tiernos y las narices húmedas, iba y venía de la fragua al torno apremiado por la ansiedad pública y aguijoneado por la natural impaciencia de sus valedores y patronos, únicos que entraban en el taller, discretamente cerrado á la curiosidad.

El suelto de *El eco* dió la vuelta á España, de periódico en periódico, con la consabida formulilla: «cortamos de nuestro colega tal,» «leemos en nuestro colega cual,» y con pies de amigo del tenor siguiente «¡Dios lo quiera!» «Con profunda ansiedad esperamos conocer el resultado de las pruebas...»

Y surgió la indispensable leyenda en torno del sabio y modesto inventor. Unos aseguraban que era cierto ingeniero sapientísimo que por disgustos con una empresa por los que es-

tuvo á punto de suicidarse, se había retirado á hacer penitencia entre los helicenses. Otros lo señalaban como un anarquista arrepentido, y como tal, químico eminente, poseedor de secretos terribles en materia de explosivos, que iba á poner al servicio de la patria algo mejor de lo que habría puesto al servicio de la demagogia. Y no faltó quien revolviendo cosas y personas, colgó las bulas á cierto francés hispanófilo que andaba por Oblita trazando misteriosos planes y realizando operaciones «cuya finalidad se ignoraba.»

¡Cómo rabiarían ahora los de Venusta!

Paniagua vigilaba, intervenía, lo inspeccionaba todo pieza por pieza. Era un colaborador incansable que no quería recoger su parte de gloria. Espíritu generoso, apetecía el éxito de la invención por Oblita, por el antiguo solar de los héroes griegos, por el honor de la Osa heráldica, por el interés de la nación y el triunfo de la raza.

Obreros improvisados, èl y el señor cura, no desdeñaron el pulir, desbastar, limpiar, engrasar las partes de aquel aparato misterioso, para que manos extrañas no lo tocasen. Cuando la cosa estuvo en punto y así se le

anunció al pueblo, el entusiasmo no tuvo límites.

El Ayuntamiento en sesión solemne y por unanimidad, acordó señalar una calle con el nombre de «Inventor Carlanza» y una comisión «de su seno» fué á notificarle el acuerdo con su buen golpe de música y estrepitosos vivas del pueblo soberano.

¿Los oirían en Venusta? Quién sabe. Pero lo cierto es que una rueda de fuego,—la gracia de siempre,—salida allá de aquellas malditas alturas, hendió los aires hasta tronar y deshacerse en lágrimas de colores, acaso como una idiota alusión al formidable invento que los helicences glorificaban.

## XII

## El cetro de los mares

—Una dificultad se me ocurre, amigo Paniagua.

—¿Dificultades á estas horas?

—Es que yendo á la mar á probar eso, Oblita no va á enterarse. A menos que el patròn Zapullo aquí presente, nos asegure que en su laud cabrían todos los helicenses.

¡Demontres! La objeción de Ripalda merecía pensarse.

—La verdad es,—añadió el cura,—que no podemos negar esa satisfacción al pueblo.

Y como el patrón Zapullo asegurase que arriba de cuarenta personas no podría condu-

cir á la mar, á menos que no se prestasen las demás á ir estivadas en la bodega, el problema tomó mal cariz.

El inventor no se ocupaba de esas cosas, atareado como estaba en envolver con una tela de sacos cierta forma rígida que se destacaba en un rincón, como un féretro debajo de los paños mortuorios. Era el Fulminario.

Justo será decir en prestigio del invento, que aún los mismos que habían colaborado en su construcción se apartaban con vago temor... instintivamente les inquietaba aquel bulto inmóvil y tieso cuya forma apenas se adivinaba bajo la grosera envoltura.

—El caso es que hay que probarlo en la mar y que Oblita ha de verlo.

—Y que necesitamos un barco viejo para hacer las pruebas.

—¿Un barco, eh? patrón, ¿hay algún barco viejo en el río?

—Que yo sepa, ninguno. Es decir, viejos son todos, pero como pa resistir la empopá, ninguno.

Con esto vinieron las zozobras y cavilaciones.

—¡Qué barcos ni qué merengues! Maestro

Carlanza,—dijo Berruguete.—¿No está usted seguro del resultado del chisme este?

—De eso no hay que hablar. ¡Bueno fuera!

—Pues bien, no hablemos más del asunto. Lo probaremos en seco.

La proposición de Berruguete cayó como lluvia de rosas.

—Eso es, ¡lo probaremos en seco!

Estas cosas dicen que no pasan más que en Oblita.

Aceptada que fué la proposición de Berruguete, dedicáronse los notables á perfilar el proyecto. Y quedó decidido que las pruebas se harían en el «Molino de las Animas» distante media legua río abajo, á donde el patrón Zapullo trasladaría con las debidas precauciones al Fulminario, su inventor y la *comisión técnica.*

El disparo había de ser dirigido hacia la mar para juzgar del efecto mecánico, del que habrían de deducir el poder destructivo del invento.

Los helicenses podrían con entera libertad acomodarse en el molino, en las márgenes del Ridoro, y en la anchurosa marisma para gustar del espectáculo.

Llegó el día de las pruebas, y desde por la

mañana, comenzaron las familias á tomar precauciones. Unos se fueron al campo llevando la merienda: llenáronse el pinar y los huertos de gentes alegres que disimulaban su inquietud. Desde aquellas alturas veían bien todos los puntos de la marisma, y en verdad que no era menester acercarse mucho, que á veces la excesiva curiosidad es causa de catástrofes. Otros se apostaron en el muelle, un paredón que lamía el Ridoro, y en los balcones, en los tejados, en todos los puntos algo elevados se acomodaban.

A las doce en punto llegó la comisión. Iba Paniagua vestido de negro, y en su talante, en su palidez, en sus miradas, en la sombra sutil que obscurecía los huecos de sus mejillas, en la altivez de su figura, vieron algo fieramente decidido, que imponía respeto.

El capitán Ripalda, sudaba el quilo debajo del antiguo uniforme de Carabineros Reales, que vestía en honra de la ocasión y del invento. La verdad histórica fuerza á mencionar que no había podido abrochar reglamentariamente los botones de la levita por haber engordado con los años y la holganza, y que los calzones sólo á fuerza de tirantes y de travillas fueron encajados casi en su sitio no sin

que protestasen las costuras: el *ros* un tanto deformado como su dueño, también parecía padecer de reuma, pero se asentaba altivo sobre aquella cabeza de león de piedra que llevaba un toisón colgado de las narices.

El cura con su balandrán de alículas de murciélago, y su bonete echado atrás, no podía estarse quieto. Berruguete jadeante, remojado en sudores y resoplando, parecía que iba á espirar debajo del quitasol con forros verdes.

Acudió el alcalde con la indispensable comisión municipal; el juez con su bastón de mando; los miembros de todas las sociedades y corporaciones oficiales que solo dan fe de vida en estos casos, y una sección de la Cruz Roja, ¡por si ocurrieran desgracias!

¿Y don Damián? ¿Y don Damián? Y como no pareciese al puesto de honor, una sospecha amarga comenzó á rebullir debajo de aquellos cráneos en plena evaporación.—¿Habrá desertado? ¿Tendría miedo? Verdad que no era helicense sino por afinidad y un helicense consorte no está obligado á ser consecuente con tradiciones gloriosas, «que se pierden en la noche de los tiempos.»

Pero hay que ser justos. Don Damián no era

ni desertor ni pusilánime. Estaba sencillamente encerrado por su mujer, prisionero en su casa, y á menos de pasar sobre el cadáver de su esposa,—¡un parricidio, qué horror!—ó de tirarse por el balcón, cosa imposible dado su estado patológico y fisiológico, no asistiría á la grave ceremonia de las pruebas. Y no valían ruegos. Doña Esperancita decía que no: que ella conocía á sus paisanos y no tenía ganas de quedarse viuda en los comienzos de la jubilación.

Y el probo y pasivo funcionario, que siempre había respetado más á su mujer que á los jefes, almorzó sus chuletas en salmorejo y bebió su vasito de vino tinto prudentemente aguado, en tanto que el pueblo, las comisiones, las autoridades, bajo un sol que dicen de justicia, humeaban como la yesca y se derritían por fuera.

Hubo un momento trágico, en que se pusieron pálidos los helicenses. En una parihuela trajeron una cosa rígida envuelta en tela de sacos. Detrás venía el maestro Carlanza con una cajita debajo del brazo.

—¡El proyectil! ¡Eh, retirarse un poco!

Y se retiraron, y hubo gritos de mujeres y

cierto movimiento de la multitud, que dominó la entereza de la comisión.

—¿No podría ir el proyectil en otro barco? —insinuó Berruguete no muy conforme en navegar en compañía de aquel paquete cargado de explosivos.

—No,—dijo el cura...—Ha de ir con nosotros y si usted quiere yo me siento encima.

¡Aquel sí que era helicense! ¡Un cura griego!.....

En aquellos días las mareas permitían entrar y salir á los faluchos. Oblita era puerto de mar interino... y todo se había tenido en cuenta. El laud «Pepita»—había sido su madrina Pepita Jiménez,—se mecía en la pleamar. Metieron la parihuela y pasaron á bordo los señores de la comisión. Acomodáronse sobre cubierta en tanto que el patrón bajaba con el inventor á la camareta á trincar unas copas antes de mandar la maniobra.

Cuando esta comenzó y retiraban la tabla que servía de puente, saltó á bordo uno que no era de la comisión ni tenía nada que ver con el invento.

—Sinforoso, ¿tú aquí?—dijo el cura, á punto que el laud se desviaba del muelle, saludado por todos los pañuelos de Oblita que revo-

leaban en el aire al par que un alarido colosal bajaba de todos aquellos sitios en que se amontonaba la gente.

—Sí; señor cura. Y he saltáo cuando esto salía, pa que no me echaran ustedes. Porque yo.., porque yo...—decía Sinforosito atascándose,—quiero pegar fuego á eso que llevan ahí.

—¡Al Fulminario!... Pero esto ¿qué es? ¿Qué te sucede, desgraciado?

—Na. Que ca uno se entiende y yo quiero pegar fuego á eso, ó me tiro de cabeza al río.

—¡Este es de los nuestros!—exclamó Paniagua.

E irguiéndose:

—¡He ahí la juventud!

Y asegurò que ó él dejaba en aquel punto de ser el mayorazgo Paniagua, ó nadie más que el heróico Sinforoso había de hacer el primer disparo... con lo cual, á la comisión se le quitó un peso de encima.

Sinforoso era un zancaslargas metido en quinta, hijo del recaudador de contribuciones. Tenía unos pelos indomables, que parecían púas de leznas: una cara por extremo barrillosa, el cuello largo, los ojos metidos debajo de unos pabellones de cejas cortas y gordas, y una

tan desgarbada figura, que no habría sastre en el mundo que pudiera enmendársela.

Todo lo cual no era inconveniente para que Sinforoso despuntase de enamorado, y á la sazón lo estuviese como un burro. Los padres de la novia querían un yerno trabajador y no un panzaltrote sin más pegujar que el casino ni más señorío que el de la tirilla, y, como la holganza hereditaria lo hiciera asaz pegajoso, determinaron en conferencia conyugal de ponerlo en la calle, como así lo hicieron con las mejores palabras que sabían, viniendo á decirle que en su casa no calentaban silla los gandules y que, como no servía para nada, ni daba muestras de sí más que en el vagar enamoradizo, tampoco les servía para dueño y señor de aquella hija, criada como las manzanas de su huerto; á fuerza de trabajos y pesadumbres.

—¡Troncho! ¿Que no sirvo pa ná?—Iba diciendo Sinforoso, al salir de estampía de la casa que juzgó paterna.—Ahora lo veréis, peazos de brutos: que más vale mi valentía y mi postín que too ese huerto y esa miseria!

He aquí la razón de por qué saltó á bordo Sinforosito, dispuesto á pegar fuego, no solo al

chisme aquel, sino al mundo entero, ¡retroncho! si se terciase.

Llegaron frente al molino y dieron fondo. Sacaron con mucho cuidado la parihuela y desembarcó la comisión. Elegido el sitio más favorable, llevaron entre todos el Fulminario. Desgarrada la cobertera apareció un cañonete montado en simplicísima cureña. Tenía enchufada una á modo de cacerola que salía con el disparo cuando éste se hiciese en el mar, y como iban á descargarlo en seco, no siendo menester, le quitaron ese adminículo. Sacó el maestro de la caja misteriosa una especie de besugo de acero, con sus aletas y todo, y con nimias precauciones lo fué metiendo por la recámara, curando de que colgase afuera por el sutil oído, la hebra torcida de seda que remataba en la sierra puesta en contacto con el fulminante.

Ya no había más que apuntar, tirar y hacer fuego. El instante era solemne. Paniagua se quitó el sombrero y emocionadísimo prorrumpió en un ¡viva España! ¡viva Oblita! ¡viva la raza latina! que contestaron puntualmente los demás, incluso el molinero y la tripulación del «Pepita.» Tres gaviotas alzaron el vuelo, una por cada viva, y eso fué todo. El cura creyó-

se en el deber de llevarse á Sinforoso detrás de unas matas y confesarle...

—Dime, hijo ¿por qué quieres hacerlo esto? ¿Quién te mueve? ¿Es el patriotismo? ¿Es la desesperación? Habla y confía que dispuesto estoy á absolverte...

—¡Troncho! que dicen que no sirvo pa na y van á ver que lo mismo sirvo para dar fuego que pa tragarme al mundo.

—¡Listos! Deje usted al joven Sinforoso que termine la gloriosa misión que se ha impuesto.

Y después de Paniagua todos le abrazaron como si le despidiesen para un largo viaje. En dos minutos le explicó el inventor de qué modo y cuándo había de tirar del cordoncillo para que la hoja de sierra rascase el fulminante y se retiraron prudentemente detrás del molino, asomando la cabeza por los ángulos para ver sin gran peligro.

Paniagua quedó á veinte pasos del Fulminario, clavado en la marisma como un pilote negro, con su perilla flotando en la brisa cálida como una bandera de combate.

A Sinforoso cuando se quedó solo con aquel cañón delante, se le remataron los ánimos y

comenzó á temblar. Los pelos tiesos como puas de leznas le levantaban el sombrero; la cara se le descompuso, y una zumbina de oidos y un picorcillo de piernas le hacían moverse cual si sintiera vehementes impulsos de echar á correr marisma adelante.

Confusamente oyó unas palmadas... era la señal. ¡Troncho! dijo con la boca seca y tirando del cordón que se rompió al esfuerzo, cayó de espaldas cuán largo era, en tanto que una detonación, no tan grande como habían creído, llenaba de vibraciones y de humo la llanura salobre.

Allá lejos vieron alzarse una nube como remolino de polvo.

—¡Humo!—dijeron unos.

—¡Espuma!—dijeron otros...

Pero todos convinieron en que de haber estado allí algún buque enemigo, fuera destruído sin remedio.

La prueba había sido eficacísima y brillante. ¡Qué algazara se armó en torno del molino! Levantaron del suelo á Sinforoso, levantaron en hombros al maestro Carlanza, «una de nuestras más grandes y legítimas glorias,» en medio de un coro de manifestaciones, en tan-

to que allá las campanas de Oblita, las aclamaciones de la muchedumbre y el revuelo ondulante de pañuelos y banderolas, anunciaban al mundo el feliz suceso que ponía en nuestras manos el cetro de los mares.

## XIII

## ¡Viva la Pepa!

La escuadra llegó sin novedad á Santiago de Cuba. ¡Ahora es la nuestra! Y Oblita en masa participó largamente del regocijo ministerial.

Escribieron al diputado dándole cuenta del invento, su aplicación y resultado de las pruebas y esperaron que el sabio gobierno que nos regía utilizase por la posta aquel maravilloso Fulminario.

—No me gusta que las escuadras se aculen, —decía el testarudo cura recordando á Cavite.

—¡Buena diferencia! Ahora es cuando van á saber lo que es bueno.

Y asistieron en espíritu al bloqueo de Santiago, al desembarco de las primeras fuerzas enemigas que pisaron nuestro territorio, á los combates preliminares, á toda aquella inmensa tragicomedia que había de terminar con tanto lucimiento.

Es incalculable el conocimiento geográfico que adquirían los helicenses con estas cosas y mediante los excelentes planos que facilitaban los periódicos, de añadidura. Hablaban todos con notable desparpajo de «Punta Berraco», de «Baiquiri», de «Caney» y «Aguadores», de «Botija» y «Tamboril» como si estuviesen esos pueblos á orillas del Ridoro. Las guerras no solo traen desgracias; también enseñan algo.

También hablaban mucho de los refuerzos, unos refuerzos que, como en las pesadillas, no hacían más que andar y nunca llegaban. Entonces se enteraron los de Oblita de que al cabo de unos cuatro siglos de pleno y semipacífico dominio, en materia de caminos, canales y puertos no había en Cuba más que el Cuerpo correspondiente, modestamente retribuído con el doble más la mitad de haberes, dietas, material, ayuda de costa y otros perendengues.

No importa. Presa era Santiago durilla de roer. Además en la bahía estaba la escuadra. Y los helicenses se complacían en pronunciar aquellos nombres «Terror», «Furor...» un formidable poder léxico.

Por aquellos días realizaron los señores yanquis otra hazaña de las suyas. Al pasar por las Marianas se les puso en el meollo rendir alguna isla de aquellas, así como por distracción, y dicho y hecho; arribaron á una y sin decir ahí va eso, comenzaron por puro *sport* á bombardear. No sabiendo qué pensar el pacífico vecindario de aquel saludo de nueva especie, pasó á bordo una comisión de autoridades del todo indignadas para preguntar si por acaso habían variado las prácticas de la cortesía internacional y se usaba hacer salvas con bala. Aquellos dignos funcionarios ignoraban aún que hubiese guerra entre España y los Estados Unidos. ¡Envidiable ignorancia!

Verdad también que la tercera escuadra había salido con el mayor secreto para Manila en tanto que un ministro milagrero trataba de sacar la cuarta de las venerandas costillas de los barcos del Callao y aun de otros anteriores. ¿Por qué habíamos de sentir desalien-

tos? El enemigo enviaba por docenas los barcos frente á la boca del puerto de Santiago. Mucho rondar, mucho vigilar, ¡mas no se atrevía! Verdad también que la mitad de esos barcos hacían agua y la otra mitad no contaba ni con buenos cañones ni con buenos artilleros. Marina de attrezzo, pura apariencia, elementos improvisados á fuerza de pintura y de perspectiva. ¡Si lo sabrían en Oblita!

Los vagos de Nueva York sacaron la frase del «tapón», que pusieron de moda. Según ellos, nuestra escuadra quedaba en el fondo de una espantosa botella. Ellos habían puesto el tapón y cuando quisieran, destaparían y se la beberían. ¡Ah, los borrachos!

¡Allí si que haría excelente papel el Fulminario! Ya verían á donde irían á parar esos tapones. Y aun sin eso; los helicenses sabían que la escuadra saldría cuando conviniera á los altos fines del gobierno. Y apostaban de boquilla grandes sumas sobre el día y la hora probables en que los susodichos altos fines echaran otra vez á la mar á nuestros barcos.

Paniagua era de los que creían que ya «el pájaro había volado.» Y explicaba lo que había ocurrido, según su leal saber y entender.

—Señores, lo mismo que yo hubiera hecho.

La escuadra fingió acularse, como dice el señor cura, pero salió en seguida, aprovechando las sombras de la noche. ¡Qué poco olfato! Los yanquis atraídos por aquel felicísimo ardid, guardan una botella si, pero vacía. ¿Hay nada más ridículo? ¡Vigilad, sondad, hartáos de poner tapones... mientras los nuestros navegan rumbo al Norte. Un día de estos oiremos el estallido... los puertos yanquis bombardeados, aquella nación estremecida, derrotada en su propia casa, Sampson suicidándose de un tiro, Mac-Kinley huyendo á las tremendas responsabilidades y á la ejecutiva ley de Linch!..

¿Quién sabe si aquel demonio de grande hombre, aquel Paniagua, estaría en relación con los señores ministros?

Y una fuerza interior, jamás sentida con tanta pujanza, empujaba á los helicenses á holgar, á divertirse, á gozar de la vida en aquel memorable verano en que subía el termómetro á 46 grados á la sombra. Las noches de luna dos ó tres barcas paseaban por el Ridoro su alegre carga de juventud, cantando románticas canciones. De lo alto de los collados bajaban risueños ecos de un regocijo acompañado por las guitarras y acordeones. Los demás vecinos sentados á las puertas de sus casas,

tomaban el fresco entonando coros... bailaban al aire libre en el muelle, bajo las frondosas acacias, en todas partes donde corría un poco de viento. Oblita parecía un pueblo ahito de bienes por la paz ó henchido de glorias por la guerra.

Hasta echaban de menos los toros y el teatro; dos espectáculos de que antes disfrutaban ¡antes! cuando los helicenses no tenían mucho que ver con la ley hipotecaria.

¿Quién iba á afligirse, cuando el gobierno daba alientos y esperanzas? En el ministerio había hombres maduros y hombres verdes: una felicísima conjunción del vigor y la experiencia. Y aunque parlamentario, volvía el gobierno la cara como si el parlamento hediese.

Algunos helicenses que no saben historia, hacían por esto algunos reparos... pero es por ignorar que existe una ley que no se ha escrito; la de las compensaciones. El poder absoluto ejercido por derecho divino, ó sea la «gracia de Dios», se desvivía por hacer cortes. Y muchos reyes iban de pueblo en pueblo arrastrando el manto por los barrizales, para hacerlas en toda ocasión de guerras y tributos.

El poder parlamentario, contra lo que pare-

ce lógico, excusa y rehuye todo motivo de hacerlas y reunirlas. Su ideal es gobernar sin cortes. A lo sumo se las encarga que voten un presupuesto, y en seguida, á casita que llueve. Todavía hay muchos *primos* que se gastan un dineral en comprar el acta para quince días. ¡Primores del sistema!

En Oblita nadie se ocupaba de estas cosas, á no ser Campanón que quería por lo pronto ser diputado de menor cuantía ó sea de esos cuya esfera parlamentaria llega hasta el límite de la provincia. Y aunque explicaba á sus convecinos las maravillas del sufragio y las virtudes eficacísimas del voto, ninguno se blandeaba.

—¡Votar, uff, que asco!

Y de ahí no los sacaba nadie.

¡Qnè le fueran á Paniagua con esos cuentos! El grande hombre comenzaba á sospechar si por acaso aquel diputado á cortes que *votaron á priori*, sería uno de los que llaman «perceves», en vista de que nada conseguía en pro del Fulminario. Era una injusticia que el maestro Carlanza siguiera obscurecido junto á la fragua, remeciéndose las barbas en tanto que los buques yanquis haciendo de las suyas

nos apresaban transatlánticos y bloqueaban á todo su sabor.

Un día supieron que un ministro había dicho, así, al no me entiendes, que el gobierno esperaba «grandes y sensacionales acontecimientos.» La palabreja «sensacionales» acreditaba la marca puramente ministerial de la declaración.

El pueblo helicense encontró nuevos bríos en el fondo de su ánimo y ya nadie dudó de las profecías de Paniagua.

—¿Lo ven ustedes? ¡Grandes y sensacionales acontecimientos! Tomamos á Nueva York, y arrasamos todos los puertos. ¡Y el fanfarrón de Mac-Kinley que soñaba con un manto imperial, como un Napoleoncete de tres al cuarto! No hay más sino venir á cortar tela para ese manto al mapa de nuestros dominios. ¡Por vida de Dios, con las tijeras del sastre!

Y toda Oblita parecía esponjarse con la noticia misteriosa del ministro.

Que avanzan los yanquis hacia Santiago: mejor, es que así conviene. Que toman nuestras posiciones: esas son voces que hacen correr cuando se ven perdidos. Que los nuestros los matan como chinches y de diez y seis mil

apenas quedan seis...: ¡Ese si que es el Evangelio!

Y con este sistema de tira para nosotros y afloja para el adversario, los helicenses vivían como las propias rosas, cantando, bailando, tocando el acordeón y la guitarra y diciendo como Sinforosito:

—«¡Troncho! ¡Ahora van á ver pa lo que sirvo!»

## XIV

## Nuestro gozo en un pozo

Cumpliéronse las profecías. ¡Cuando está el año de suerte!... El estupendo acontecimiento realizóse al fin con arreglo al programa ministerial, y de él dió cuenta el telégrafo.

«Nuestra escuadra burlando el bloqueo, salió á las nueve de la mañana de Santiago: sostuvo dos horas de fuego con el enemigo y rebasando sus líneas navegó con rumbo al Oeste en demanda del puerto de la Habana, donde se supone que estará á estas horas.»

¡Rompió el bloqueo! Luego estaba en Santia-

go... pero ¡qué importa! El triunfo era evidente. Y Oblita en peso se remontó hasta las nubes.

—¡Esto va á ser la admiración del mundo! —Dicen que dijo un joven ministro de cincuenta y cuatro años.

—¡Ya se habrá suicidado *á él mismo* Sampson!—dijo otro ministro de más años, aunque de más castañuelas.

Ni Paniagua ni el cura dieron su brazo á torcer.

—¡Ahora es cuando va á empezar el baile! Esa escuadra no va al Oeste, no: va al Norte. ¡A los puertos yanquis!

Pero fuera donde quisiere, el caso es que habíamos vencido. Y comenzó el jolgorio. «La marcha de Cádiz» *una vez más* resonó en calles y plazas. La muchedumbre se desbordó, se salió de madre, y hubo discursos como siempre, y vítores y canciones, mientras que el vino patriótico chispeaba en los vasos.

Hasta el propio don Damián salió á la calle, convaleciente aún de *cierta enfermedad* que le retuvo en casa impidiéndole presenciar las brillantes pruebas del Fulminario. Vitoreaban á toda la Marina en la persona del patrón Zapullo, único dignatario del ramo que existía

en Oblita y que si bien se dedicaba entonces al pacífico cabotaje, había sido gaviero en «La Blanca» y era un lobo de mar curtido por los vendavales.

«Ovacionaron» igualmente,—según dijo *El Eco*,—al Ejército de tierra, representado allí por el bizarro capitán Ripalda, y aun quedaron plácemes y arrumacos para la Administración civil, especie de «venerable orden tercera» á que pertenecía don Damián en clase de pasivo.

Pero donde el entusiasmo no tuvo diques ni compuertas fué ante la fragua del maestro Carlanza. El sabio y modesto inventor hizo de buen grado copiosas libaciones brindando con la multitud. Y con sus ojillos tiernos y sus narices de alquitara fué conducido en hombros, como en silla gestatoria hasta la Casa capitular en uno de cuyos balcones ondeaba la bandera blanca con el escudo azul, en que la *Ursa major* bordada de oro, parecía robarle al sol su lumbre, y á la misma gloria sus destellos.

Sacaron del almacén municipal los vasillos de colores y las colgaduras encarnadas y amarillas: encargaron el *lunch* correspondiente é hicieron abundantísima provisión de me-

táforas sueltas. La cabeza de Campanón sonaba sola, meciendo su enorme vacuidad sobre la anchura descompasada de hombros. Hinchábase como un globo patriótico relleno de humo y de frases hechas, y costaba trabajo creer que no iba á lanzarse al espacio, de un momento á otro.

Paniagua no quería que su rostro largo y triste, algo parecido al del gran duque de Alba, reflejase la satisfacción brutal de los vencedores. Precisamente en el triunfo es donde debía sobresalir la antigua y noble delicadeza de las razas hidalgas. Por eso no le agradaba la expansión un tanto ganapanezca del señor cura, que hablaba de los cerdos humillados y pedía ejecuciones en masa, contrarias á todo principio del derecho de gentes.

Dulcemente humano aquella noche, el grande hombre tenía para todo el mundo una amable sonrisa y una palabra cariñosa. ¡Para todos! Dígalo Pepita Jimenez, que bendijo con toda su alma de virgen y mártir, aquella victoriosa salida de nuestra escuadra.

—¡Qué entusiasmo, Pepita! Aunque usted era una niña entonces, ¿recuerda usted aquel delirio con qué recibimos la noticia del triun-

fo de nuestras armas en Tetuán? ¡Ah, qué tiempo!

¿Pues no había de acordarse? ¡Qué tiempo, es verdad! Y entrambos, silenciosamente se engolfaron eu un piélago azul de recuerdos.

Veían una Oblita de color de rosa, amplia, rica, feliz, llena de amores. Y como su más gracioso ornamento una Pepita Jimenez, vaporosa, ondeando su miriñaque con movimientos de ondina, meciendo los bucles rubios sobre los hombros de nacar... y encantando á la gente con el «*Ay mamá, que noche aquella,*» y otras canciones sentimentales. Veían también un Paniagua gentil y codiciable envuelto airosamente en su *Montecristo*, dibujando la pierna bajo el pantalón entravillado, con su elegantísimo tupé y su alegría de mayorazgo joven... y á los dos buscándose con los ojos, con el corazón y el alma en todas las tertulias. ¡Qué tiempo, sí!... ¿por qué pasaría tan despiadadamente sobre las almas enamoradas?

Berruguete paseaba en medio de sus dos hijas, inflado también por la satisfacción que se le dilataba bajo su chaleco ombliguero.

—Va conducido,—decían,—como si sus dos

hijas, un tanto rabiosillas, constituyeran alguna pareja de la guardia civil.

Y todo era regocijo, júbilo patriótico y legítima expansión de las «fuerzas vivas.»

Pues en medio de todo aquel alborozo vino á caer y á estallar la bomba. El alcalde, pálido y balbuciente como un niño chico, salió corriendo con un papelito azul... á los tres minutos la noticia saltaba de boca en boca dejando á muchos con el gesto en que les sorprendió, como esas muertes en masa que destrozan á multitudes que se divierten.

La escuadra salió de Santiago, pero lejos de romper las líneas del bloqueo, quedó allí íntegra, acribillada, hecha polvo por los obuses yanquis... ¡ni un solo buque se había salvado! ¡Ni un solo marinero se libró de la prisión ó la muerte! ¡Un horror! Y ellos sin una baja.

Vierais en un momento, apagadas las luces, correr las gentes por las calles obscuras, lanzando gritos de rabia y gemidos dolorosos, como azotadas por tremenda é inevitable desolación. Los golpes con qué cerraban las puertas sonaban como cañonazos. Huían unos de otros, temerosos de no sé qué fantasmas que en el silencio de la noche venían de allá, de aquel océano tenebroso, lleno de horrores!

Y en aquel instante en que todos los nervios helicenses vibraban por el pánico, vieron el porvenir con una cruda lucidez de pesadilla, como nunca lo habían visto. ¡España estaba perdida! No, no se levantaría más, para asombrar al mundo con aquel vigor de raza que parecía inacabable. Nos íbamos hundiendo... no caíamos ya en postura airosa. El león simbólico moría de achaques, royendo su propia podredumbre, sin dientes y sin garras. Un siglo apenas de discursos, ¡y todo se lo había llevado el diablo!

Del porche de la iglesia salía una voz airada, que parecía recoger todas las angustias de la noche. ¡¡Vendidos, vendidos!!

Y los que oían la voz, apretaban el paso, cual si temieran verse azotados por aquella acusación que al parecer lanzaban desde las sombras todos los santos y los profetas que había en la iglesia.

Paniagua recibió el golpe y se quedó inmóvil, rígido, como un mástil negro clavado en la tierra. Sintió que algo grande y añejo se le derrumbaba por dentro, y asistió á la ruina espantosa, que duró minutos, quizá horas, acaso siglos! Y mientras iba en derechura de su casa, su atribulado espíritu no encontraba

más que una frase que repetía con tesón inconsciente... «¡Y nosotros á ellos nada, nada, nada! Ni esto... Lo mismo que la otra vez.» Tendido de largo á largo en el antiguo lecho de los Paniaguas, acaso pedía á Dios que se le desplomara encima aquella casa solariega tan grande y tan triste, llena de sombras y de aflicciones. ¡Qué noche! ¿Acaso sería todo aquello un sueño de esos que dejan el corazón dolorido?

Y Paniagua mirando á la negrura, veía con sus ojos fosforescentes algo implacablemente horrendo que conmovía las entrañas de la nación. Aquellos buques, construídos con tantos sudores y tantos sacrificios, que pasearon nuestras esperanzas por los mares, estaban *allá abajo*, tumbados sobre las rocas, pasados de parte á parte por mil balazos, llenos de sangre, salpicados de horribles despojos, calientes aún y resollando con estertores formidables, como titanes despanzurrados!

¿Qué haríamos ya? ¿Rodar por la pendiente hasta el abismo ó el muladar que nos servirá de tumba? ¡Oh, Dios!

Lágrimas silenciosas derramaba en aquella hora el bizarro capitán Ripalda, remojando

en ellas aquel su bigote que parecía un vellocino sudoroso.

—¿Qué guerras son estas? ¿Quizá todo ha cambiado? ¿Cómo hacen polvo las escuadras sin dejarlas acercarse en un abordaje clásico, tremendo, en que los valientes pelean pecho á pecho, ¡cómo debe ser! vomitando insultos y descargando hachazos? ¿Sería lo mismo en los combates por tierra? Y recordaba sus tiempos de Africa. Prim con la bandera al hombro sobre el caballo blanco, las cargas á la bayoneta acompañadas por los sones enardecedores de las charangas, las luchas cuerpo á cuerpo debajo de la batería, en que el cuchillo se hundía en entrañas calientes, los gritos que rasgaban el humo como centellas, los tiros á quemaropa viendo caer de espaldas, con los ojos turbios y la mano en el corazón al enemigo .. ¡qué cañón, ni qué ocho cuartos! La bayoneta y después la navaja. ¡No hay nada como eso!

Revolvíase con tenaz insomnio el Ilmo. señor don Damián de la Rua, calentando más de lo regular el amplio lecho en que también, un tantico desasosegada movíase su consorte.

—Pero oye, esto de las jubilaciones no los quitarán, ¿verdad?

—¿Quién sabe, mujer, lo que va á pasarnos? ¡Qué desgracia, Dios mío!

Y mientras el probo y pasivo funcionario trataba de explicar á su mujercita la transcendencia de las guerras en orden á las jubilaciones, el señor cura ardiendo en bilis y fumando cigarrillos, uno tras otro, paseábase por el porche, sin poder aquietarse, en compañía de tres ó cuatro trasnochadores de oficio.

—¿También por allá, Dios mío? ¿En todas partes cuecen habas? Pero ¿quién dirije todo esto? Si se lo damos á uno de ellos no lo hace peor... peor para nosotros. ¡Esto es el acabóse! Nos desbaratan, nos azotan, nos escupen... ¡está visto!

Cuando lo dejaron solo, frente á frente con aquella obscuridad que olía á llanto, el párroco, cual si estuviera en el púlpito, con la voz temblona de emoción, clamó dirigiéndose á la tranquila noche en que acaso se revolvían millones de pálidos fantasmas:

—*¡Quomodo sedet sola civitas plena populum! ¡Facta est quasi vidua domina gentium:*

*princeps provinciarum facta est sub tributo!*

Y aquella dolorosa endecha de Jeremías, rodó por los aires como un gran escalofrío que estremeció á toda Oblita.

## XV

## Preparen... ¡armas!

Fué uno de Oblita quien por los años de 70 á 72, definía la libertad de esta manera: «¿Libertad? hacer cado uno lo que le dé la gana.» Y no caería tan en saco roto la definición, cuando los helicenses la vieron aplicada á raiz del último desastre naval, prólogo de todos los demás desastres. El jefe de aquel gobierno, gran maestro de todas las minucias, juzgó llegado el momento de decir «hazte allá» á la Constitución, como si esta inofensiva señora fuese la causa de tantos fracasos y humillaciones.

—¿No soy liberal? ¿No mando y ordeno?

¿No soy el patriarca de los indios y el *pater familias* de los peninsulares? Pues por onza de más ó de menos de Constitución no hemos de tener disgustos.

Y suspendió una cosa que llaman «garantías» estableciendo la previa censura para todo, *manu militare*, es decir, una previa censura mucho más fuerte, suspicaz y recelosa que en tiempos del Estamento, cuando los ilustres Próceres se vestían de máscara para asistir á las sesiones.

—¡Silencio en las filas!—decía el gobierno. —¡Al que se mueva lo parto!—decía el brazo armado de aquel ministerio...—Y ¡para esto, llevamos cerca de un siglo de barricadas, motines, cuarteladas é himno de Riego?—decia el país, volviéndose del otro lado.

—¡Valiente farsa!—gritaba el señor cura;—¿conque nos quitan *eso*? Muchas gracias. Lo que es esta noche no cenamos con el disgusto.

Y toda Oblita se chungueaba de aquel capricho de gobernante viejo.

—¿Qué nos quitan? ¿La peste del sufragio? Aquí estamos libres... ¿El derecho de reunión? ¡Para lo que tenemos que reunirnos!... ¿La inviolabilidad del domicilio? Bah, eso sí que es bueno,—decían dándose con el codo,—cual-

quier alcalducho, juececillo municipal ó polizonte presidiable, la quitan, atropellan ó suspenden cada y cuando le viene en gusto. ¿La libre emisión del pensamiento? ¡Todo el mundo piensa lo que el gobierno quiere!..

Oblita invadida de una indiferencia malaya, de un qué se me da á mí fatalmente suicida, tendióse al sol, esperando la muerte, pero la muerte hedionda por el paludismo, por el miasma, por la infección lenta y traidora, que llega hasta los tuétanos.

¿Por qué habían de interesarse? ¿Por el sitio de Santiago? No sería el de Troya ni el de Zaragoza. Todo había cambiado, quisiera ó no quisiera el testarudo cuanto bizarro capitán Ripalda. ¿Iba Oblita á morir así, ella, el antiguo solar de los navegantes griegos? La providencia histórica no lo quiso.

Libres de cuidados las escuadras yanquis, —que todos los suyos concluyeron ante la boca del puerto de Santiago,—aprestaban una expedición invasora á la península. Una poderosa escuadra á las órdenes de cierto Watson se disponía á venir á saludarnos, dejando sus tarjetas en nuestros puertos. Y ante ese anuncio refluía la gente tierra adentro como

refluye la sangre al corazón en tiempo de peligro.

¡Como! ¿Van á venir, á despacharse á su gusto en las indefensas costas! ¡A repetir los alevosos bombardeos de puertos inofensivos? Y la antigua Hélice tembló desde los pies á la cabeza de ira, de indignación, nunca de miedo.

Para Paniagua, esto fué como una resurrección: ¡por fin iban á verles, á tirarles balazos con una rabia fría, á echarlos al mar ó al fondo de los pozos, renovando quizás la epopeya del año 8! Eso es lo que le pedía el cuerpo, no la infame guerra á miles de leguas de distancia, con el mar por medio y sin barcos para pasarlo.

Y que venían no tenía duda. El mismo gobierno lo aseguraba al tomar un sin fin de acuerdos enderezados de prisa y corriendo á defender nuestras costas. ¡En todo previsor!

Saliero no se sabe de qué almacenes y museos los viejos cañones de Africa, y rodaron por esos caminos otra vez, lustrosos, engrasados, cubiertos de venerable pátina, con la boca negra y su gran escudo en el lomo, dispuestos á tronar y á escupir metralla detrás de todos los peñascos de la costa. Llamaron

unos cien mil hombres á las armas, que afortunadamente no fueron, porque se hubieran quedado los campos sin segar... y como en los tiempos heróicos, la nación afiló el cuchillo en la roca, dispuesta al tremendo lance.

¿Cómo no había de prepararse Oblita, siendo como era en aquellos días por virtud de las grandes mareas de Santiago, puerto de mar hecho y derecho? ¿Y ¿cómo no suponer que los cerdos triunfantes no habían de pretender revolver la antigua yacija, el cimiento griego, la cuna hidalga de tantas tradiciones?

No menos que esta honrosa ocasión fué necesario para que Paniagua echando el rebujo fuera, según dicen allí, se pusiera al frente del movimiento defensivo.

¡Al fin nos veremos las caras!

Y con pasmosa actividad organizó una compañía de voluntarios, que bajo su dirección y la de Ripalda emprendieron grandes trabajos de fortificación. Delante del molino de las Animas, construyeron un reducto en forma de bonete,—¡diantre de hombre, sabía de todo!— y el muelle lo resguardaron con inespugnable parapeto de sacos de tierra. Había que acumular los principales elementos defensivos en

los sitios más fáciles para el desembarco. En las colinas hicieron sus trincheras, y en una de ellas, la principal, colocaron en actitud ferozmente amenazadora el Fulminario.

—¡Eh, oh, ya lo probarían, y de seguro que saldrían rascándose!

Habían pedido al gobierno una compañía de infantería y un par de cañones, de esos hermosos cañones que se cargan por la boca y que estaban de más en todas partes, pero nadie les hizo caso y les dieron la callada por respuesta. Al cabo de algunos días telegrafió el gobernador, pero fué para anunciar que se acercaban las elecciones provinciales y pedir que todo estuviese listo.

—¡Valiente marranada, hablar de estas cosas cuando la patria está en peligro!

—¡Esto ensucia el estómago; porquería mayor no se ha visto!—gruñía el cura.

Y como si Oblita fuese una plaza importante, de esas que pueden alterar el aspecto de la guerra, quedó abandonada de todos y entregada á sus propias fuerzas, sin más amparo que el de Dios y el de sus hijos.

Como fuerzas regulares, contaban con los puestos de la benemérita y carabineros, así como el contingente armado de la policía mu-

nicipal. Todos los demás eran voluntarios, una especie de milicia local á las inmediatas órdenes de Paniagua. Para el caso de lucha en las calles, reservaban á las valerosas helicenses un puesto de honor en los balcones y azoteas, y es seguro que no habría de quedar ni un tiesto de claveles ni una maceta de toronjil que no cayera á la voz de la patria sobre el invasor, llegado que fuese el caso.

Montaron una guardia avanzada en el molino y otra en el muelle: distribuyeron las centinelas y señalaron patrullas nocturnas... Oblita, en fin, se puso en severo pie de guerra.

—En cuanto les suelte dos balazos se me quita este peso de encima,—decía el grande hombre, dando prisa á los que trabajaban en la improvisada fortificación.

—Yo quiero veinte escopeteros en la torre: con ellos me las entenderé y ¡ay de los cerdos que quieran convertir en majada la casa de Dios!

Berruguete limpiaba con gran parsimonia su hermosa escopeta de dos cañones, de fuego central, mientras sus dos hijas hacían acopio de cartuchos con un secreto regocijo que no hallaban en ninguna otra suerte de trabajo. Ya que ellas no se casaban y estaban conde-

nadas á perpétua contemplación del mondongo de su señor padre, ¡que ardiera el mundo por los cuatro costados! ¡que lo barrieran á balazos, como quien rae la costra de añejas ulceraciones sociales!

Mas no todos los helicenses poseían el temperamento heróico de Paniagua. La mayor parte de ellos trabajaban, prestaban su concurso á la obra patriótica, juraban derramar su sangre... pero en el fondo, en la recóndita soledad del pensamiento, acontecíales lo que suele ocurrirnos en los sueños malos. En el momento trágico, cuando nos van á despeñar, á herir, á descuartizar, á anonadar por medios horribles, un átomo de conciencia se levanta gritando: «¡quizá todo esto no sea más que un sueño!» y un consuelo infinito nos inunda y en aquel instante despertamos.

Algo les gritaba á ellos también ¡quizás ese viaje y esa invasión no serán más que sueños nuestros! Y esta idea ¡oh prodigio de lo absurdo! les daba fuerza y bríos y gusto para seguir fortificando, vigilándose en nocturnos acechos, durante los que se complacían en imaginar que oían los acompasados pasos de las fuerzas invasoras, sabiendo no obstante que la marisma permanecía desierta.

Salieron á relucir los añejos lacitos de colores simbólicos. El patriotismo de sastrería y el heroismo de café volvieron á encarnarse en el sonoro y altisonante frasear del abogado Campanón: la *Ursa major* recobró sus esplendores, que al fin ella iba á vengar tanto desastre ultramarino y á sacar de estas bajuras el viejo honor de la raza.

Y con el cuello estirado, los ojos muy abiertos y el oído asestado á la obscuridad, escudriñaban aquella marisma, donde el viento columpiaba las hierbas, dándoles confusas apariencias de ejércitos en marcha.

Parece mentira cuán rápidamente cambian de aspecto las poblaciones. Oblita parecía un campamento y en la postura de cada helicense brillaba no sé qué repentina bizarría de armas tomar, como si un soplo de militarismo irguiera aquellos talles y endureciera los bigotes aquellos, lujosa muestra del poder vejetativo de los climas meridionales.

Y es el caso, también, que sentían unos hacia los otros un desconocido respeto, hijo de las circunstancias. Aquellos cinturones de los que pendía el *rewolver*; aquellas escopetas que iban á calzar balas como demonios; aquellos cuchillos de montería recien afilados;

aquel arsenal que lo llenaba todo y con el cual comían y dormían los helicenses, expuestos á mil peligros y zozobras, traía á la población á mal traer, «en un nuevo estado de derecho», según decía el abogado Campanón, con sus voces de címbalo y sus ventosas palabras.

Paniagua sacó á relucir las armas del mayorazgo: una escopeta que fué de chispa y la hicieron de pistón, larga como una espingarda berberisca, con abrazaderas de plata y artísticas llaves: una antigua espada de gavilanes, de tan exquisito acero, que la doblaba como carne de ballena, y dos pistoletes de arzón adornados con delfines de nácar é incrustaciones ebúrneas. ¡Cómo habian de ser vencidas aquellas armas glorificadas por un tan largo bautismo de sangre, á través de la historia! El genio de la raza parecía dormir en ellas, é iba á despertarse indomable y altivo al sentir la sacudida primera de las patas del monstruo.

## XVI

## ¡Padre, que no sea Vd. bruto!

Las damas helicenses del Sagrado Corazón improvisaron un hospitalete en la escuela pública de niñas, y redactaron una carta colectiva que echaron en el buzón de San Antonio, pidiéndole que no sucediese desgracia alguna á los heróicos defensores de aquella plaza. El señor juez de primera instancia, que sabía cortar de tijera muy sutilmente, hizo unos festones de papel de seda por todo extremo delicados, para adornar los doseletes de las sagradas imágenes que colocó la piedad en la

sala. A más, proveyeron de camas y utensilios de curar aquel centro de beneficencia, y lo entregaron á la Cruz Roja, que inmediatamente entró en funciones.

Principiaron por conducir allá las dos camillas, una de la asociación y otra la que el municipio tenía en la sala de autopsias. El paso de las camillas impresionó profundamente al vecindario. El acompasado andar de los camilleros, el movimiento de aquellos dos bultos largos y rígidos que olían á hospital y á cementerio; la actitud fúnebre y solemne de la sección que les daba escolta de honor... todo aquel aire de entierro que los envolvía en la hora crepuscular de un día de verano, entristecía á los helicenses. A la vista de aquellos *artefactos*, comprendieron muchos que eran cosas muy serias con las que andaban jugando.

¡*Memento homo*! iban gritando las camillas á la imaginación. Y muchos helicenses se veían ya dentro de ellas, pálidos, exangües, con la brecha abierta por el balazo, y oían el golpe del cuerpo en la tierra al volearlos sobre la zanja.

Los padres de familia abrazaban á su prole sintiendo una imperiosa necesidad de apretar

los nudos de la vida: gemían las mujeres inconsolables en su viudez hipotética y berreaban los chicos asustados, cual si temieran que para castigarlos los fuesen á meter en aquellos baules negros que llevaban al hospital.

Siempre ceremoniosos, se descubrían al paso de la procesión, y durante la noche no cesaron de pensar en cosas tristes y de sentir angustias que perjudicaban grandemente á la marcialidad y gentileza de un ejército defensor. ¡Aquel demonio de Watson qué de insomnios producía!

Porque no todo el mundo había nacido mayorazgo como Paniagua, ni sentía correr la sangre azul hazañosa y altiva, pasando por venas heróicas de padres á hijos.

Ya no sonaban alegres cantares en el cauce del Ridoro ni en lo alto de las colinas. La juventud arrinconaba los acordeones y hacía cartuchos metida en sus ardorosas viviendas. Paniagua recorría los puestos, lo vigilaba todo con una precisión qne arrancaba protestas. Quería que nadie durmiese allí, y esto irritaba á los patriotas blandos de carnes y remolones de nacimiento, que para sentir el latido de la sangre griega, necesitaban haber comido bien, dormido mejor y tener el vientre en

apacibles condiciones fisiológicas. Pero ¿quién se resistía? Aquella escopetaza larga y tremenda, que se parecía á su dueño, en cuyo cañón con anillos de plata cabían todas las indignaciones de la patria antigua, y aquella perilla gris siempre dispuesta á erizarse locamente, les infundían gran respeto y así no había más que bajar la cabeza, tomar las armas y quien manda, manda, y cartuchera en el cañón.

—Hay que estar prevenidos, señor cura: en estos casos toda vigilancia es poca. ¿Qué dicen esos partes?

—Que vienen. Los esperan en Gibraltar y en Tánger! ¡Esta noche soy yo quien va al molino!

¡Qué bien se entendían los dos! No había más que ellos. El bizarro capitán Ripalda con su toisón de oro y su carga de reumas, no valía lo que un zancajo del cura párroco. De don Damián no hablemos. Otra vez se sentía enfermo... padecía de esposa tiránica, un mal incurable y crónico que no le dejaba resollar, ni aun asomarse á los balcones.

Doña Esperancita quería llevárselo á remolque, tierra adentro, que abandonase su propia Oblita en peligro... ¡Cómo reniegan de su patria esas señoras dadas al lujo y la molicie!

—¡El gran mandria!—decía Paniagua apretando los puños.

—¡Maricas que paga el gobierno!—agregaba el cura.—¿Por qué no se queda para enseñarnos otra vez el uniforme, con aquel asador y aquel sombrero, que parece una mata de verdolagas?

—De seguro sigue siendo partidario de la paz.

—De la paz y la breva. Es de los que están interesados en el pastel, que no me digan.

—Pues á esos los voy yo á arreglar con esta,—dando un golpe en la escopeta.—¡Tendría gracia que ahora comenzaran á salir traidores y cobardes en Oblita!

—¿Pero ese gobierno, no ve nada de esto? Aquí lo que hace falta es...

—Aquí lo que hace falta son hígados y otras cosas, y no le pidamos al gobierno lo que sólo Nuestro Señor puede darnos. El gobierno, señor cura, está en Madrid y no tiene brazos para llegar á todas partes, ¿estamos? Por lo que toca ahora, va á ser harina de otro costal.

—¡Mire usted el caso que nos hizo!

—Me alegro. Nunca fuí de los que pidieron auxilios. Oblita se basta y se sobra; se lo ase-

guro á usted. Cuando no, de poco servirían dos cañones y cien quintos.

Y siguieren su ronda por las callejas, por los fielatos, por las orillas del río, hasta convencerse de que todo permanecía tranquilo y mudo y se vigilaba bien para evitar sorpresas.

A Berruguete le agradaban las guardias nocturnas. Gustaba de hacer exploraciones por la parte de tierra y más de una vez le vieron bajar de los pinares, atravesar los huertos, encogerse en la sombra de las chumberas, hacer silenciosos aguardos y entrar en Oblita inflado, redondo por la interior satisfacción del deber cumplido... ó del matute entrado, ó quizás por otras causas.

Aquella misma noche, cuando Paniagua y el cura iban rondando, al llegar cerca de una de las salidas de la ciudad, oyeron extraños clamores.

—¿Serán ellos?

—¿Ya?

Y aplicaron el oído. No eran ellos todavía. Oían una voz lamentosa que demandaba socorro: otra más gruesa y de irritado timbre que amenazaba ó reñía, el ladrido de un perro y

una mujer que gritaba desde alguna ventana:

—¡Padre, que no sea usted bruto!

—¡Algún crimen! Hay que ver eso...

Y Paniagua, con la escopeta prevenida, echó á andar seguido del cura. Al llegar al pie de las tapias de su corral, saltó de ellas un bulto que les cayó casi encima: al mismo tiempo oyeron allá adentro la voz de un honrado vecino, antiguo marinero, que decía:

—¡Vuelve, vuelve por otra, don futraque, que ya sabes el gusto del rebenque!

—¡Troncho!—exclamó el bulto levantándose.—¡Voy á tragarme al mundo!

Apaciguaron á Sinforoso. Lo que había ocurrido no era más sino que aquel demonio de muchacho, de sangre tan ardentisima, dió en rondar á la hija del marinero sin que lograse cosa mayor. Y como en sus trabajos de sitio fuese avanzando hacia la plaza, metiéndose bonitamente en el corral á llorar sus cuitas bajo los ciruelos las más noches, pusiéronle un cepo lobero en que cayó como un mirlo. Preso en él y dando aullidos, asentóle con todas sus ganas el ofendido padre seis ó siete rebencazos de mano maestra, que de haberlos prodigado un poco, lo dejan en el sitio. Y de

ahí la prudentísima observación de la dama: «¡Padre, que no sea usted bruto!»

—¡Desgraciado!—díjole el cura.—Tú vas á morir con los zapatos puestos. Templa esos ímpetus, modera esos ardores querenciosos en que te estás requemando. Confiésate, haz penitencia todo lo áspera que te conviene, ayuna...

—¿Quién no fuè así á los veinte años?—suspiró Paniagua, recordando sus locuras juveniles.

—¡Retroncho! que voy á hacer una que sea soná. ¿Siempre me vá á pasar lo mismo?

Y Sinforoso alejóse renqueando, escupiendo amargores, como perdigón en celo que no encuentra su hembra.

—A ese—díjo el cura—lo curaba yo abriéndole el culo á puros azotes.

Y siguieron su ronda interrumpida por el amoroso incidente. No esperaban ya nada de *allà abajo*, donde un sin fin de hombres en plena derrota sin haber combatido, porque no les dejaron, se movían como los rebaños sin pastor.

Mas, ¿qué importaban algunas colonias, si ellos, los helicenses, lograsen afianzar ante el mundo el concepto de la antigua raza?

Para eso era preciso que viniesen aquí, al templo de las tradiciones, al solar de las antiguas glorias, en que arde día y noche el fuego sagrado que alimentamos con adjetivos. No se les ocultaba cuánto de follonería había en Oblita y cuánta crasitud ablandaba los corazones, entregados há tiempo á la pereza que llaman paz; á la inercia que llaman orden; á la ataxia intelectual que denominan apacibilidad y mansedumbre cívicas. Pero todos cumplirían con su deber, ó ellos, los verdaderos jefes, quedarían en la estacada.

—Hay que montar en el «Pepita» otro puesto avanzado con las señales.

—Mañana hablaremos con el patrón Zapullo... que es un patriota.

—Marinero del tiempo en que los había en el mundo. Ha pasado más veces por la «boca del lobo», que pelos tengo en la cabeza.

—Dígolo, porque es fácil que el Watson ese haya salido sigilosamente y pretenda cogernos desprevenidos. Todo es de temer de esos bárbaros que matan á distancia sin dar tiempo á que se les conteste.

—Pues amigo, aquí no tendrán más remedio que acercarse. ¡Les veremos las caras!

Paniagua no contestó, pero apretó la esco-

peta del mayorazgo y le relucían los ojos en la sombra cual si ya los tuviese delante. Y entrambos patricios silenciosos, vigilantes, deslizándose como dos sombras de puesto en puesto, iban pensando sus hazañas tremendas, en toda la leyenda heróica que les enviaban los siglos.

## XVII

## La «Osa» en acecho

¡Era verdad! Venían... estaban ya acaso mirando con sus anteojos las «fortificaciones» de Oblita. Un telegrama urgente, comunicado á todos los puertos de aquella costa lo decía bien claro. «El vigía del faro de Punta Camello ha visto pasar anoche frente á las rompientes de las Puercas, una escuadra formidable, con las luces apagadas. Supónese sea la que manda Watson».

¡Qué revuelo se armó en Oblita! Las tropas regulares seguidas por el pueblo y los volun-

tarios empujados por sus jefes, acudieron á sus puestos. Paniagua y el cura, ambos echando candela por los ojos, armado el uno con su espingarda, y el otro con un pistolón cogido al paso en el obrador del inventor Carlanza, daban voces de mando y distribuían las fuerzas.

El bizarro capitán Ripalda de punta en blanco, con el uniforme de los antiguos carabineros reales, acudió espada en mano. El reuma por un lado y por otro lo obligadísimo de los calzones metidos en su sitio á fuerza de tirantes y de travillas, hacían que anduviese como con grillos puestos. A bien que no se trataba de ninguna marcha, sino de pelear á pie quieto. Quedó convenido que el cura tomase el mando de los voluntarios que guarnecían la torre y los tejados de la iglesia. Ripalda mandaría en jefe las fuerzas atrincheradas á retaguardia, y Paniagua defendería como punto de mayor peligro el muelle y el paso del Ridoro.

Dispusieron que los ancianos, los inválidos y los niños, así como las mujeres faltas de valor, evacuaran la plaza según les conviniese. Los hombres jóvenes y sanos no. Sería deshonroso.

Mucha gente sin aguardar el permiso subióse á las colinas y allí permaneció á la sombra de los pinares, sin alejarse gran trecho, juzgando que había tiempo para todo: para ver algo y para correr tierra adentro por sendas y atajos no conocidos de los invasores.

El calor echó fuera de las trincheras á sus defensores que, en mangas de camisa, tumbados bajo los pinos, comieron el gazpacho no sin que pensaran que algunos ¡no volverían quizá á comerlo! Y ¡cómo sudaba Ripalda debajo de aquel ros gotoso y deforme y aquella condenada levita, en la que era imposible meter el vientre! A cada movimiento crujían las costuras; todo el uniforme refunfuñaba mal humorado por aquellas aventnras impropias del sosegado retiro.

La «Cruz Roja» envió una sección al hospital, en donde izaron la bandera neutral de la asociación. La Junta de damas, presidida por el Juez, instalóse en la escuela y alumbró las imágenes, en tanto que el médico Flautilla ponía en orden el botiquín de las primeras curas. Arriba, en la trinchera grande, permanecían cerca del Fulminario asestado á la marisma, el sabio y modesto inventor y el va-

liente Sinforoso, artillero obligado de aquella pieza.

Todo estaba en su punto y apercibido para el trance. Los colchones de Oblita colgaban por dentro de los balcones: los muebles formaban barricadas, las macetas agrupadas en los sitios estratégicos, esperaban la orden de echarse á la calle para aplastar enemigos.

En cuanto á la parte interior ya era otra cosa. Aquella noticia les había dejado fríos. ¡Era verdad! tendrían que batirse... todos aquellos preparativos hechos alegremente, como para la representación de un drama de aficionados, tenían una realidad trágica que causaba espanto.

Y había muchas caras pálidas, y en las casas se producían escenas tristísimas. Decididamente, aún no había caído entre los helicenses la centella griega de los tiempos fabulosos.

—Cabo, sitúe usted su gente ahí, al pie de la cruz, flanqueando el parapeto. Detrás formará la «Cruz Roja». Usted aquí á diez pasos del río, enfilando las «marimantas...» ¡qué hombre! aquel Paniagua larguirucho, llevaba á todas partes un soplo de organización y valentía. A su vista no podían desertar aunque

temblasen como azogados. Su escopeta parecía el asta de una bandera inmensa que flotaba arriba en las sombras.

Con la luz del día, viendo aquel armamento formidable que colgaba de los riñones, pistolas, cuchillos, retacos, bolsas y cananas, ni uno solo se atrevía á demostrar debilidad ó desmayo.

—¡Al que se retire lo fusilo!—gritaba Paniagua, con la perilla despeluzada como borla de alambre.

Y nadie se retiraba, temiéndose unos á otros, vigilándose, recelando de aquel montón de armas y cartuchería, que á la menor imprudencia podía estallar haciendo que volasen mal de su grado.

La actitud fieramente audaz de Paniagua conturbaba el alma amorosa de Pepita Jiménez. ¿Habría de perderlo así, en un encuentro de guerra, él que no era militar ni lo había sido nunca...? ¿Qué pretendía conquistar con aquella escopetaza que infundía tanto miedo?

Y encerrada en casa de su prima Esperancita, hacían entre los tres, ella, su prima y el marido, la novena de San Antonio:

«Si buscas milagros, mira
muerte y error desterrados,
miseria y demonio huídos
leprosos y enfermos sanos.»

Y don Damián, hecho un zamacuco, con los pies metidos en unas babuchas que cada una podía ser tumba de un yanqui, y un pañuelo liado á la cabeza, contestaba en guisa de público el responsorio:

«El mar sosiega su ira,
redímense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.»

¡Y entre tanto, la «patria chica» estaba bajo las garras del mónstruo federal y libidinoso!

Por la tarde fué sorteada la sección que había de prestar servicio de avanzada á bordo del «Pepita», con orden de hacer ciertas seña-

les convenidas, antes de replegarse á la plaza, en caso de que apareciese el enemigo. Tocóle en suerte á Berruguete ser uno de los de dicha sección vigiladora, cosa que, dicho sea en honor de la verdad, le hizo muy poca gracia. Pero la negra honrilla, la energía de Paniagua y la satisfacción de todos, que rivalizaban en darle parabienes y en envidiarle aquel puesto de honor y de peligro, obligáronle á hacer de tripas corazón, ya que por misericordia de Dios, no le faltaba primera materia.

Embarcóse, pues, llevando el manojo de los cohetes de señales, que debía disparar según las circunstancias.

—No se olvide usted,—le decía Paniagua.—Blanco, si tratan de forzar la entrada del río: verde, si desembarcan gente en la marisma: encarnado, si pasan el Ridoro hacia la izquierda, procurando envolvernos por retaguardia.

—No se me olvida. ¡Vaya una suerte que tengo!

—¡Valor! Oblita entera tiene los ojos puestos en usted; ¡qué digo Oblita! La nación los tiene también. Piense usted en esto, Berruguete, y al barco, y cada cual á su puesto.

Entraron los miembros de la sección, empuñó el patrón la caña; flotaron los lienzos y el

laúd siguió río abajo, llevándose mansamente aquella avanzada fluvial de heróicos voluntarios.

Eran éstos, amén de Berruguete, un tendero de quincalla, pasamanería y tegidos de punto, gran aficionado á la caza, pero que en materia de guerras nunca las había visto más gordas. Acaso por el imperio de la costumbre, se presentó armado de escopeta, zurrón y polainas, del propio talle con qué solía ir al coto del comercio. Un modesto oficial de escribanía armado de una «pieza de convicción», ó lo que es lo mismo, una escopeta procedente de cierta causa que se le siguió á un pañero. Un concejal, «Hermano Mayor de la cuarta Angustia»; el conserje del casino, que por todo pertrecho llevaba un frasco lleno de aguardiente, y don Pepito «el de la sal», honorable helicense, setentón, sordo y tarato, que había sido administrador del impuesto cuando la sal estaba estancada.

Como el buen señor no andaba muy firme de cascos y con la sordera llegaban á él todas las cosas á medias, no se dió exacta cuenta de su misión aquella noche. Supo que iban allá abajo, y tomando la escopeta que dormía á la cabecera de su cama desde los tiempos del

resguardo, echó á andar llevándose una buena manta y un gorro saltamontañas para sortear la humedad del río.

La entereza de don Pepito entusiasmó á toda Oblita. ¡Aún hay patria! Los viejos salían á dar ejemplo á la juventud... volvían los tiempos heróicos. Toda la leyenda se renovava en la serie inextinguible del esplendor helicense.

—¡Al qué vuelva la espalda lo fusilo!—repetía Paniagua lanzando rayos como Júpiter.—Ahí tenéis á la antigua raza: eso éramos ayer y eso seremos hoy.

—¡Viva!—y le hicieron una ovación á don Pepito, el cual no se dió cata de ello en poco ni en mucho. Aquella escuadra misteriosa que había pasado con las luces apagadas, casi rozando el territorio helicense no se les caía de la imaginación.

No podían admitir que habiendo pasado tan cerca fuera á despreciar la ocasión de dar un tiento al antiguo solar de las grandezas hispano-griegas... pero á bien que no los cogería dormidos. El capitán Ripalda había recomendado que el Fulminario se disparase solo á las masas profundas donde se hiciese buen blanco para causar más destrozos al enemigo.

La noche se echaba encima á más andar,

y con esto acrecían las angustias de la gente débil. El valor parece sostenerse con la luz solar; las tinieblas suelen dejar libre á la bestia con todos sus instintos, animándose á huir con su inquieto resuello, deseosa de tirar los incomodos chismes para buscar un rincón solitario y seguro, el fondo de alguna caverna cuaternaria, á la que no lleguen ladridos humanos ni pamplinas sociales.

Multitud de animosas mujeres y chiquillos iban y venían llevando fiambreras con la comida de los héroes, ¡acaso la última comida, condimentada con lágrimas!

Un gran silencio envolvía á la ciudad como en un velo de tristeza y ansiedades. ¿Vendrán? ¿pasarían de largo? ¿formaría parte de su plan invasor la toma y destrucción de aquel noble pueblo en que tuvieron un templo Ceres y otro Neptuno? ¿Podrían resistir tanto como Paniagua deseaba? ¿Aunque Oblita se rindiese algún día ante la fuerza del número y la superioridad del armamento, quedaría deshonrada por eso y se había de acabar el mundo para la raza?

## XVIII

## La noche triste

—

Así las cosas, al parecer dormida la población, pero en realidad despierta y vigilante, como dos horas antes que cantase el gallo vino á ocurrir lo que todos temían. Vieron, sobrecogidos y admirados, cómo en dirección del molino de las Animas alzóse una ristra de cohetes; ¡todos á la vez! que se desgranaron en lágrimas verdes, blancas, encarnadas y azules...

—Por todas partes á un tiempo, truenos y rayos!—gritó Paniagua,—y para prevenir al cura y á Ripalda por si no habían visto clara-

mente la señal, mandó hacer fuego, y una descarga cerrada contestó á la lejana detonación de los cohetes.

¡Para qué! Las campanas volteadas furiosamente, lanzaron un toque de rebato tan alarmante, que ponía los pelos en pie. Gritos de mujeres que corrían por las calles, llenaron el viento: voces masculinas semejaban aullidos... oíase el estruendo de las puertas al cerrarse, el llanto de los pequeñuelos, el chillido seco y cortado de las hembras accidentadas,... todo el ruido y alboroto de una población invadida por las hordas bárbaras sedientas de sangre.

Muchos heróicos voluntarios manifestaron deseos «de ir á dar una vuelta por casa» para ver si ocurría algo á la familia y dejar las cosas en orden, bajo juramento indecisorio de regresar en seguida... más Paniagua no lo consintió.

—¡Helicenses! en este momento no tenemos más familia que la escopeta. ¡Y al que se retire, lo fusilo! Hé dicho.

De aquel grupo de tenderos, curiales, artesanos y demás «fuerzas vivas», salieron unos gruñidos de protesta que afortunadamente eran ahogados por el toque de rebato de las

campanas. En aquel momento muchos fogonazos iluminaron la falda de las colinas y oyeron un vivo tiroteo, á la vez que un alarido inmenso llenaba el pinar por donde la gente huía.

—Se están batiendo en las trincheras... á ver, un hombre de corazón que prenda fuego á las marimantas... y ¡duro con ellos!—voceó Paniagua, transfigurado por súbita llamarada de valentía y de entusiasmo. Las *marimantas* eran unas estacas clavadas en la otra orilla del río y revestidas de ramas de pinos, cuerdas embreadas y otros combustibles, destinadas á servir de antorchas en un caso como aquel. El «hombre de corazón» no parecía, y Paniagua del todo mohino hablaba de hacer un escarmiento, cuando empujaron á un granuja que, estimulado patrióticamente por unos dos reales de vellón, tiróse al río y pegó fuego á los armatostes. Con lo que el muelle y su parapeto de sacos, el río y una ancha zona de la marisma, quedaron iluminados.

—¡Fuego!—Y con una rabia fría y desesperada, comenzaron á fusilar despiadadamente á la marisma.

Los que estaban en lo alto vieron el resplandor y se quedaron atónitos.

—¡Esos granujas incendian el pueblo... hijos míos, á ellos!—gritó Ripalda animando á los defensores. Y también por aquella parte empezaron un tiroteo que el mundo se venía abajo.

—¡El Fulminario... ese Fulminario!—decían los que estaban agazapados en las trincheras.

—Maestro Carlanza, Sinforoso... pronto, antes que nos cojan la vez... Y al decir esto el bizarro capitán Ripalda, iba hacia la trinchera grande, andando á gatas con la espada bajo el brazo, aprovechando los accidentes del terreno, como hombre práctico en esas cosas.

El inventor apuntaba la pieza...—¡A las masas profundas!—ordenaba el jefe, ya perfectamente cubierto detrás de un pino. Tiró Sinforoso del cordoncillo, tronó la máquina y el proyectil fué á chocar con el chapitel de la torre, del que arrancó unos cuantos azulejos.

—¿A la casa de Dios bombardean esos cochinos? ¡Pues que se esperen un poco! y la iglesia se puso á escupir metralla, que no parecía sino que estaba ardiendo. Aullaban lastimeramente todos los perros; coceaban sueltas las bestias encerradas en los corrales, sin

poder explicarse el motivo de todo aquel estruendo jamás oído en la tranquila ciudad; chillaban hasta los mamones que veían al «coco» en medio de aquella barahunda, y todo eran ayes, lamentos, súplicas, imprecaciones, como si aquella *Noche Triste* fuese la última del mundo!

Apaciguado un poco el tiroteo del muelle, oyeron río abajo unas voces con que al parecer pedían auxilio.—¡Alto el fuego!—Y se pusieron á escuchar con la cara de perfil, sosteniendo las escopetas humeantes, asestadas por si acaso. Al entrar en el círculo de luz de las hogueras vieron un grupo que subía por la orilla izquierda conduciendo un herido, según todas las señales.

—¡La Cruz Roja... pronto, esas camillas! Y á la vista de aquel herido que aun no conocían, la sangre parecía enfriarse como las escopetas. A medida que avanzaban pausadamente los tristes expedicionarios, los del muelle fueron conociendo la realidad. No traían un herido, que traían dos. El uno, grande, inmenso, que lo venían sosteniendo por los sobacos, era Berruguete. El otro, lo traía el patrón Zapullo echado al hombro como si fuese una escopeta, y era el senilmente heróico don Pepito el de la Sal.

—¡Vaya unos valientes, que se emplean en matar hombres gordos y ancianos inofensivos! Y un intenso furor apoderóse de los voluntarios en buena edad, é ilesos todavía.

Hubo que transportar los heridos, pasando el río, y la operación no fué corta. Cuando llegaron al reducto, vieron á Berruguete del todo chamuscado, sin pelos ni pestañas y con la cara brotando sangre, según la traía de colorada.

—Berruguete, ¿qué ha sido? ¡Una bomba tal vez!

Pero Berruguete no hablaba: sólo hacía violentos visajes y lanzaba gemidos aflautados, como quien está muy doliente.

—¡A las camillas!

—Eso si que no,—parecía querer decir el herido resistiéndose. ¡El, entrar allí, en aquel chisme que olía á cementerio... primero lo harían cuartos!

Y además, entero no cabía. Metieron, si, al presunto cadáver de don Pepito, que traía encasquetado su cumplido saltamontañas y en las manos unos razonables mitones, y en un dos por tres organizaron la lúgubre procesión. Nadie reparó en que el reducto quedaba abandonado. El paso por las calles fué un

acontecimiento. Mujeres desoladas y llorosas salían de sus casas desmelenándose y dando gritos... plañían las campanas, gemían los chiquillos, hasta las piedras parecían conmoverse... ¡y aquellos de allá arriba seguían tirando y batiéndose como leones!

Cuando llegaron al hospital se aclaró el punto. Berruguete fué curado de una extensa quemadura de no sé qué grado, y en cuanto al heróico don Pepito, reconocido que fué por todas partes, resultó ser un repentino é inconsciente caso de alcoholismo, fácilmente reintegrado en sus funciones mediante á la virtud del amoniaco.

Entonces, ¿qué había pasado? Pues lo siguiente, ni más ni menos. Al saltar á bordo, puso Berruguete el haz de cohetes de señales en el palo de mesana, sujetándolo con el aro de pipa que rodeaba al tronco. Llegados que fueron al sitio designado, entretuvieron las horas del acecho, entre otras cosas, desocupando gentilmente el frasco de aguardiente de que el conserje iba prevenido. Y como el patrón gustaba de escanciar largo en el único vaso que había á bordo, al llegar la vez á don Pepito, que andaba sediento por demás, tomó-

lo por agua, y se lo echó á pechos, envasando algo más de medio cuartillo. Cuando cayó en la cuenta no tenía remedio, y el buen señor, sordo y casi ciego, encasquetóse el gorro, encendió un puro y se tumbó al pie de la borda dispuesto á lo que viniese.

Más como las bascas y trasudores de la embriaguez que comenzaba á hervir en tan frágil olla, no le dejasen reposar, se puso en pie y sin saber lo que hacía, abrazóse al palo en ocasión en que Berruguete vigilaba, del todo inquieto. El puro encendido prendió fuego en la mecha y los cohetes saltaron envolviendo en un chorro de chispas á la comisión, rozando la noble cara de Berruguete que en un segundo quedó chamuscada.

Entrambos cayeron: el autor de la gracia, á babor, como un pellejo relleno de alcoholes: el paciente, á estribor, como un elefante que se desploma. Y como la marea iba de vaciante á toda prisa y érales imposible regresar en el barco, apremiados por el gemir de Berruguete, tomaron á los dos á cuestas y emprendieron la caminata por la orilla del río.

—Pero ¿y los yanquis?

—¡Qué yanquis ni qué niños muertos! Ellos no habían visto ni uno.

—Entonces, esa gente que sigue batiéndose allá arriba...?

—Quizá les pase lo que á don Pepito.

—Hay que acallar ese tiroteo absurdo,—decía Paniagua un tanto corrido y con el peor gesto del mundo.

—Que vaya uno á la plaza con bandera blanca... es el único medio...

Y sobre si es pacífica ó no es pacífica la misión, comprometieron al maestro de escuela, que era el ser más pacífico del mundo. Allá fué á la plaza, con un farol y una servilleta puesta en un palo...

—Yanqui, conozco tus intenciones!...—gritóle el cura y disparando su escopeta le rociό el cuerpo de perdigones loberos.

Los gritos del maestro se oyeron en la capital de la provincia.

—¡Dejadlos que se desahoguen!—decían los que no tenían ganas de sustituir al maestro en aquellas embajadas. Y cuando se desahogaron á todo su sabor ó se les acabaron los cartuchos, cesó el fuego y pudieron entenderse. Bajó el cura hecho un basilisco, con la cara negra de los fogonazos... ¿Entonces qué? Esos yanquis...

Esos yanquis no habían salido del mar de

las antillas, según el telegrama que llegaba en aquel momento.

«La escuadra cuyo paso señaló el vigía de »Punta-Camello, ha resultado ser una france»sa que hacía maniobras cerca del Estrecho. —«Comunican de Wasington que Mac Kinley »desiste por ahora de enviar á las costas de »España la escuadra mandada por Watson.»

¡Bah! ¿Contra quienes se habían batido?—Hay que avisar á los de allá arriba y ¡aquí no ha pasado nada!—vociferó Paniagua recomido de bilis.

Los de allá arriba notando que cesaban el campaneo y los tiros, juzgaron acertadamente, que, ó el pueblo estaba ya en poder del enemigo, ó este había sido rechazado. En uno y en otro caso procedía evacuar las trincheras, aunque con todo género de precauciones. Y dando ejemplo, saltó el primero Ripalda, descendiendo por la cuesta, aprovechando siempre los accidentes del terreno, según el principio táctico que jamás olvidaba. Los demás defensores le imitaron, y la ladera se llenó de bultos negros y encorvados, que propiamente semejaban una bandada de lobos.

En aquel instante surgió allá en la trinchera grande una intensa llamarada seguida de

una detonación con que temblaron los pinos.

—¡Troncho! ¡que me ha hecho miajas!

—¡Una bomba! ¡sálvese el que pueda!

Los bultos irguiéronse y emprendieron la bajada á saltos. No era bomba: fué el Fulminario que dió un estallido por impericia del artillero. Cuando subieron los del pueblo para auxiliar á los heridos, recogieron á Sinforoso desmayado junto á los pedazos de la máquina y al bizarro capitán Ripalda que estaba tumbado boca abajo en la ladera, con las piernas y los brazos extendidos como si nadara, y sin poder levantarse.

—¡Herido!—Herido si, con una cuchillada de á dos palmos en mitad de las marciales posaderas. Afortunadamente la lesión no había pasado de los calzones: fué cuestión de costuras, que hartas de refunfuñar y de crugir se abrieron por aquella parte con el último impulso de la caida.

Restablecida la calma, vieron con harta satisfacción que del anterior escándalo solo había resultado una víctima, el maestro de escuela, cazado como un zorro desde la torre.

Y hay que decir en honor de la verdad, que los ánimos no decayeron.

—¡Ese mandria de Watson que no se atreve á venir! ¿Por qué no vino?

Y con la misma facilidad con que se soliviantaron, olvidaron el suceso.

Pues hasta de él, que en suma no revelaba más que una voluntad digna y heróica, sacaron partido para chunguearse groseramente, los desocupados de Venusta. Enviaron en un tren de mercancías unos cuantos corchos colmeneros y de ellos, pendiente un cartelote que decía:

CAÑONES COGIDOS AL ENEMIGO
POR LOS HERÓICOS VOLUNTARIOS DE OBLITA
EN LA GLORIOSA ACCIÒN DEL DÍA...

—

LA PATRIA AGRADECIDA
LOS DESTINA
PARA FUNDIR LA ESTATUA YACENTE
DEL BIZARRO CAPITÁN RIPALDA
EN LA PROPIA POSTURA
EN QUE CAYÓ DE LA TRINCHERA HERIDO
EN LA MÁS NOBLE PARTE DE SU SER NATURAL

—

¡Con qué olímpico desdén acogieron los helicenses estas puyas! Esas desdichadas muestras del humorismo local, no amenguarían á sus propios ojos el mérito del intento. Ellos se habrían batido con el aire, con los fantasmas, con las hierbas de la marisma, con los molinos de viento,¿pero acaso lo sabían? ¿Habrían, por ventura retrocedido, de haber sido verdad el supuesto?

Pues entonces, todas esas cuchufletas caían en el vacío: no eran más que desahogos insensatos del poco juicio y alfilerazos de una mala voluntad que venía labrando de siglo en siglo.

Y allá para sus adentros, los helicenses juzgándose vencedores, aprendieron á respetarse los unos á los otros.

## XIX

## Castañuelas en vez de cañones

Parecía que aquel grande esfuerzo dejó aniquilado el antes frondiosísimo árbol del patriotismo helicense. Huían de toda alusión al suceso de la defensa y, por tácito convenio, nadie volvió á recordar nada de *aquello.*

En cambio les volvieron las ganas de divertirse, de esparcir el ánimo, de pasarse los días y las noches entonando canciones y bailoteando, cual si estuviesen en pleno período de las «siete vacas gordas.»

Después de todo, ¿para qué afligirse? Ya habían hecho cuanto podían... bailes patrióticos,

procesiones cívicas, meriendas conmemorativas, misa de *Requiem*, suscripción nominal, derroche sentimental de símbolos y de insignias y exposición de sus vidas en una defensa de buena fe. Ahora, que los demás hicieran lo que quisiesen. Y entre el dulce sonar de las guitarras y acordeones, llegaron confusamente noticias de la rendición de Santiago, una plaza fuerte entregada por capitulación y todo un cuerpo de ejército prisionero. Cuba abierta á los vientos de la invasión, por todas partes; la misma Habana disponiéndose á entregarse á la voz del gobierno, sin haber disparado un sólo cañonazo, como arras de las pacíficas bodas... doscientos mil hombres armados, medio muertos de hambre, siendo no más que espectadores de esa gran farsa oficial que no podían entender, porque «su interesante argumento» andaba entre cuero y carne por esas cancillerías...

A los pocos días la invasión de la «Siempre Fiel» —según la Gaceta,—isla de Puerto-Rico; una gira campestre para el enemigo, un paseo amenísimo como un cuarto acto de cualquier ópera, en que la bandera estrellada fué de ovación, en ovación de halago en halago, y en qué pueblo, autoridades, corporaciones, acudían á

mecer la rama de oliva y la palma simbólica sobre la cabeza de los invasores, con un júbilo tan grande y un entusiasmo tal, que de él no se libró ni aún la toga, la histórica y castiza garnacha, arrastrada por los barrizales para servir de alfombra á esos nuevos puritanos, que predican humanidad á cañonazo limpio...

—Y á nosotros ¿qué?—decían los helicenses derramando por los pinares el *Evohé* de la alegría, el grito de las bacantes y los vendimiadores griegos, pletóricos de vida y agradecidos al gran Pan.

Más tarde, supieron que el sabio gobierno que nos regía, había pedido la paz... y caridad. Era lo único que podía pedir, según los estadistas. Y que después de un corto teje maneje había venido al mundo un «Protocolo...» España renunciaba á su soberanía en Cuba y en Puerto-Rico. Una especie de renuncia de la mano de doña Leonor... En cuanto á Filipinas no hay para qué hablar; ¡estaba todo hablado,... entre ellos!

El desastre nos envolvía... no se salvaría nada de aquel naufragio espantoso; ¡nada! ni aún lo que salvó Francisco I en la batalla de Pavía. Por eso, ¿á qué abrir las puertas al dolor cuando el placer es tan bueno? ¿Aquello

tenía remedio? ¿No era obra de una fatalidad histórica en que todos pusimos nuestras manos?

Pues ¡juerga! ¡*Panem et circenses* y que viva la Pepa!

Había en Oblita solo dos personas tristes: Paniagua y el señor cura. El primero, era la sangre azul, corriendo por venas caducas y endurecidas; el solar hidalgo con todas sus grandezas llenas de moho y sus arcas de cedro sin un pan, resistiendo altivo y cayéndose á pedazos al asalto brutal de la villanía enriquecida y del egoísmo insaciable de la bestia moderna.

El otro, era la sangre roja caldeada por el terruño, discurriendo por los cauces de la sana tradición; el hórreo oliendo á heno y á legumbres, abierto á los vientos bravíos del campo libre, convertido á lo mejor en fortaleza, en ara de independencia, si hordas extrañas vienen á borrar á cañonazos el deslinde de lo «tuyo y lo mío.» Y entrambos, el último y estéril vástago de la familia hidalga, y el descendiente de los patanes hombres de bien, también estéril por el voto, sentían la patria á su manera, pero intensamente, como

se siente el fiero latir del corazón hasta durmiendo.

No podían compartir aquella veleidad de la carne floja y de la aguanosa sangre de esta generación afeminada y doliente, que no sabe morir con viril audacia sobre la cureña, sino en el pantano sin orillas de todos los vicios.

Sentados en la cocina solariega, bajo la enorme campana del fogaril apagado, evocaban recuerdos saturados de bien amarga melancolía. ¿Dónde estaba la nación de antaño? Aquel Paniagua, soldado de los tercios, á quien un día sonrió el duque de Alba, uno de los hombres más ásperos y taciturnos del mundo... y aquel otro que tomó una galera al turco, ahorcó más de cien piratas y rescató otros tantos cautivos cristianos puestos al remo; el que capitaneó una compañía en la batalla de Almansa y el que se ahogó en el cabo de San Vicente y el que dejaron sin tripas en Trafalgar y murió gritando que no diesen cuartel á los ingleses... ¡toda la historia de las glorias hispánicas saltando de escalón en escalón por una familia!

El señor Cura también tenía cosas que recordar; su abuelo degolló y echó al pozo cinco franceses que una noche trataban de robarle

grano: su padre, que fué del batallón de guías de Cabrera, herido y prisionero, escapó con un balazo en la pierna, y llegó arrastrándose hasta Castellón, donde estuvo dos meses curándose, encerrado en la bóveda sepulcral de una iglesia, rodeado de una obscuridad infecta y sin más recreo de la vista que los columbarios llenos de huesos y las tablas de los ataudes...

Y cortando estas meditaciones, bajaban de las alturas, rasgueos de guitarras y repiques de castañuelas; risas y canciones, el tumulto de la raza imbécil que respingaba ahita de sol y ayuna de carne.

Rindióse Manila sin esperar al Protocolo, cosa que colmó la medida del desastre. ¡Pues á divertirse, á echar penas al aire, á mover el cuerpo bajo aquel cielo apacible donde lucían por la tarde, como tres joyas luminosas, la luna, Júpiter y Venus, flotando en una atmósfera áurea y resplandeciente.

Volvió Campanón á recordar que las elecciones se echaban encima y que era preciso por esta vez que contase Oblita con un representante propio en el senado provincial, con lo cual adelantaría «muy mucho» en el camino de la regeneración. Más no había regene-

ración que valga para aquellas honradas masas que comían pepinos en los huertos y se atiborraban de higos chumbos, apurando el repertorio de canciones románticas en las frescas orillas del Ridoro.

Seguían fieles á su aborrecimiento del sufragio. De todos modos ha de ser lo que el gobierno quiera... ¿Por qué habian de ser tan imbéciles que se opusieran?

—¡No más aventuras! ¡No más aventuras!—gemía Berruguete con la cara llena de costras, sentado en uno de los sillones del casino.

—Pero es que el ejercicio del sufragio, cúpula grandiosa del templo de nuestras libertades...

—Mire usted, Campanón; será todo lo cúpula que usted quiera, pero donde hay elecciones, hay odios, y enemistades; donde hay enemistades suele haber garrotazos y no estamos para sostener otra batalla campal...

¡Hola! Berruguete infringía el convenio tácito, aludiendo á la batalla.

—Y, á propósito; ¿dónde estuvo usted, señor Campanón, *aquella* noche, que nadie le vió el pelo?

—Cumpliendo con mi deber. Confortando á

las heróicas damas con palabras apropiadas á la ocasión... y basta, y no saquemos á relucir cosas pasadas.

Ripalda, *restablecido* ya, aunque de un humor de todos los diablos, también tronaba contra aquella mojiganga electoral. ¡Para eso está el país! ¡Miren ustedes que descolgarse ahora con toda esa basura!... El genio parlamentario de Campanón no encontraba ambiente.

Lo mejor que podía hacer, era coger las castañuelas y divertir al juez y á la jueza, confortando con alegres repiqueteos el espíritu no muy apesadumbrado de las heróicas damas. ¡Toda Oblita no hacía otra cosa!

## XX

## Esta, para los repatriados

Sabido es que el médico *Flautilla*, apodado así por su desmedida afición á silbar todo lo silbable, era, amén de un gran patriota, un excelente melomano. Tomaba el pulso tarareando el brindis de La Traviata ó la marcha de Pan y Toros, y cuéntase que en cierta ocasión se llevó silbando el miserere del Trovador por espacio de dos horas, enfrente de un enfermo que se moría de cólico miserere.

Una espantosa y macabra asociación de ideas.

El fué quien importó el gracioso cuanto chispeante estribillo,

«Amarillo sí,
amarillo nó».

Que le valió un triunfo, allí, donde tanto estiman las canciones.

De sus aficiones dramáticas conservaba un recuerdo, renovado sin cesar á cada movimiento atmósferico. Allá en los primeros años de la Restauración, organizó Flautilla una compañía de jóvenes aficionados, que estableció sus reales escénicos en el Pósito. Hay que advertir que en Oblita terminó toda esa monserga benéfica á poco de morir Carlos III. ¡Siempre adelantándose á su siglo!

Es, pues, el caso, que representaron cierto drama, en el cual tocaba morir á mano armada al simpático Flautilla, siendo el encargado de la trágica faena un procurador de aquel Juzgado, gran entusiasta del género, y de los aficionados que se *identifican* hasta el punto de que acabada la función, todavía se creen investidos del poder vengador de un don Sancho, un don García ó un don Rodrigo cualquie-

ra. El instrumento de la venganza era un cuchillo de palo revestido de papel de estaño, de ese de las libras de chocolate, que visto desde la sala, al resplandor de la batería, parecía propiamente la daga justiciera que había de visitar las entrañas del atribulado Flautilla.

¡Y las visitó! El procurador ardiendo en furores, hecho un demonio por los aprietos de mala ley en que Flautilla había puesto á la inocente dama durante los dos primeros actos, cogió al traidor por el cogote y le atizó una puñalada en el hipocondrio, que á poco más no lo cuenta. Lanzó el herido un chillido doloroso, no tan artístico como fuera de desear, y en tanto que el público aplaudía aquella escena tan bien hecha, arrastróse Flautilla como Dios le dió á entender, pidiendo confesión, hecho una lástima. Desde entonces quedóle la reliquia de una cicatriz barométrica, lo cual, si bien se mira, antes parece beneficio por el ahorro de almanaques.

Desde entonces, compartía el tiempo entregándose á la música vocal é instrumental y á la murmuración de los actos del compañero. No se podían ver el uno al otro: don Claudio llamaba á *Flautilla* el silbante; y este á don Clau-

dio el viejo estafermo. Criticábale aquel, escandalizado, su arte de recetar, más viejo que las coles. «Un poquito de esto, otro poco de aquello, lo que puede cogerse con dos dedos, de esotro»... y que además creía, ó aparentaba creer en la eficacia curativa de la conjunción de los astros y de las sangrías en los cuartos de luna. Más para los helicenses no había otro mejor médico. La relación de los astros con la terapéutica los volvía locos de gusto. Además, don Claudio abusaba de la medicina expectante y hacía gasto largo de *mica panis*, con lo que los enfermos siempre estaban expuestos á curarse.

Pues á Flautilla antojósele, porque Oblita no fuese menos que todos los demás pueblos de la media España que nos había quedado, organizar, concertar y realizar una magnífica becerrada de aficionados, llamada así, porque toretes y toreros habían de carecer de caracter profesional, de cartel en una palabra.

La idea vino que ni de perlas para aquella gente retozona y alegre, con una alegría loca, que rabiaba por divertirse en medio de esta España mutilada, llena de gangrena y manando sangre. No se conoce otro período de más

diversiones y esparcimientos, de más alegrías y retozos, en toda la historia patria.

Gracias al genio organizador de *Flautilla*, presto quedó arreglada la parte preliminar de la fiesta que, llamándola nosotros mismos «nacional», está dicho todo cuanto pudiera decirse de la nación tal cual la entendemos. Jóvenes de las principales familias formaron la cuadrilla. Entre ellos, figuraba, ¿cómo nó? el simpático Sinforoso, de valor probado en dos solemnes y patrióticas ocasiones.

Pepita Jimenez y su prima Esperanza regalaron las moñas para los becerros, dos añojos apalabrados ya para la fiesta. Esta habían la de celebrar en una extensa rinconada existente entre el terraplén de la línea férrea y las últimas casas hacia el Ridoro.

—Esta, ¿para qué va á ser?—preguntaban á Flautilla.

—Esta, ¡para los repatriados!—Porque, como decía Berruguete, bueno es divertirse, pero que sea con buen fin.

Y á fé que los helicenses fueron entonces como siempre, oportunos y certeros en la dedicatoria. Mientras que la indispensable comisión organizadora hacía primores, ora buscan-

do madera para el cierre de la plaza, ora cuidándose de la indumentaria taurina y del ensayo de los diestros, ya sacando del taller del maestro Carlanza el reluciente estoque y las punzantes banderillas, ya reuniendo los moños y cintajos y gallardetes que habían de imprimir caracter á la fiesta, iba llegando á nuestros puertos la carga humana que el mar nos devolvía, y que vapores y trenes comenzaron á escupir en todas direcciones. Había que hacer algo por esos muchachos que regresaban flacos, amarillos, exangües, con el vientre hinchado y la cara terrosa, calenturientos cual si en sus venas flojas fermentase todo el cieno de la manigua; con aire de tontos, como si los embotara el asombro de vivir; sin voluntad para erguirse y seguir marchando; cayendo pesadamente, sin resistencia posible al continuo llamamiento de la tierra, sobre la que morían sin quejas, sin convulsiones, con un postrer afán de no ver, de no oir, de no recordar, de llegar al absoluto aniquilamiento, agradecidos al largo escalofrío con que la muerte remataba toda esa derrota interna, ese derrumbamiento moral,

en que volvían á una patria llena de podredumbres y de fiestas.

Toda una generación destruída, aniquilada, viciada para siempre... un extenso campo de cultivo de todos los gérmenes morbosos: una inmensa clínica, llena de dolores y de gemidos. ¡Y aquel era el Ejército que los helicenses habían soñado viéndolo entrar marcial y gallardamente por la vía del triunfo iluminada con los resplandores de la epopeya!

¡Oh, aquella procesión de esqueletos opilados y fungosos, que llenaba á España, fluyendo sin cesar de aquellos mares traidores en que se hundió la bandera y la historia de cuatro siglos, cuanto entristecía á los helicenses! Por eso había que hacer algo, á toda prisa... algo alegre al par que patriótico. Por todas partes se esparcían los gritos del placer enjugando lágrimas... ¡la vida no es el dolor!

Consultado Paniagua, «aceptó en principio» la becerrada patriótica por lo que tenía de ejercicio estimulante del vigor de la raza, si bien no tomó parte muy activa en su dirección, por hallarse á la sazón hondamente preocupado en ciertos planes de regeneración

de la patria, de los cuales ni él ni el cura decían una sola palabra á sus convecinos.

Ni aún el sutil Berruguete pudo coger al vuelo el hilo de aquel misterioso ir y venir de los dos amigos. Sabíase que entrambos estudiaban algo, pero fuera lo que fuere, nadie se percató: tal era el sigilo con que lo tramaban. Al cura tampoco le supo mal lo de la fiesta, porque era aficionado: solamente protestaba de que fuesen añojos y no verdaderos novillos y bien bravucones los que habían de ser sacrificados. Pero como no era cosa de soltarles á los muchachos dos fieras para hacer boca, hubo de aquietarse, deseando solamente que los añojos tuvieran la sangre suya é hicieran prodigios.

—Conviene que los jóvenes arrostren peligros y se curtan un poco,—decía Paniagua.

—Y que echen pecho para lo que usted sabe,—contestaba el cura bailándole los ojos.

¿Qué sería aquello? ¿Tenían un plan? ¿Iban quizá á lanzar á la juventud á nuevas aventuras? Berruguete se consideraba deshonrado: él, que lo sabía todo, no podía descifrar aquel enigma.

—No será como la otra vez,—gruñía Ripal-

da.—Ahora va de veras,—y cerraba los puños y revolvía los ojos con una fiereza tal, que hasta la navarra sentía algo así como miedo. Aquella herida en los calzones pedía muertes y venganzas.

En tanto, se acercaba el día señalado y Flautilla no comía ni dormía, preparándolo todo para la corrida. Los diestros habían ensayado en la arena todas las suertes, haciendo recíprocamente de novillos y toreros, y de los ensayos sacaron una profunda confianza en sus facultades. Todas las noches había serenata en la puerta del casino, y cohete va, cohete viene, iban preparando al vecindario para la diversión. La música no tocaba ya la indigesta «Marcha de Cádiz», como si en el pacto tácito hubiese entrado la supresión de tan alarmante pieza.

La víspera de la función trajeron los becerros comprados al fiado y á pagar con el producto de la venta de sus propias carnes. Por lo flacos, parecían becerros repatriados: los cuernecillos parecían espolones de gallo y por lo mal empelados y famélicos, antes se irían trás de la ubre que de la capa. Pues con todo, bajo los rayos de aquel condenado sol de Obli-

ta, tomaron los añojos proporciones grandiosas. Parecían elefantes encornados: las astas se alargaban como buscando carne; la pezuña hería el suelo con coraje altivo y las colas batían el hijar con la sorda impaciencia del valiente bruto.

Los diestros comenzaron á sentir tardíos arrepentimientos que no era decoroso manifestar. Las familias sentíanse también afligidas por aquellos peligros que correrían sus miembros... Verdad que para tranquilizarlas, preparaba Flautilla un excelente botiquín en que no faltaba nada. Llegado el día, desde el amanecer comenzó la zambra. La música despertó á los vecinos con los sones de alegre diana. Más tarde, oyeron misa los diestros en traje de lidia, porque bueno es exponerse, pero mejor es ir bien preparados. Después, otros preparativos, las despedidas, las libaciones, el tumulto, el rumor de un pueblo que asiste á la fiesta, reventando de regocijo, humeando bajo un sol que achicharra, ávido de goces, ansiando gritar, moverse, lanzar á los cuatro vientos el *Evohé* de las balcantes, el grito de los vendimiadores griegos, pletóricos de vida y agradecidos al gran Pan...

—Hay que dejarlos,—observaba Paniagua. —Que vean correr la sangre, que afronten el peligro, que suden y se lastimen un poco.—Y pensaba en una raza robustecida, llena de salud y de energías, haciendo contrapeso á toda aquella muchedumbre de esqueletos articulados que nos devolvían las Antillas, como una fantástica procesión de cadáveres y leprosos.

## XXI

## Los héroes vencidos

¡Pueblo feliz! La especie de andamiaje que circundaba la plaza servía de gradería al concurso que materialmente se apiñaba defendiéndose del sol con sombrillas y paraguas y agitando aquella atmósfera incendiada, con centenares de abanicos de colores chillones. Los chiquillos se encaramaban por los palos lisos como para coger cucañas, y el terraplén de la línea también estaba lleno, con los menos afortunados ó los más prudentes. La música henchía de sones regocijados el ambiente ardoroso y un gran deseo de vivir y de gozar

parecía estallar en aquella masa humana que, sobre el intenso azul del cielo, formaba una mancha clara, jugosa, de una alegría incomparable. ¿Quién iba á pensar en desgracias y tristezas, aquella tarde en que todo parecía reir bajo el sol resplandeciente?

En la corraleja, que semejaba una espesa jaula, pateaban de impaciencia los becerros. Los diestros ceñidos con lujosos capotes de paseo, confortábanse con sendos vasitos de «sangría», allá en una casa frontera á la plaza, mientras escuchaban los últimos consejos de Flautilla, que ejercía el triple ministerio de maestro, médico y patrono de aquella juventud lanzada á los peligros.

Con la llegada de las presidentas calmóse un tanto la impaciencia pública. Había que verlas, examinarlas de hito en hito, como si por la primera vez fuesen vistas. Las pobres muchachas oprimidas, hasta sufrir angustias, por el corsé, moviéndose con extrañeza bajo la seda de los domingos y enjabelgadas las caras con grasillas de tocador y harinas perfumadas, marchaban rígidas, con un empaque de salón que no se compaginaba con la rudeza de aquel andamiaje y la índole brava del espectáculo.

Llegó el momento trágico: la música comen-

zó á tocar una furiosa marcha que estremecía todos los palos del andamio: la muchedumbre aclamaba, cual si estuviese ébria, y la cuadrilla salió á la plaza llena de sol, luciendo los capotes ceñidos á los lomos, serena, sonriente, como si los peligros la exaltasen y la embriagaran los aplausos. Tras de aquel paseo artístico que recordaba hazañas de nuestros mayores en el antiguo coso, llegó el instante en que los valientes tiemblan. La salida de la primera fiera. No era precisamente así el primer becerrete que pisó la arena, pero habían convenido *a priori* que mayor fiereza no cabría en cuerpo de cornúpeto, y por esto, los primeros cuatro respingos del animalito que buscaba un agujero por donde escaparse, produjeron un tumulto espantoso.

Los diestros corrían como alocados y se refugiaban en los burladeros hechos con estacas bien firmes: tropezaban unos con otros y alguno rodó al impulso de la inconsciente topada de un compañero.— ¿Cuidado, eh?... éste tiene sangre! ¡Serenidad, muchachos! Vanas recomendaciones. Los muchachos estaban serenos... relativamente. Sólo que aquel becerro corría y saltaba y coceaba sin detenerse un punto para ser toreado según todas las reglas

del arte. No estaba, en fin, á la altura de las circunstancias.

—¡Esas capas! ¡Paradle los pies!—voceaban desde lo alto. Cualquiera se los paraba. Por fin la negra honrilla echó á Sinforoso á los medios, se abrió de capa como un inteligente, y con la cara lívida y chorreando sudores, con las púas de leznas levantadas en la cabeza y las pápulas hinchándole los carrillos, citó al becerro y... éste asustado de tan tristísima figura, volvió los cuartos y emprendió la fuga con la cabeza baja y el rabo tieso.—¡Troncho! como me teme.—Y el lidiador tomó unos ánimos «que se tragaba al mundo».

Cambiáronse las tornas: Sinforoso perseguía, acosaba y desafiaba al becerro, siempre con la capa abierta metiéndosela por los hocicos. Por fin el cansancio pudo más que la capa y el noble bruto se «entabló» resoplando y meneando la cola.

—¡Ahora! ¡Anda con él!—Y para él iba despacio, sereno, como si fuese á tomar un vaso de sangría.—¿Ha visto usted qué hígados de muchacho?—Es de los nuestros:—decía Paniagua guiñando un ojo.—No encuentra nada que le acobarde.—Y el valeroso muchacho se plantó á tres pasos del bicho, lo citó, lo aco-

só otra vez... y el añojo hizo por él, partió de golpe con la cabeza baja, arrolló el capote, pasó el teztuz por entre las piernas de Sinforoso, lo elevó bruscamente, se lo echó sobre el lomo y emprendió la carrera dejándolo caer por los cuartos traseros y aún le pisó un poco la cara, que quedó hundida en polvo y en otra cosa peor que dió de sí el bellaco del becerro.

Un clamor inmenso llenó la plaza. Chillaban las mujeres, voceaban los hombres... una presidenta se puso mala y hubo que bajarla con mil precauciones, mas se repuso en cuanto le aflojaron cintas y le cortaron cordones que la estaban asfixiando... salieron de los burladeros unos cuantos y levantaron al *herido*. ¡Qué horror! Tenía la cara negra, escupía polvo, los ojos se le amortecían, temblaba todo, acometido de un pánico tremendo...—¡A la enfermería! ¡Qué le curen en seguida...! ¡Se irá desangrando?

No se desangraba. Conducido á la casa que servía de dependencia al *circo*, abierto el botiquín y Flantilla dispuesto á operar, vieron que Sinforoso no daba sangre á no ser de unos barrillos que se le reventaron y con una jofai-

na llena de agua y un poco de jabón quedó el herido tan campante. Mas por el estado de sus nervios no pudo seguir lidiando.

Tranquilizado el concurso, ordenóse el cambio de suerte y dos jòvenes tomaron las banderillas. En el momento en que uno de ellos citaba según arte al becerro, que andaba huyendo y buscaba la repatriación, oyóse un crugido enorme.—¡Ay, ay! ¡Ese andamio que se cae!—Y aquí fué Troya. El andamio se balanceaba como buque sin gobierno. Se habían partido unos palos y las sogas de enlace cedían y se quebraban también. ¡Allí iban á ocurrir desgracias sin cuento!

De todas partes se descolgaba gente para auxiliar á los que tan en peligro estaban: gemían los unos, chillaban los otros, todos mandaban y nadie obedecía... hubo soponcios, desmayos y ataques de nervios en grandísima abundancia. Paniagua y Berruguete acompañados del capitán Ripalda, huyendo del desplome, saltaron valerosamente á la arena. Y entonces ocurrió algo lamentable que vino á aumentar la general desolación y el clamoreo angustioso de la muchedumbre. El becerrete asustado por aquel bullicio, empezó á correr mugiendo como un desesperado: tropezó con

el volúmen extraordinario de Berruguete, que cayó de bruces, dispuesto á morir, y, con los cuernecillos de menos de á cuarta ensañóse en aquella masa redonda que se interponía como obstáculo en su huída. ¡Pobre Berruguete! sentía los fieros paletazos como si lo estuviese macheteando una guerrilla de mambises...— ¡Jesús, me mata! ¡No hay quien me socorra!

Sí. Paniagua, el intrépido hidalgo sin miedo y sin tacha, con los ojos fuera de las órbitas, imaginándose que tenía delante encarnados en aquel *choto* á todos los enemigos de la patria, lo cogió por la cola, tiró hacia sí, y libertó á Berruguete, á quien recogieron hecho una breva.

No paró aquí la desgracia. En el desorden y confusión que introdujeron estos sucesos, quedó abierta la puerta del corral, y el otro becerro con la moña puesta, salió de estampia dando brincos y mugiendo con toda su fuerza. Todo el mundo corrió por delante, y uno de los banderilleros con tan mala suerte, que al empujar para meterse en un burladero, tropezó con el capitán Ripalda que iba á lo mismo, y le clavó el par de banderillas en... en el mismo sitio en que fué *herido* al evacuar las trincheras.

El grito fué terrible y conmovió á toda Oblita. Y es el caso que, como viera venir en aquel instante al becerro nuevo hecho un tigre al parecer, con la lengua fuera y cabeceando de coraje, echó á correr como un desesperado, con las banderillas puestas y así dió unas tres vueltas al circo, hasta que cayó aniquilado, con su carga de reumas y de juanetes y aquellos dos pinchos que le quemaban la carne y hacíanle gritar como un animal al que estuvieran degollando. Quedaron en la arena no más que los cuatro. Los dos becerros, Paniagua y el capitán Ripalda. Aquél zamarreando al bicho por la cola, y éste tumbado boca abajo, en la propia postura en que lo recogieron la noche de marras. ¡Cualquiera se echaba á la plaza con los dos toros en ella!

Bien fuera que el instinto de asociación los llamase, bien que un delicado espíritu de compañerismo los atrajera, lo cierto es que el un becerro comenzó á cocear sobre Paniagua, que aún lo tenía firme del rabo, en tanto que el otro viniéndose á retaguardia, hizo con él lo que su congénere había hecho con Berruguete, es decir, le puso las posaderas como un hormiguero. Sorprendido así entre dos fuegos,

Paniagua quedó vencido, y por su noble cuerpo se pasearon ocho pezuñas y le barrieron el rostro dos colas como dos látigos.

Y consumada su venganza, los dos becerros hermanados y pacíficos, rozándose los hijares, tomaron la vuelta del corral y voluntariamente en él se recluyeron. Recogidos los dos maltrechos héroes, curados por Flautilla que gozaba mucho con estas cosas, salvados todos los náufragos del andamio y encerrados en lugar seguro los becerros que tan bravamente habían cumplido, los helicenses cantaron y bailaron aquella noche, convencidos de que con esos espectáculos la raza mejora y los nervios adquieren la consistencia necesaria para las grandes empresas. «Esta, para los repatriados», habían dicho. ¡Y á la verdad que los repatriados no podrían quejarse!

## XXII

# ¡Sol para todos!

Un día de aquellos supieron los helicenses que en su comarca habíase levantado en armas una partida carlista capitaneada por el conocido Tuerto de Rejillas, antiguo soldado del pretendiente. El escándalo fué estremado. Jugó el telégrafo á más y mejor: el gobernador se volvía loco sin saber qué hacer ni qué mandar para salvar el destinejo: la guardia civil se puso en movimiento y á los pobres alcaldes los traían al retortero como si ellos fuesen responsables de que aún existieran tuertos y pretendientes en el mundo. Los periódi-

cos traían largas relaciones y casi todas fantásticas, de la marcha, número y orden de la partida. Leyéndolos, parecía que no había más que ir, echarle mano y acabar con ella.

El ilustrísimo señor don Damián de la Rua y Bárcena de Justillos se quedó aterrado.

—¡Dios mío, la guerra civil! ¡El acabóse!

Y dobló la cabeza á la inmensa pesadumbre de los sucesos. Cuando en demanda de soluciones llevaron á Paniagua la noticia, se quedó tan fresco: es más, con cierto donoso retintín y retozándole una inmensa alegría por todo el cuerpo, comenzó á chunguearse sin disimulo alguno:

—¿Con que una partida eh? ¿Nada más que una todavía? ¡Qué lástima, hombre; ahora que los parlanchines nos iban á salvar! ¿Es cosa de que los *representantes* del país se queden con el discurso dentro? Ese Tuerto de Rejillas se conoce que no es muy parlamentario.

—Pero es el caso que si vienen por aquí...

—Si vienen, y me da el corazón que si han de venir, se les recibirá, ¡qué duda cabe!

—A tiros, ¿no es eso?

—Eso... ya lo veremos.

En esto llegó el cura radiante de contento.

—¿Sabe usted, señor cura, que el tunantazo

del Tuerto nos está poniendo en aprieto á los políticos de lengua y espada?

—¿Sí? ¿Qué me cuenta usted? Entonces, si nos echan á la calle, ¿de qué vamos á vivir?

Para nadie fué ya un secreto que Paniagua y el cura estaban metidos de hoz y coz en eso de la partida y quedaron esplicados aquellos cabildeos y secretiños de los dos patriotas. Al alcalde se le puso la carne de gallina así que lo supo.

—¡Si el gobernador lo averigua!

Y muchos vecinos pacíficos comenzaron á razonar sobre el disparate que era atraer hacia una población el odio de los poderes.

—¡No más aventuras! ¡No más aventuras, por Dios!—seguía sollozando Berruguete, víctima segura en todos los sucesos de Oblita. Paniagua pagaba con un altivo desdén esos desvíos de los ambiciosos. Todos querían el orden para chupar la breva. Todos gritaban como energúmenos en cuanto se llegaba á lo suyo. *¡Nolli me tangere!* Campanón, para que hubiera elecciones; Ripalda y don Damián para que se salvase del naufragio la nave de las clases pasivas, que por lo incapaz y tarda, parecía buque de guerra: el «elemento oficial» para que corriera el sueldo, aunque con tanta

contiña y descuento mas bien era limosna que paga: el maestro de escuela, para que no volviesen los tiempos del hambre profesional...

—Cada uno por su cosa, ¡viva el gobierno, y á la patria que la parta un rayo!—rugía Paniagua, no comprendiendo en su alma de antiguo hidalgo tantas bajuras y tan grande indignidad.

La partida aquella quitó el sueño á los helicenses y aún las ganas de diversiones. Nadie se atrevía á salir más allá de los fielatos por temor de darse en cara con el Tuerto, que según las últimas confidencias no andaba lejos de aquel término. Tampoco osaban manifestarse hostiles, sabiendo ya lo que sabían y hasta el alcalde, apremiado por el gobernador pue parecía tener asentada la partida en los mismos lomos, comenzó á informar de un modo tan disparatado y confuso, que la digna primera autoridad se daba al diablo.

¡Qué diantre! no era cosa de que por ser en demasía cumplidor y obediente, entrasen los del Tuerto á saqueo en la ciudad y les diese por colgar, escopetear ó hacer tretas en el alcalde. A bien que al gobernador no irían y seguiría chupando los dinerales. Y como la misma cuenta que el de Oblita se echaban los

otros alcaldes y los pedáneos, resultó que la partida unas veces constaba de cien hombres, otras de cinco: unos días tomaba para arriba y otros para abajo, en todas partes hacía provisiones y nadie la veía.

—¡Qué venga ese *pelagatos* y lo averigüe! —decía el alcalde.

Ese *pelagatos* no era otro que el gobernador. No saben muchos gobernadores—por ser gente de capital y por lo común no muy avisada—cómo en el más apartado lugarejo de la provincia le llevan la cuenta al céntimo, y con qué clase de motes tan graciosos los bautizan.

Acababan de rezar las Animas Paniagua y el cura y se disponían á seguir los sabrosos comentarios sobre las últimas discusiones de las Cortes, á la sazón abiertas, aunque no de par en par, en las que, obedeciendo á un principio parlamentario fielmente observado desde el año 12, los desastres, desdichas y vergüenzas que habían dado al través con nuestra antigua nacionalidad, eran analizados y discutidos por el sabio medio dialéctico del «más eres tú», «yo no fuí tanto», «agora lo veredes, dijo Agrajes» y discursos cantan y papeles bailan, y el remedio regenerativo de

la nación no parecía. Verdad que, tan á menos había venido el sistema, ó tan vergonzosamente se ejercía, que alarmado el pudor ministerial, dispuso que las Cortes parlaran, pero á cencerros tapados. En suma, que el gobierno hizo con las Cortes, lo que esos industriales de feria que exhiben figuras de cera: ponen el museo patológico en lugar aparte y anuncian: «gabinete reservado. Entrada dos reales».

Eso. El que quiera ver pústulas y porquerías, que lo pague. Así como así, las actas salen por una bailada en esta época. Todo esto y algo más tenían que decirse los dos patriotas, después de rezar por las ánimas, cuando un vigoroso empujón dado á la puerta de la calle, llamóles la atención á punto que una larga figura de hombre mal trajeado entróse de rodón por la cocina...

—¡El Tuerto!

Ambos se levantaron y corrieron á abrazar al que llegaba.

—¿Qué pasa? dilo.

Sentóse el Tuerto de Rejillas, pidió de beber, y envasó el agua que contenía una jarra de Andújar: limpióse después, escupió, miró con el ojillo que le quedaba toda la habitación

con un aire de inquietud que dió mala espina á sus dos auxiliares, y dijo de un tirón como quien suelta la carga:

—¡Pues que nos han fastidiao! ¡Ahora paece que alambrican más y nos ha dao una!... que pa nosotros solos.

—¡Derrotados! ¡Perdidos!

—Mismamente.

—Cuenta, hombre, y serénate que aquí no te cojerán ó antes se hunde el pueblo.

—Como le avisé á usted, señor cura, el sábado pude recoger cinco hombres que pagué con el dinero de la Junta. Yo saqué de mi casa ocho duros, Manolete el de la tía Agustina, seis; total catorce. Echamos palante y nos metimos en el Junquero y como al obscurecer, á la vera del alcornoque gordo que usted sabe que está junto á la fuente en que lavan las mujeres, dí el grito que usted me apuntó, y con un vocejón que lo oyeron los porqueros que estaban en la solana con el ganao que anda á la espiga. Si me da usted un poco de pan y queso, seguiré contando, porque á peazos se me cae este cuerpo.

—Todo lo que quieras, hombre. ¡Ama!—dijo Paniagua—traiga usted comida... lo que haya.

Y él mismo, alumbrándose con el velón, fué

á sacar una botella del tinto de los Paniaguas, del que aún quedaba un tonel lleno y solo lo bebían en las grandes ocasiones. Confortado con un buen par de tragos y una más que mediana ración de pan y carne, continuó el Tuerto su relato.

—En el Junquero compramos pa el rancho y dormimos en el pajar del alcalde, pero ninguno se quiso venir. Hasta el cura salió juyendo porque tenía que decir misa en los Pilares. Dende allí nos fuimos á la sierra del Lote y á los dos días caimos á dormir en Piedras-gordas. Allí vimos los primeros tricornos. Salimos de madrugá y jala pacá, jala pallá á ver si podíamos tomar el paso del fraile y echarnos en Venusta, nos cogió la noche y nos perdimos. Viendo que no parecía nadie y que esto parecía una entriega, que los catorce duros se habían acabao y la gente hambreaba, cogimos el pinar y al otro día fuimos al jato de las cañas á sacar raciones. Ya nos las estaban dando con un chibarro de catorce kilos y una espuerta de panes, cuando llegaron los civiles y ¡alto! ¡pum, pum! Que dejamos el chivo y los panes y no el pellejo por causalidá y nos corrimos pa el pinar otra vez: allí hemos estao dende antier comiendo higos chumbos

hasta que bajó el puesto de Venusta y nos fué echando y mi gente se quedó sin poder menearse por la jartá de higos y los bojigas de los pies. Y sacabó.

—En resumen, que has perdido cinco hombres y nosotros la esperanza de regeneración por este lado.

—Es que yo me voy pa Levante. ¡Aquel si que es buen terreno pa partías!

—¿Oye usted esto Paniagua?

—Oigo y deploro. ¡Qué vamos á emprender con esta gente! Vea usted á la antigua Oblita con el pie en el pescuezo. Los usureros se la comen, el gobierno la humilla, sus hijos la escarnecen... ¿Cabe más ignominia? Una pareja de guardias civiles basta y sobra para conservar el orden, ese orden que desean conservar los tragaldabas, los pancistas, los politicastros que no tienen más que vientre. Hemos querido remecer el árbol para que caiga la fruta en sazón. ¡En vano! ¡Media docena de hombres responden al llamamiento de la patria, y caen vencidos, entregados, derrotados por la soledad y por un hartazgo de higos chumbos!

El Tuerto, bien comido y bien bebido, quiso tratar de su fuga. No había cuidado. Saldría á bordo del laud del patrón Zapullo, con cédula

falsa, socorrido, amparado para que buscase otra región menos indiferente á las desdichas nacionales.

Aunque ignorando quién fuese, los helicenses supieron la llegada de un emisario secreto que habló con Paniagua y el cura y se marchó con éste. Bastó esa noticia para que nadie durmiese tranquilo aquella noche. Para todo el mundo, la partida del Tuerto estaba á punto de llegar.

—¿Qué me hago!—decía el alcalde repelándose las barbas.—Si escandalizo, me pueden poner verde ó dejarme seco de un tiro... si me callo, acaso me formen consejo de guerra: y ¡con este gobernador que es tan brutísimo!

Y decidió meterse en la cama, por primera providencia, y por segunda, no abrir la puerta de su domicilio ni á tirios ni á troyanos.

Cuando Paniagua se quedó solo, dejó el velón en el suelo, abrió la ventana y comenzó á pasearse lentamente por aquella alcoba larga y sombría, donde durmieron tantas generaciones de Paniaguas hidalgos. El antiguo lecho se hundía en el fondo como un pingajo de sombras. En uno de los rincones estaba el gran reloj de familia, con su péndulo inerte hacía muchos años, encerrado en la caja larga

y obscura que parecía un ataud ó la vitrina de un esqueleto. Al otro lado, la cómoda de cedro y sobre ella el arquilla de caoba forrada de terciopelo azul, ya blancuzco y tiñoso, en la que es fama trajo un Paniagua buena cantidad de onzas peluconas y vasillos de plata mejicana. Bajo un fanal lleno de polvo, el crucifijo de marfil, todo de una pieza y la mejor del mayorazgo, que había asistido á la agonía de casi todo el linaje. A los lados del Cristo y sobre unos jarrones hechos de cocos tallados, con pies y asas de plata cincelada, veíanse los floreros de cera y gusanillo de oro, ya deslucidos y mohosos, hechos Dios sabe cuándo; cuando había hembras en la familia.

Colgada de un clavo había una chapita de cobre y en ella maravillosamente pintado el busto de una vírgen, con un niño ideal, precioso, que al mirarlo las mujeres, querían comérselo á besos. Del mismo clavo pendía un gran rosario hecho en Jerusalém. Mas allá, también colgada, una miniatura en marfil, otro busto, pero profano: una cabeza de mujer de un perfil parecido al de María Antonieta y unos hombros deslumbradores. En el reverso de aquella placa había un nombre y una fe-

cha, borrosos ya. En otro rincór., la escopeta de abrazaderas de plata, luenga como espingarda berberisca, y á los pies de la cama, la piel de loba con sus cuatro patas extendidas y rígidas y su cabeza aplastada, semejante en la obscuridad á un monstruo hinchado... Allá en el techo, sombras más densas y el ruido tenue pero constante de la polilla, labrando en el corazón de algún madero.

De todas estas cosas salía un olor de vejez que entristecía. ¿Era la nostalgia del pasado ó el ansia vivísima del porvenir lo que empujó á Paniagua hacia la ventana para respirar el aire de la noche, frente á la estrella polar, que relucía siglos y siglos con la fijeza de un ideal que el tiempo no concluye?

Allí sintió el resuello egoista de la ciudad dormida en ese sordo individualismo de las bestias: consideró aquel abismo en que nos habíamos hundido para siempre; el flujo irrestañable y gárrulo de la parlería política, llevándonos á la mas espantosa ruina; el desconcierto en todos los órdenes de la vida; la impudicia de un pueblo que canta y baila como un imbécil, mientras le amputan su honor y sus dominios; la afrenta de un gobierno de in-

capacitados sin tutela, la dolorosa realidad que nos condenaba á eterna vergüenza é insignificancia...

Y algo grande y terrible vibró dentro de aquel corpachón de hidalgo antiguo. Con la perilla siniestramente erizada, los ojos fuera de las órbitas y temblándole las manos, cogió la escopeta, montó las llaves, y á punto que disparaba sobre aquella impasible atmósfera en que se dilataba el hedor de todos nuestros vicios, gritó como un loco:

—¡Abajo lo existente! ¡Mueran los gobiernos! ¡Al estercolero este sistema! ¡Luz, aire, sol para todos!

¡Sol para todos! Es decir, justicia, bienestar, decoro, patria engrandecida... ¡apenas pedía!

Aquellas voces y aquel tiro que sonó como un cañonazo en el silencio de la noche, extremecieron á los helicenses.

—¡Ya están ahí! ¡Qué Dios nos ampare!

Y ninguno trató de oponerse á la imaginaria invasión de las hordas carlistas.

Al otro día supo el gobiernò, con todos sus pelos y señales, el *paso* por Oblita de la numerosa partida del Tuerto, sus voces subversivas, la algazara y los disparos conque se hizo presente y como consecuencia de todo

esto, la tremenda responsabilidad del alcalde y el grave peligro en que se vió el sistema parlamentario, base y fundamento de las naciones venidas á menos.

## XXIII

## El último patriota

Paniagua quedóse con la escopeta en la mano mirando al cielo en que se deshacía un poco de humo, como sorprendido de sus mismos gritos, á que parecían contestar, aullando, todos los perros en los corrales. Estaba excitadísimo; no podía aquietarse ni pensaba en dormir, porque toda idea de inmovilidad y descanso le inspiraba horror. Siguió paseando de un lado al otro de la alcoba y su sombra iba danzando por las paredes, alargándose y encogiéndose con un fantástico movimiento de aquelarre. Aquella serie de tremendos gol-

pes que venía sufriendo en su patriotismo chapado á la antigua española, lo había desconcertado. ¿Acaso, iría él á ser como los otros, una bestia nutrida de egoismos y sin otro ideal que el pan nuestro de cada día?

Ciertamente que ni él ni el cura eran carlistas, en el sentido corriente de la palabra, y si habían ayudado al *movimiento* que tan pronto fracasara, hiciéronlo guiados por su profundo convencimiento de la ineficacia de la farsa parlamentaria. ¡Cuántas hediondas cosas nos había traido ese sistema que, enganchándose en el patán cacique de la aldea, atento al robo de los cinco ochavos, va á las alturas del poder, pasando por tantas vergüenzas, que asombra ver cómo vivimos sobre tamaño estercolero en fermentación! Y, ¡eche usted palabrería! Viendo el uso que hacemos de esta alta facultad, casi divina, dan ganas de que la perdiera la especie.—¡Así nos entenderíamos!—Pensaba Paniagua, y sin saberlo, venía á repetir lo que dijo cierto escritor de nuestro siglo refiriéndose á los animales: «¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!»

Y, después de todo, ¿porqué había de pasar malos ratos, porque había de tragar la bilis á

mares, si la cosa no tenía remedio, y todo el mundo al parecer vivía bien hallado con el sistema, aprovechárase ó no de sus infinitos primores? ¿El, como los demás, no tenía intereses, aspiraciones, esperanzas...?

Aquel antiguo solar, que se caía á pedazos, ¿no demandaba una reedificación? En el horrendo *sálvese quien pueda* que ponía punto á la catástrofe, ¿no era deber de cada uno salvarse, sin mirar cómo el vecino se maneja?

Paniagua rechazó con un fiero gesto esas instigaciones del llamado «buen sentido,» y acercándose á la ventana abierta, miró larga y desesperadamente al cielo azul cuajado de estrellas, por el que iban subiendo las impasibles «*Cabrillas...*» Lentamente, como quien ejecuta una firme decisión, colgóse Paniagua los arreos de cazar, solo que en la bolsa de cuero llevaba más balas que perdigones; cogió la escopeta mayorazga, dió un soplón al velòn en el que se quedó un ascua aspetosa, abrió la puerta y salió á la calle.

Sin titubear un punto, tomó la dirección de los pinares. Mientras iba subiendo por la cuesta oía el canticio de los gallos helicenses, que ascendía también, envuelto en la bruma sutil, como gritos de centinelas que velaban á los

imbéciles dormidos. Bajaba de las cumbres un rumor triste que hacían las ramas de los pinos cuando el viento las movía, semejante al son compasivo y doliente de muchedumbres que rezan... pero, acaso ninguna de las infinitas bellezas de aquella noche de verano, en que la tierra descansaba llena de olores y de ruidos tenues de insectos que se busban en la apacibilidad de las sombras frescas, y en que el ancho espacio relumbraba con regueros blancos que dejan las constelaciones, llegaban como otras veces á distraer, con el hondo sentir de la naturaleza, aquel espíritu de hidalgo pobre, en donde al parecer habíanse refugiado las últimas vibraciones del patriotismo.

La santa harmonía de la tierra y el cielo en el seno tranquilo de la noche, no llegaba hasta el alma de los hombres, achicada por el idiota afán de una vida conquistada palmo á palmo, á bocados y á puñaladas.

Al salir de los pinares le amaneció. Una alondra venía allá del Oriente, y pasó cantando á gran altura sobre la cabeza de Paniagua, como un alegre ideal que se refugia en los cielos. Y salió el sol, y el hidalgo seguía andando en busca de algo ¿quién sabe? que no

encontraba. Caminaba ya por tierras de labor, con sus rastrojos quemados que dejaban grandes manchas negras en la extención amarillenta: pasaba por maizales cuyas cañas secas y rotas, aún se levantaban despojadas ya de la dorada panoja, como restos inservibles y abandonados.

Todo el campo tenía ese aspecto de saqueo y desolación que sigue á la recolección de los frutos. La nota pajiza y terrosa, sustituía al verde esplendor de los sembrados y al aúreo reflejo de las espigas sazonadas. Una inmensa tristeza subía de aquel suelo calcinado por los rayos del sol, que tostaban el pasto y hacían polvo los rastrojos.

Al subir á un collado en que había unas matucas requemadas, un ruido que salió de sus mismos pies asustó á Paniagua. Era una perdiz que emprendió el vuelo, sorprendida por el rumor de los pasos. Ni aún pensó en que tenía una escopeta en la mano, ni le acosaron los estímulos de antiguo cazador, que le venían de casta.

¿Para què? Un intenso afecto hacia el reino animal iba sintiendo, á medida que se separaba con asco invencible de la especie humana.

Como el vuelo es corto y el calor apretaba, cayó la perdiz á poca distancia, buscando refugio bajo una mata de romero. Paniagua tiró una piedra, la perdiz, asustada, salió tableteando en el aire, traspuso la loma, y se perdió para siempre.

—¡Alas... alas para nosotros! Y aquel pobre hidalgo amarrado al suelo que el sol quería derretir, sediento y aniquilado por los rigores de la estación y del espíritu, siguió marchando por los campos desiertos como en busca de un ideal. A punto de morir de sed, llegó á unas chozas de pastores y de porqueros,—¡Agua!—¡Cuán poco vale un hombre! Un buche de agua de menos, y allá va una vida con todos sus poderes y responsabilidades.

Con aquel refrigerio ofrecido con rústico amor bajo la choza de los pastores, cobró nuevas fuerzas Paniagua. Sentado en un taburete de corcho, con la escopeta apoyada en los muslos, aspiró aquella santa paz del campo oliendo á paja. Oyó la esquila del ganado que andaba á la rastrojera; el balido de las ovejas que sesteaban apaciblemente; el mugir de las vacas llamando á los becerros; el gruñido colectivo y estridente de los cerdos de vida, que

remueven el campo engullendo espigas y mascando grano; las voces de los porqueros hablando un lenguaje convenido que no llega á cuatro palabras;—¡eh, huin, huin, huin!...—y con el cual porqueros y ganado se entienden.

—¡Qué bien se está aquí! Pero, ¿qué es eso?

—¡Ay mi José! ¡Ay mi José,—repetía una mujer llorando á lágrima viva, echada boca abajo en un camastro de ramas.

—Esa es mi cuñá que se la muerto un hijo qué fué á la guerra. Hace tres días que está así, y ni come ni duerme ni deja á naide que duerma. Vamos, espavílate que hay gente.

—Déjela usted, ¡pobrecita!

—Se lo llevaron cuando más falta hacía, porque su padre es quebrao de las dos ingles, aunque hay médicos que dicen que no. Lo echaron allá y estuvo en Santiago, y esto lo supimos porque escribió tres veces... aluego aquello se arrematá y lo trujeron en un barco; pero vendría reventao porque en la Coruña se fué con Dios.

—¡Ay mi José! ¡Ay mi José!—seguía gritando la pobre aldeana, con una voz ronca, de agonía, como si en fuerza de invocar el nombre de aquel hijo de sus entrañas, la muerte

compasiva los fuese á juntar al lado allá de este mundo, en un sitio donde los hombres no se matan.

¡Cómo! ¿Hasta en aquellas soledades angustas entraban como hierro en carne los dolores de la patria? Los egoistas de Oblita, los cerdos humanos que vivían hozando el campo del interés y de los goces, á buen seguro que no se revolverían en sus lechos gritando como aquella pobre madre, «¡ay mi José! ¡ay mi José!»

Paniagua sintió el espanto del dolor humano y, en presencia de aquellas mujeres, entregada la una al trabajo y la otra á mortal desesperación, comenzó á conocer que una gran ternura fundía sus ásperos desvíos hacia la especie. Aquellos miserables, aquellos humildes sentían la congoja de ajenas culpas... Allí, en la choza que chamuscan los soles y calan las lluvias, venía á restallar el rayo que concitaron los soberbios, los egoistas y los impuros. ¡Brava justicia, si no hubiera otra, eterna é implacable!

A poco llegaron á la choza el padre del soldado muerto, y un zagal ya volandero, ambos muy metidos en sus zahones y con unos som-

brerotes que se quitaban de vez en cuando para sacar el pañolillo y enjugarse el sudor que en abundancia les corría. En la cara del viejo, sucia y labrada como la corteza de un árbol, no era fácil descubrir el relámpagueo de las impresiones. La intemperie, la regularidad mecánica de todos los actos, el gran silencio de la inteligencia, la asimilación recíproca de la tierra y el hombre, van convirtiendo en fibras como de madera los nervios y tejidos de estos hijos del campo. La noticia que hirió como un tiro á la madre, no alteró la corta serie de actos que el padre ejecutaba día tras día, año tras año.

—Dicen que la guerra sacabó, ¿verdá? Pa mi sacabó tó... porque iande voy yo con estos años y estas quebrauras?—Y enjugándose el sudor del rostro, echó una ojeada á toda la choza como evocando recuerdos y bebiendo penas: reparó en su mujer que seguía llamando al hijo con la cara hundida en el ruín camastro, y volviendo á restregarse con el pañuelo,—dijo á modo de sentenciosa observación metereológica:—Hogaño el puñalero verano salarga más que la esperanza del probe. Ni caen rociás ni vienen blanduras. El ganao

no pue moverse porque se ajogaria, sin una mala charca en que mojar el jocico.

Y se quedó pensativo, como rumiando aquella gran compasión por el ganado sediento. Después, dando un suspirazo, dijo á su hermana:—Trae pacá eso.—Y sacó la navaja á la que dió filo en el lomo de uno de sus zapatos. La mujer sacó un pan y un buen trozo de queso cabruno y sin otras ceremonias los puso por delante. Arremetieron con ellos, más, como haciéndosele cargo de conciencia echar mano solo, el viejo preguntó señalando al camastro con la mano en que tenía medio pan:

—¿Tampoco?

—Ni miaja. Ahí están las sopas de ajo de antier, de ayer y de hoy. Me paece que se va con su hijo... ¡aunque esto es un contra Dios!

Volvió el hombre á suspirar y comenzó á comer lentamente, llenándose toda la boca, según costumbre, y haciendo esfuerzos al tragar el áspero bolo nunca suavizado por la fluidez del vino. Paniagua lo observaba todo: parecíale que allí, bajo aquel templo de ramas, estaría la *verdad* más á su gusto, y quería acercarse al oráculo... ¡estaba en el cora-

zón del pueblo, sintiéndolo latir y manar sangre!

—Dígame usted, tío...

—Tío Francisco, para servir á usted, y á la compaña.

—¿Qué ha pensado usted, que piensa usted, ahora mismo de estas cosas que nos están pasando? usted que ha perdido un hijo, tiene tanto interés como quien más.

La suspicacia tradicional del campesino surgió en el ánimo del tío Francisco así que recibió á quema-ropa la pregunta. ¿Para qué quería aquel hombre su parecer y dictámen? ¿Qué importaba al mundo lo que él pensare sobre aquellas cosas? ¿Habría algún interés en comprometerlo? Pues no le arrendaba la ganancia al que creyese que era un parlachin que se chupaba el dedo.

—¡Pensar!. . ¿yo que he de pensar, señor, sino que me han matao mi hijo y con él mis pies y mis manos?

—Pero ese hijo fué á defender la patria, la dignidad nacional, la integridad del territorio...

Y como Paniagua se exaltase más de la cuenta, cayó el tío Francisco en que aquel

honrado hidalgo no venía á soncacarlo ni á comprometerlo. «Era un hombre que tenía afectos y que estaba al tanto.»

Y honradez por honradez, quiso desembuchar lo que tenía dentro y le escarabajeaba hacía unos meses debajo de las costillas.

—Dale pacá al ganao, que se va pa los riscos.

—¡Pero si está echao y no se menea un rabo!

—¡Dale pacá, ó te sacúo un lajazo que te dejo seco!

Y el zagal que comprendió la intención de alejarle, que tenía el tío Francisco, se fué á la piara meneando los zahones con un son agrio de cueros que se rozan, protestando de aquella brusca salida en plena siesta y en plena curiosidad.

—¿Qué opina usted, vamos á ver, del término de estas guerras?

—Pos que tó ha sío una venta...—dijo bajando la voz y arrimándose á Paniagua, con esa prudencia que jamás abandona al campesino.

—¡El cura tiene razón! Él, hijo del pueblo, lo había visto claro!

—Yo no sé quien es ese hijo;—continuó el

tío Francisco,—pero lo que es el mío, ¡el que tuve! me lo decía en un papel: «padre, sabrá usted cómo estamos vendíos: dicen que han corrío millonás pa entregarnos y que por sí ó por no, habemos de morir unos cuantos pa que la cosa se quee tapá... si á mi me toca, venderá usted los burros que son míos y los tres marranos, pa que en el ivierno no pasen ustés hambre, y le dirá usted á mi madre que me sueño con ella, y que anoche le dí más besos que pelos tengo...» ¡si toita la carta la tengo aquí!

—¡Ay mi José! ¡Ay mi José,—seguía gimiendo la triste aldeana, con un balido de oveja agonizante.

Ante aquellos dolores, Paniagua comenzó á sentir aquel *timor et tremor* de que habla la Escritura.

—Y al fin, perdimos á Cuba y á Puerto Rico y á Filipinas, de seguro.

—¡Mejor! Así los hijos de los probes no irán á más cimenterio que al suyo propio. ¡Cuánti ha que se hubiesen perdío!

¿Qué? ¿El pueblo no quería colonias? ¿Maldecía de la guerra? ¿No veía allá, en aquellas tierras que el genio español hizo nuestras,

más que un cementerio extraño, para enterrar el cadáver de nuestra historia?

—Y, de estos gobernantes nuestros, ¿qué se imagina usté?

—Pos que ca uno va á su avío: el que mucho abarca, poco apreta, y tó se vuelve hablar, hablar y por el chorro de la versación se vá toa la fuerza.

—¡Eso, eso, eso! El parlamentarismo que Dios confunda. En cada esquina un orador, en cada mata una tribuna, en el aire que se respira frases de mogollón, ideas de contrata, vulgaridades y ripios... ¡un montón de estiércol retórico fermentando durante un siglo!

—Y estiércol que no produce. Si fuera del otro, ¡vaya!

—Y, ¿quien tiene la culpa? Todos y ninguno. Usted que dá á su hijo y se lo matan, y se queda tan fresco. El otro que dá su dinero, y ¡viva la pepa! Yo, que tengo un alma para Dios y un cuerpo para la tierra, y veo, y oigo, y toco y se me dá una higa de todo...

—¡Cristiano! ¿Quién va á meterse en meneos? ¿Pa qué? ¿Pa que vengan los mesmos? En tanto y mientras haiga probes y ricos, pillos y hombres honraos, unos estarán por cima, otros se fastidiarán abajo.

—¡Blasfemo! ¿Y la justicia?—gritó Paniagua sin poder contenerse.

—La justicia no paece más que pa sacar contribuciones, pa jorobar al probe ó pa llevarse á los hijos allá, aonde se mueren sin que los padres los vean.

—De modo, que la idea del honor, de patria, de...

—¿De qué? Eso es un gazpacho que los señoritos se comen... pero que el probe paga. Lo mesmo que un sota que vino antier, medio muerto de hambre:

—¿De aonde vienes? Le dije.

—De una partía.

—¿Quién ta metío en eso?

—El Tuerto, y dos pesetas diarias to los días que me aprometieron.

—Y, ¿porqué te meneas tú?

—Por las dos pesetas diarias to los días.

—Y aquí le rellené la barriga y le curé los pies y lo puse en camino... ¡Los probes siempre semos la carne: ustés son el cuchillo!

Paniagua no quiso oir más. El oráculo le desesperaba. Terciose la escopeta, despidióse del tío Francisco y salió de la choza bajo la cual se oía el estertor de la aldeana que esta-

ba suicidándose con la memoria de su hijo. ¿Adónde iría? A Oblita otra vez. Al solar antiguo que lo llamaba... á luchar por la raza y si era preciso, á morir por la nación.

¡Què tristes estaban los campos! La hierba que el sol desmenuzaba, amontonábase en las márgenes de los regajos secos; la tierra amarilleaba por todas partes y se abría en profundas grietas y resquebrajaduras que parecían otras tantas fáuces sedientas. Por allá, ardían unos rastrojos y el olor de la paja quemada henchía el aire cálido, que movía con soplos de fuego los matas empobrecidas y medio tostadas... Un viento de desolación y de tristeza barría aquel campo por el que parecía que habían pasado todos los desastres y todas las vergüenzas.

Y Paniagua con aire de sonámbulo, como quien no tiene ojos sino para el ideal, seguía marchando por aquellos campos desiertos y requemados, en busca de algo que no encontraba.

## XXIV

## La salvación del país

—Ustedes me habrán de permitir—habla don Damián—que les diga y repita, que están ayunos de tramitación. Allí se hila muy delgado, no es lo que se cree.

—Conformes con que estemos ayunos como usted dice. Pero no deja de ser raro, que todo el mundo, señor don Damián, se ponga moños y se eche flores, y vengamos á parar en que todos cumplieron, solamente que... solamente que nos quedamos en calzoncillos.

—En cuanto al Ejército,—dijo Ripalda—amigo Berruguete, creo, ó supongo al menos, que no tendrá usted nada que decir. En otro caso me vería obligado á...

—No se vería usted obligado á nada; porque, que usted haya cumplido con exceso, no es argumento para otros que...

—Pero no desconocerá usted que el espíritu de cuerpo impone ciertos deberes... y que ni á mi mismo padre toleraría...

—¡Paz, paz, señores míos! Ya que afortunadamente hemos llegado á ello. ¿Lo ven ustedes? Así se enredan las cosas. Estoy seguro de que ambos piensan lo mismo: sólo que no encauzan la discusión ni se ajustan al trámite. Gracias el sistema *parrrlamentario*, del que sin saber porqué maldice nuestro amigo Paniagua, vamos descubriendo la verdad; mejor dicho; se ha descubierto. Resulta, que el Ejército nada tiene que ver con estas cosas que nos pasan. La Marina no ha podido hacer más de lo que hizo: el gobierno lo previno todo, y en todo brilló su concertada intervención: las potencias, ¡Oh, las potencias! nos auxiliaron con oportunos consejos... ¿qué nos ha faltado? ¡Ah, señores! Nos ha faltado país.

Consideren ustedes sobre esta sensible falta y tendrán la clave de muchos sucesos.

Y obedientes al consejo de don Damián, sus contertulios permanecieron callados una buena pieza, haciendo al parecer consideraciones sobre esa carencia de país que nos trajo á tales andanzas. Allá á las mil y quinientas saltó el alcalde.—Yo creo que de Oblita no tendrá nadie quejas.

—Yo no me refiero á Oblita; que harto se, como lo sabe el gobierno, que se ha portado siempre como su historia y sus antecedentes exigían, pero en conjunto, en la suma total de las energías y de las «fuerzas vivas,» hay que reconocer, señores, que nos ha faltado país. Eso, ustedes lo están comprendiendo.

No lo comprendían, por más vueltas que le daban. Verdad que ninguno podía estar á la altura administrativa de un don Damián de la Rua.—¡Suprimir las cortes!—continuó el alto funcionario, como dirigiéndose á un invisible contendiente.—¡Suprimir las cortes, como andan diciendo estos días mi aludido amigo Paniagua y mi otro no menos amigo el señor Cura! ¿Saben ustedes lo que son las cortes?—Ninguno lo sabía, á juzgar por el silencio que

siguió á la pregunta.—Las cortes son los pulmones de la nación: el corazón es el Rey. Por eso están juntos é inseparables, llenando sus funciones. ¿Han visto ustedes algún cuerpo que viva sin corazón y sin pulmones?—Tampoco habían visto ninguno, porque sinó lo hubiesen dicho.—Por allí respiramos; de allí nos mandan la sangre de que vivimos.—(El otro jubilado, ó sea Ripalda, dijo que sí con la cabeza.)—Luego, sin una cosa y sin otra, no viviríamos en la forma en que hoy vivimos.

La afirmación no tenía vuelta de hoja; y así todos asintieron.

—*Allí* se depuran los hechos y se encauzan las cuestiones: de allí descienden las leyes que aplican, interpretan y comentan después los Excmos. señores Ministros por medio de las oportunas Reales órdenes... ¿quién concibe una sociedad civilizada sin Gaceta, vamos á ver? Nadie.

—¡Ay!—repuso Berruguete:—pero lo cierto es que nos quedamos por puertas.

—Y ¿quién tiene la culpa? ¿No venimos predicando durante medio siglo, menos política y más administración? Pues ahí lo tienen los meramente políticos. Administración, es decir,

expedientes, tramitación, cuerpos consultivos, cuerpos informantes, cuerpos y más cuerpos, juntas, comisiones, organismos creados para exclarecer y juzgar... no lo han entendido así, y ahora tocamos los resultados.

—Los políticos... ¡qué peste!—Y el digno capitán retirado hizo un gesto como si lo estuviesen asomando á una letrina.

—Justo. ¡Qué peste!—añadieron todos. Porque sobre eso de la política, tenían los de Oblita ideas muy arraigadas.

—Damián, voy al rosario.—Le dijo doña Esperanza, que salía con su prima, á punto que las campanas convocaban á los fieles en aquella hora del crepúsculo. Y acercándose más, recomendóle en voz baja que, en tanto que continuaba con sus amigos, sentado ante la puerta de la calle, echara un ojo para adentro, porque tenía sospechas de que la criada surtía á alguien á costa del sagrado dinero de la jubilación.

—Vete sin cuidado, mujer, y que Dios te haga una santa.

En esto vieron venir á Campanón por la calle abajo, meciendo la cabeza sobre los hombros con el mismo aspecto de hombre-globo,

por el cual sería reconocido aún á tres mil metros sobre la tierra. Venía indignado. ¿Qué? ¿No había de haber más que sotas en la baraja? ¿Siempre tendría la provincia los mismos padres? El resultado de las elecciones fué un desencanto. El cuerpo electoral dijo que se le daba una higa de eso, y total, que se tuvieron que votar á sí mismo los candidatos, por lo que, naturalmente, salieron elegidos los diputados provinciales *natos*, los profesionales, los que se pasan la vida contestando á esta pregunta más ó menos oficial: «¿Usted qué es?» — «¿Yo? diputado provincial.» —Un oficio como otro cualquiera.

—Tranquilícese usted amigo Campanón,— díjole don Damián, con su pachorra de siempre;—usted llegará, porque tengo para mí que usted ha nacido para eso. No hay más que verlo; y yo soy practico en estas cosas.

Con este diagnóstico tan halagüeño consolóse un tanto Campanón, nacido efectivamente para representar buen papel en la administración de los intereses del Estado, de la provincia ó del municipio, dada su descomunal anchura de hombros, la resonancia prodigiosa de su cráneo y su irremediable vocación á

las frases hechas. Todo eso entraba en el programa de don Damián: ¡muchos cuerpos consultivos! Además ya sabía el gobierno lo que hacía... buena prueba de ello, las últimas elecciones. ¡Si esto no es conocer bien á un país, que venga Dios y lo vea!

A no ser por la autoridad y prestigio del jefe honorario de Administración civil, ya hubiesen dicho más de cuatro lo que opinaban de semejantes porquerías. Pero la buena educación helicense y el respeto instintivo hacia las gerarquías oficiales, hicieron callar las protestas de aquella reducida representación del cuerpo electoral.

Agregóse el juez á la tertulia. Venía cansadísimo. Estaba haciendo una preciosa rinconera de marquetería con tantos calados, picos, revueltos y primores, que los pulmones se le secaban á puro trabajar con la sierra. A falta de pleitos buenas son tortas.

—A propósito, amigo Berruguete, obra en mi poder una denuncia circunstanciada sobre ciertos extremos que le incumben.

—¿A mí? Pues no caigo.

—Parece que anoche un celador de consumos tuvo con usted unas palabras y...

—¿Conmigo? ¡Para que usted vea lo que son las cosas! Anoche precisamente no salí de casa. ¡Hay lenguas que ni para chorizos sirven! Esos *absolutistas* del consumo, que no vieron al Tuerto cuando se nos metió en casa, en cuanto una mata se menea creen que me están viendo. Es ya una manía, y, aquí de usted para mí, le digo, que si yo solito pudiera meter todos los géneros que consume Oblita, los metía, como hay Dios. Es otra manía.

—Hay que contenerse, señores; en la situación en que está el Tesoro...—dijo el prudentísimo don Damián.

—Y en la que está el municipio;—agregó el alcalde.

—Pero, ¡si hace siglos, que no *meto* nada! A qué le han dicho al Juez que me dieron el alto y que me escabullí por entre las chumberas y que por el bulto aforaron tanto y más cuánto, y patatín y patatán... y hasta que me desvergoncé con ellos por detrás del vallado... ¡cómo si no los conociera! Y luego resulta que todo el mundo, ¡todo el mundo, sí! menos el pobre Berruguete se ha echado al contrabando.

El juez, á quien la conciencia le argüia de

eso mismo, dijo que todo quedaría en su punto, ó lo que es lo mismo, que quedaría en nada, según uso y costumbre, y mudando de conversación, echó por el camino real de las cortes en que todo se estaba poniendo más claro que un vaso de agua.

—Lo que yo digo: aquí no ha faltado más que una cosa: país.

—Y sin país, digánme adónde se vá. A ninguna parte.

—Exaccctísimo,—Con estos dos votos *oficiales* ¿quien podría rechistar? Faltaba allí, en la tertulia vespertina el calor vibrante é incendiario de Paniagua, el altivo ondular de su perilla gris, despeluzada como borla de alambre, la llama iracunda de sus ojos, el aire marcial y heróico de su talle, capáz de empujar al combate á las muchedumbres.

—¡País... país!—se permitió murmurar Ripalda.—Paréceme que cuando yo estuve *allá arriba*, no caí del cielo, ni salí de los mares, sino que salí del país y con él estuve.

—Y cuando yo me embarqué para *allá abajo*,—agregó Berruguete,—y me pasó, lo que me pasó, tampoco me convertí en mochuelo ni en pescadilla sino en «paisano» hecho y derecho, que por el país iba á la muerte.

—Señores... señores, ¿que es esto? Vamos á meternos en cosas que... ¿Tendré que repetir que ustedes olvidan á cada instante los sabios principios de la tramitación? ¿Es posible, que nunca se encaucen las cuestiones? Pues sin el método y la parsimonia del diligenciado, ora verbal, ora escrito, la verdad huiría de nosotros.

—Exacccto.

—Me alegro de que el señor Juez, persona al fin encanecida como yo en estos asuntos, me apoye con su luminoso dictamen. Hay que hacer administración, hay que...

—Hijo, vengo escandalizada. ¡Jesús que cura!

—¿Qué te pasa Esperanza? ¿Qué sobresalto es el tuyo?

—¡Ay, què plática! Ha sido un cañonazo... más; un petardo como aquel del ministerio.

—¡Ave María! Mujer ¿que estás diciendo?

—Nada; que no tiene vergüenza, ni dignidad ni que se yo qué, el que tolere por más tiempo este estado de cosas. Son sus palabras.

—¿Eso dijo? Señor Juez, ponga usted oídos: «¡este estado de cosas!»

—La cosa es grave.

—Gravísima; no lo saben ustedes bien. Si mi mujer no fuera de Oblita,—dijo don Damián solemnemente, todo lo más solemnemente que pudo,—y por lo tanto no me ligaran con esta noble ciudad lazos de afecto inquebrantable, señor Juez sea usted testigo, ahora mismo le escribía á Perez en el ministerio de Gracia y Justicia y verían ustedes bailar á ese cura. «¡Este estado de cosas!» ¿Así se alarma á las principales familias desde el púlpito? ¡No faltaba más día de fiesta!—Los de la tertulia pusieron los ojos en blanco como diciendo al cielo; «¿pero ha visto usted qué cura nos ha caído?»

—No te sofoques, hijo, que tu no estás para estas cosas. A tomar la medicina y deja rodar al mundo que ya pasará si está de Dios.—Y el Ilmo. señor tomó la pócima que le sirvió su mujer, en tanto que la dulce Pepita Jimenez se limpiaba las narices disimulando el llanto, sabedora de que en todos estos peligros en que andaba el cura, iba Paniagua metido de hoz y coz, con ese espíritu terriblemente aventurero que no le dejaba sosegar.

—Aquí es preciso hacer algo por la «regeneración.» El gobierno, me consta que desea

soluciones, porque, como es natural, él no tiene ninguna.—Todos asintieron á esta verdad de tomo y lomo.

—Ha llegado el momento de que haya país. —El mismo asentimiento tácito, confirmó la necesidad.

—Así pués, espero que todas las «fuerzas vivas» se reunan y concierten *una vez más*, para que por su conducto é iniciativa pida el país lo que necesite.

—¡Muy bien dicho!

—Conformes.

—¡Es necesario que Oblita dé la norma!

—O «La Traviata,» si es lo mismo,—dijo el lírico Flautilla que pasó por la calle en aquel punto y hora.

Total; que hilvanaron otra «reunión magna» para tratar de tantas y tan gravísimas cuestiones. Y ya con la pulga en los oídos, como quien dice, aquellos inflamables patriotas se pusieron á desflorar los asuntos, que era un dolor.

—¡Esos recargos tan atroces!...

—Por la contribución no hay cuidado.—¡Claro! si nadie pagaba, ¿qué cuidados habían de tener!

—¡Esos pobres repatriados!

—Le ofreceremos al gobierno veinte camas.

—No. Cuarenta.

—Es poco. Ciento.—Y sobre si tantas más cuantas hubo su correspondiente debate. Para ellos, los repatriados no necesitaban de otra cosa. Acaso tuvieran razón: camas, y sepulturas.

—Las clases pasivas, con todo el sacratísimo lastre de derechos...—¡Oh, sí, las clases pasivas! ¡qué sería de España, sin las susodichas clases!—Y así fueron recorriendo el frondoso jardín de los servicios públicos.

—Sobre todo, señores no hay que olvidar el dichoso lema: «más política y menos administración.» Creo que lo he dicho al revés, pero no importa, cuanto ustedes me entienden.—Y allí se arregló el país en unos cuarenta minutos mal contados, y el bienestar futuro quedó garantizado por don Damián y sus amigos. ¡Oh la España nueva que iba á salir de sus manos!

El quejumbroso rumor de los pinares; el lánguido ruído de las aguas del Ridoro, que daba de beber á la marisma; la humedad que bajaba de los nubarrones negros; la blandura

del ambiente, el primer extremecimiento otoñal de la naturaleza, parecían pedir á coro, con la tertulia del *elevado funcionario*, muchos cuerpos consultivos, muchas divagaciones procesales, muchas ruedas más en la perezosa maquinaria administrativa, como única esperanza de redención posible, como único refugio de una nación desgarrada, que no sabe donde meterse. Así al menos pensaba don Damián metiéndose en casa para huir del relente.

## XXV

## Regeneración... retórica y poética

El gobierno dió la razón á Paniagua, dejándonos otra vez sin los consabidos pulmones. Para lo que servían, lo mismo daba tenerlos abiertos que cerrados. Con las primeras rociadas otoñales cayeron unas ganas atroces de regeneración... Todo el mundo quería que el invierno le cogiese bien regenerado y abrigadito. Y, como es de rigor, la retórica se apoderó de estas ganas un poco tardías si se mira atrás y siempre en sazón si se mira adelante,

y la verdad es que oradores y pendolistas hicieron diabluras.

Como cada español emprendiera con tan noble ahinco la caza de fórmulas salvadoras, á fines de Septiembre nos encontramos con unos diez y seis millones, más bien más que menos, de programas. De haber sido tan abundantes y espontáneas las cosechas de cereales y de mosto, nos hubiéramos encontrado *ipso facto* regenerados y cada cual con su gallina en el puchero. Pero como los programas, por lo pronto no dan más que esperanzas románticas de la gallina ideal, y esta, á la larga la despluman, los pucheros hispanos continuaban dando de sí el garbanzo, con más ó menos crueles alternativas.

El programa de Oblita no fué ni el más chico ni el menos adecuado á las circunstancias. Convenía con todos los otros en que algo y aún algos había de «podrido en Dinamarca»... Para quitar el olor había que hacer y acontecer y dar otra vuelta á la parva para que el padre sol la desinfectase un poco. No debíamos caer en delirantes radicalismos que á nada conducen. Con el justo medio teníamos bastante por entonces. Había que enderezar,

podar, limpiar muchas ramas, pero, ¡ojo con el tronco! Un gran respeto á los «intereses creados» debiera ser,—en opinión de los de Oblita,—la base de todo trabajo regenarador. ¿Quién debía de ser el autor del milagro? Campanón decía que el sufragio con todas sus lindezas; Ripalda, que el Ejército de mar y tierra; don Damián, que la Administración civil con todas sus palancas, ruedas y engranajes nuevamente engrasados y dispuestos... el uno, que la Moralidad, así, como concepto abstracto; el otro que la Responsabilidad, otra abstracción que todo el mundo conoce de oídas; y no faltó quien señalara como único é indispensable taumaturgo aquel *despotismo ilustrado* de Cea Bermudez con que hicieron el paladar á nuestros padres.

Para concertar todas estas cosas y encaminar al gobierno por la senda de nuestras perentorias necesidades, habíanse juntado otra vez los helicenses en solemne asamblea aquella noche. Como ocurre en estas cosas y entre gentes que llevan en la sangre más sinécdoques y metonimias que glóbulos rojos, hicieron un gasto atroz de retórica aplicada á la regeneración del país.

Más como ni Paniagua ni el cura habían querido asistir á ese torneo floral, no tuvieron nadie que les dijera cara á cara que la primera base de la regeneración tenía que ser la supresión de los tropos fiambres y el destierro de la elocuencia al por menor. El cura afirmaba que en esta nación tan asolada y empobrecida, sólo se conserva fresco y lujurioso, con un vigor que ahoga, el arbol de la oratoria.—Parece que nacemos con un discurso en la barriga y los chiquillos de ahora antes piden la palabra que la teta.

Por eso Paniagua, desengañado ya, no había querido ir á hacer el oso. No vendría por ese camino la regeneración. Para poner en orden y meter en cintura este bosque nacional acribillado por todas partes, desgarrado por tantos vendavales, y oliendo á madera podrida y á cieno ensangrentado, había que ser antes leñador que jardinero. El hacha y el ascua tienen que ser los instrumentos de purificación. Al arbol viejo, de savia pestilente y envenenada,—gritaba Paniagua exaltándose, —hay que echarlo á tierra primero, á la hoguera después, sin enternecimientos porque fué frondoso ni porque en èl hicieran sus ni-

dos tantas y cuantas generaciones de pájaros... al arbol nuevo hay que enderezarlo á viva fuerza, brutalmente, inexorablemente, aunque la corteza estalle y las venas lloren y se le mustien las hojas: ¡otras vendrán más tarde lozanas y verdes!

Y Paniagua, en sus sueños de patriota, imaginábase que era el leñador y que delante del hierro encendido de su hacha iba surgiendo la selva ideal, grande, poderosa, frondosísima, llenando con su ramaje el mundo, como la antigua, la que llevó nuestra castiza savia á todas las tierras del planeta...

Nó, no había de ir á pronunciar discursos entre aquel plantel de tontos y de egoístas. Sobrecogido por el estruendo de la impensada ruina, Paniagua había visto claro. En aquel hundimiento enorme, sintió que algo enorme también se le derrumbaba por dentro. Y mascando aquellas pastosas amarguras, caminaba por Oblita como un sonámbulo, con la vista fija allá en algún ideal invisible, que debía de estar muy alto.

¿De qué parte del espacio vendrían los vientos que traen los gérmenes de renovación al mundo?

Había visto la ineptitud, la falacia y el egoismo en las cumbres; el descreimiento y el abandono de las esperanzas muertas, abajo: en todas partes latiendo un solo impulso de gozar terrenamente, de hundirse en el montón soñado de las riquezas, que son como el agua; estancadas, se pudren y corrientes, huyen, pasan, se deslizan con un ritmo irónico dejando á su afanoso poseedor puñados de aire, soplos de burla, cuando no gotas de sangre y espinas en el alma. Y no creía ya que de aquella caterva de helicenses, médicos, abogados, casinistas, politicastros... todos oradores, surgiera el grito de esperanza que despertase á las virtudes dormidas. Era preciso acallar el gárrulo vocinglerío que lo llenaba todo, por si acaso alguno de los que trabajan y piensan rodeados de la seriedad y del silencio, podía lanzar el *verbo* que renueva y fortifica el espíritu de las razas dolientes.

—Vamos, que es tarde.

—¿A dónde, amigo Berruguete?

—¿A donde quiere usted que sea? A la reunión que ya estará comenzada. Uff, yo siempre llego tarde, excepto «aquella vez» ¿eh? que llegué temprano al radio de acción de los malditos cohetes.

—¿Y qué es lo que harán ustedes ahí?

—Como si usted no lo supiera... vamos á redactar un programa para mandárselo al gobierno.

—Y, ¿qué va á hacer el gobierno con el programa?

—Toma, pues recibirlo... y después...

—Después ya supongo lo que hará con eso.

—Pero el caso es que no podemos seguir así, «en este estado de cosas», como dice el cura, y yo lo apruebo. Esos consumos nos comen, nos chupan, se beben la sangre de uno. El gobierno tiene ya que hacer algo. Cada vez que le veo la cara al cochino del rematante, no sabe usted qué tripas se me ponen. A no ser por mis hijas que están sin casar, y aquí para nosotros, recelo que no será fácil casarlas, me perdía con ese hombre; me perdía, como esa es luz.

La luz por la que tan oportunamente juraba Berruguete salía del farol del indispensable casino, concha esta vez de la que surgiría una España regenerada, como Venus de las espumas jónicas.

—Ya hemos llegado. ¡Uff, cómo sudo! Nos vamos á divertir con este bochorno. Pero ¿qué es eso? ¿No entra usted?

—No; gracias.

—¡Paniagua... Paniagua! Yo soy su amigo de siempre. A usted le pasa algo y no quiere decirlo. ¡Huír de nosotros! ¿Cuándo se ha visto eso? ¡Usted, que es el presidente de todocomo yo soy el secretario de todas las secre, tarías! Acaso, reniega usted...

—No reniego de nada, pobre Berruguete. Solo, que yo no busco la regeneración por ahí.

—¿Por donde la busca usted? A ver si estamos de acuerdo.

—¡Quién sabe! Por allá tal vez,—y señaló á la marisma obscura que se extendía como un velo de sombras movedizas.

—¡Por *allá!* Cuidado, que hay tormenta... se ven fusilazos.

Paniagua se encogió de hombros y siguió adelante dejando á Berruguete en la puerta del casino mirando al cielo y extendiendo la mano para saber si caían gotas, con esa profunda inquietud del hombre gordo que sale sin paraguas.

A un centenar de pasos del casino hay un paseito circular, con unas cuantas acacias en torno de la fuente. Unos asientos de ladrillo sirven para el descanso de los paseantes y de

las mujeres que van por agua. A la hora aquella, el paseillo estaba desierto, igual que la marisma que estaba enfrente.

De cuando en cuando, una ráfaga de aire movía el ramaje de las acacias, y un rumor quejumbroso y tristísimo envolvía á Paniagua, sentado de cara á la marisma, mirando aquella franja de nubes que ennegrecían el horizonte. A intervalos casi regulares, rasgaba las nubes un relámpago mate, ahogado al punto en la negrura silenciosa. Del caño de la fuente fluía sin cesar una nota clara, continua, como la repetición de una misma palabra por la naturaleza incansable. Tenía aquello un sabor salobre que dejaba el relente en todas las cosas. El aire parecía llorar lentamente, sin estruendo ni convulsiones, y el gusto amargo de aquel llanto lo esparcían las sombras, cual si trataran de lavar con él todas las angustias irredimidas...

¡Cuántos dolores velaban aquellas sombras saladas! Paniagua recordó á la aldeana agonizante que vió en la choza... acaso hijo y madre se habían juntado ya en aquellas alturas á las que no llegan las tristezas del mundo. ¡Qué congojas sentía! ¿No había de existir más

que eso? ¿Para la nación, para la raza, ruinas y hundimientos y vergüenzas? ¿No traía una sola esperanza la callada noche? Una estrepitosa salva de aplausos hendió el silencio como una profanación báquica. Después que cesó el ruído, Paniagua oyó una voz sonora, retumbante, cortada musicalmente como repique de calderero.

—«Ah, señores! ¿Qué buscan aquí la industria, el comercio, la banca, el Ejército, la marina, la propiedad territorial, la administración de justicia, los intérpretes de la Ley, la ciencia, los representantes y administradores de la hacienda municipal, los políticos que consagran sus desvelos á la cosa pública, los altos funcionarios encanecidos en el servicio de los intereses patrios, los sabios y modestos inventores... todas las fuerzas vivas, en una palabra? ¿Sabeis lo que buscan? La regeneración de la patria y la felicidad del país. (Aplausos). Hoy es día de obrar... (Más aplausos).

La nación debe salvarse, llegar al capitolio de su grandeza, (aplausos «delirantes») y volver á clavar los castillos y leones... (se abrazan unos á otros). Porque, ¡ah, señores! hay

que cuidar muy mucho de escogitar representantes propios y legítimos que sepan hablar y defender...: y para eso está el sufragio. No temais que me deslice sobre este punto. Hace falta en primer término, Administración, (palmoteo) y después política. Economía prudente, y al par prudente aumento en los servicios públicos. Y, para llegar á esto, ¿qué hemos de hacer? Primero, enjuiciar bien, porque ¡ah, sefiores! el que no sabe enjuiciar, está perdido. (Aprobación). Después, establecer una política de ancha base: (y aquí Campanón se espatarracó como para servir de base, hasta dar con un hombro en la pared y con el otro en la de enfrente). Y, ¿cómo no habíamos de llegar á la meta, si lo que pretendemos es la regeneración de la patria y la felicidad del país?...»

Aquellos brutales aplausos á la ignorancia parlante, azuzaron á Paniagua como si fuesen latigazos. Súbito levantóse y corrió hacia el Ridoro, no queriendo oír, cual si aquel repique oratorio le hiciese daño. Llegó á la orilla, encontró una barca, desló la amarra, cogió los remos y bogó río abajo, á refugiarse en el seno de sombras de la noche. Por un impulso que él mismo no se explicaba, quiso poner el río entre él y Oblita: atracó en la orilla

opuesta, saltó á tierra y dejó abandonada la barca.

Y allá por la marisma obscura, llena de hierbajos salados que se movían como fantasmas á la luz de las estrellas, en dirección de aquella franja de nubes tormentosas que los relámpagos rasgaban, iba caminando el *Ultimo patriota*, mojado por las lágrimas del relente, azotado por el húmedo matorral, rígido é impasible como un sonámbulo que marcha con la vista puesta en algun nuevo ideal que relumbra en el horizonte...

FIN